JOSEFINA ZORAIDA VÁZQUEZ

HISTORIA DE LA HISTORIOGRAFÍA



EDICIONES ATENEO, S. A.
México, D. F.

Primera edición
Febrero de 1978
10 000 ejemplares

JRMV 2006

ISBN 968 -7006-03-X

Impreso en México Printed in Mexico

Impresora Galve, S. A. Cjón. de S. Antonio Abad 39. México 8, D. F.

A Lothar

"La historia es de todas las ciencias la que más se acerca a la vida. En esta relación indestructible con la vida, reside para la historia su debilidad y su fuerza. Hace variables sus normas, dudosa su certidumbre, pero al mismo tiempo le da su universalidad, su importancia, su gravedad..."

HUIZINGA

Introducción

Nada más difícil que intentar la explicación de un concepto conocido ¿y quién no sabe lo que es historia? El hombre, siempre amenazado por eso que le da tan hondo significado a la vida, la limitación inexorable de la muerte, siempre ha guardado memoria de sus hechos, ha dejado noticia de su pasado. Y no sólo eso, sino que siempre ha contado con ese pasado y, no obstante que grandes y pequeños hombres hayan negado la existencia de un conocimiento que pueda aprehender ese pasado o lo hayan rechazado como dañino, el hecho es que este sigue presente y que, por otra parte, lo que somos, nuestras actitudes vitales, están determinadas por lo que hemos sido, es decir, por nuestra historia.

En varios idiomas, y el nuestro entre ellos, la palabra historia, derivada de la istoría *de Herodoto, sirve para designar principalmente dos cosas. En primer lugar, lo pasado, los hechos ocurridos, lo que más precisamente podríamos llamar lo histórico. En segundo lugar, entendemos también como historia el relato de esos hechos, la historia narrada, lo que nosotros denominaremos historiografía, es decir, historia escrita. Nos quedaría para la palabra historia todavía un último significado, el concepto de ese pasado en una forma total. De esta manera, entendemos que la historiografía intenta aprehender lo histórico y contiene generalmente ese concepto total, que varía de época a época, según las necesidades del momento y la visión del mundo y de la vida. Por eso resulta apasionante seguir el proceso vivo de la historiografía y observar en cada momento histórico a través de ella las relaciones vitales que el hombre tuvo con su pasado. Así podemos entender el sentido profundo de la historia y la importancia que ha tenido y que tiene, quizá ahora más que nunca.*

Y si el hombre ha contado siempre con su historia, tiene ésta que tener una razón de ser poderosa. Al decir de Cassirer, "es un órgano de conocimiento de nosotros mismos, un instrumento indispensable para construir nuestro universo humano". La historia, en efecto, resulta la máxima fórmula de autoconocimiento; su objeto, aclarar el enigma que es el hombre, tratar de llegar a él por la única vía de acceso de que disponemos, que es precisamente esa, la historia. Ortega y Gasset, con su afirmación "el hombre no tiene naturaleza, tiene... historia", abrió un nuevo horizonte en la concepción histórica, dándole una importancia básica como clave de la explicación del hombre. El hombre es historia, el resultado de todo ese pasado.

Por eso el historiador no sólo debe ser erudito, debe ante todo ser comprensivo y para serlo tiene que vivir y vivir intensa, hondamente. Podemos recordar la inmensa intuición de Vico, increíble en el momento en que le tocó vivir, al afirmar que dado que lo único que el hombre ha hecho es la historia, es ello lo único que puede verdaderamente conocer con alguna garantía y no la naturaleza, obra de Dios y, por tanto, sin relación directa con el hombre. Si bien es cierto que al contar con su vida personal el historiador corre el riesgo de perder la objetividad inyectándole sus ideas y sus pasiones, también es cierto que es el medio que le ayuda a comprenderla; si se cumpliera aquella gran aspiración de la historiografía científica, de neutralizar la vida personal, de romper el puente entre el hombre que conoce y su pasado, se privaría al historiador de la única referencia que tiene para juzgarlo. ¿Cómo juzgar otras experiencias humanas si no se cuenta con las propias?

Al acercarnos a la historia de la historiografía tenemos, pues, que apelar a nuestra máxima comprensión y, desde la madurez que supone el vivir en el siglo XX, *tratar de explicar las relaciones vitales de esa interpretación con los momentos en que fueron elaboradas. Así, cada interpretación histórica nos expresará vivamente el interés dominante y la cosmovisión del historiador y de su tiempo, y aun cuando el tamaño del pensador puede darle un grado de originalidad, las inquietudes y la respuesta que dé a éstas*

tendrán siempre una estrecha relación con las de los problemas y las vigencias del momento en que vive. Tenemos que tener presente esto cuando analicemos una obra historiográfica; quizá para nuestro momento parezca inadecuada, pero habrá que medir el grado de captación de la problemática de su tiempo, qué contiene y qué valor tuvo en su propio contexto.

Realizar un esquema sintético de la historiografía occidental resulta verdaderamente atrevido, pero creemos que está haciendo una gran falta, sobre todo porque los intentos realizados han padecido de dos características que los mantienen alejados del público general y no especializado: o bien son eruditos, llenos de anotaciones bibliográficas y cansadas aclaraciones, o se elevan, convirtiéndose en verdaderos ensayos de filosofía de la historia. El presente intento tiene una ambición limitada, quiere hacer un esquema general del proceso de la historiografía, subrayando sus grandes momentos. Tiene solamente el papel de una introducción, insistiendo en temas y problemas básicos que guíen futuros estudios o llenen una curiosidad no erudita. Es claro que empeño semejante ha tenido un obstáculo importante, a veces parecerá que las individualidades se han diluido en el empeño de caracterizar un periodo, o bien, el periodo mismo parece no contener suficientemente a los historiadores agrupados en él. Llamamos la atención para que se tenga ello presente y recordamos que la existencia de la periodización ha nacido de la necesidad de facilitar la aprehensión del pasado. Por tradición visualizamos el pasado como una sucesión de épocas a las que encontramos dotadas de cierta individualidad —huella viva aun del legado cristiano— y aunque a medida que nos adentramos en el análisis más hondo de una época encontramos cuán reducida es la validez de las periodizaciones, el hecho es que las épocas nos son familiares y así son comprensibles para nosotros. Por extensión, siendo tan complejos los hechos humanos, necesitamos no sólo de épocas, sino aún de una periodización muchas veces injusta, pero que nos ayuda a comprender la complejidad del pasado. Hemos tratado de caracterizar épocas y periodos valiéndonos de los rasgos

más salientes y profundos, aquellos que mejor revelan las maneras de la vida humana.

Iniciamos nuestra historia de la historiografía con los griegos, ya que a ellos se remonta la aparición de la historiografía occidental. Antes de Hecateo, que sería nuestro límite, podríamos señalar formas seudohistoriográficas, pero aun los hechos humanos se explican míticamente, refiriendo los hechos a voluntades siempre ajenas a los seres humanos.

Herodoto es, en realidad, el que nos va a introducir en la gran aventura del pensamiento, detener el tiempo, explicar el pasado, dar sentido a la sucesión cronológica de hechos. El hombre, aterrado ante el tiempo que limita su vida y que parece pasar imperturbable sobre los hombres y la naturaleza, valientemente se enfrenta a él y decide explicar su vida ante su paso. Herodoto aun colinda con el mundo mítico y por lo mismo nos introduce en un mundo maravilloso. Todavía las guerras se explican por los raptos y las conquistas con los sueños proféticos y, a despecho de su decidida voluntad racionalista de averiguar la verdad del pasado entre las leyendas, aun lo explica por un destino inexorable y unos dioses vengativos.

Después de Herodoto, un salto gigantesco: Tucídides. A pesar de que sólo los separa una generación, con éste desaparece todo aquel mundo de maravillas para iniciarse la conceptuación y la mecanización de la historia. La historia universal se resume para Tucídides en la tragedia que a él le toca vivir, la guerra del Peloponeso, que interpreta como un resultado de todo el pasado. Al preguntarse por las causas, Tucídides trata de evitar engañarse con las apariencias. Encuentra un método que postula como único vehículo de llegar a la verdad; éste le conduce a inquirir cada vez más profundamente hasta llegar a determinar la causa última de las guerras, la naturaleza humana del hombre, su afán de dominio.

Grecia se desintegra y en su último gran esfuerzo se renueva en la conquista del mundo. Al contacto con otras culturas, adquiere un sentido más universal, pero su momento histórico ha pasado y toca el turno a una nueva

cultura, Roma. El más grande imperio de la Antigüedad entra al escenario casi misteriosamente, no lo acompañan las grandes explicaciones legendarias, símbolo del pasado. Pero tampoco encuentra el gran historiador que merecían los grandes cambios que introdujo en la historia. Los dos intentos de explicar la significación de Roma fueron extraños a la cultura romana: uno fue del cautivo griego Polibio; los otros, de los padres de la Iglesia. La interpretación de Polibio quedó incompleta, ya que a él le tocó ver sólo el ascenso de Roma al poder; los padres de la Iglesia la veían a través de una nueva fe, encontrándole sentido sólo en relación a la religión.

El mundo antiguo sufre tremendos cambios con las conquistas. Las diversas culturas y creencias diluyen la unidad de la cultura grecorromana y aceleran su decadencia. Paralelamente a este fenómeno aparece y se desarrolla la religión que había de revolucionar la cultura occidental, cambiando sus raíces más profundas: el cristianismo. En el nuevo mundo cristiano medieval que se produce con los elementos contradictorios de la cultura romana, los pueblos bárbaros y la religión cristiana, aparece un nuevo tipo de historia, una historia elaborada por hombres que conocen la Verdad, que no necesitan buscar las primeras causas, ni los últimos fines, porque les han sido revelados. ¿Puede haber semejanza entre el grecorromano, que ante todo quiere ver, y el cristianismo, cuya única guía es la fe? El mundo se convierte en un mundo de señales, de alegorías. La historia es la interpretación de la obra y de la palabra de Dios; con tal motivo tiene tres hechos fundamentales que iluminan el proceso entero: Creación, Redención, Fin de los Tiempos. Su personaje único, Cristo. El hombre libre no interviene en el desarrollo de la historia; Dios lo ha hecho providencialmente, su libre albedrío únicamente le lleva a cumplir el fin para el que fue creado, la salvación.

Desde el Renacimiento, especie de rebelión contra Dios, el hombre intentará la autonomía y va a tratar de substituir el lugar de Dios por la naturaleza o la razón. La historia moderna va a tener un sentido inmanente y su

personaje será frecuentemente la humanidad, que camina guiada por la razón hacia el progreso. Esta clase de historia va a desarrollarse en dos corrientes principales: la primera, deducida a priori, pensará que la realidad toda es racional y la historia únicamente una forma en que la razón encarna. El hombre realiza a la razón, por medio de la historia. La segunda postulará la historia como un proceso de un lento caminar hacia una meta de progreso.

El siglo XIX vio multiplicarse las interpretaciones históricas, así como bajo un intento de limitación del campo del conocimiento histórico con la ambición de convertirla en "ciencia" la historia se transformó en un quehacer preciso y definido. La historia científica careció de muchos defectos, pero es indudable que hizo grandes aportaciones, se señaló metas y pretendió ser fin en sí misma. Bajo su nombre se han cobijado muchos quehaceres mezquinos; con todo, su significación es fundamental.

Antes de terminar el siglo XIX, increíblemente fecundo, se originaron dos corrientes que aún siguen teniendo gran vigencia: la interpretación materialista de la historia y el historicismo. El historicismo era la culminación de una corriente que venía desenvolviéndose como reacción al racionalismo y a la ilustración. Su idea básica es simple: el sujeto de la historia es la vida humana en su totalidad y multiplicidad. Este tipo de historia no pretendía encontrar leyes, ni formular sistemas, sino ahondar tanto como fuera posible la infinita variedad de formas particulares. Antes del historicismo se pensaba al hombre como algo invariable, siempre fundamentalmente el mismo. Con la aportación historicista se llegaba a la concepción de que el hombre no es una cosa hecha sino el resultado del proceso que es su pasado. En cada escalón de ese largo proceso el hombre ha tenido una forma peculiar de vida y pensamiento ajustado a su circunstancia. La valoración tiene que ser, entonces, relativa al momento en que un hecho o una obra tuvo lugar o fue concebida. El materialismo histórico, por su parte, significó también una gran revolución en la interpretación histórica al dar por primera vez un papel fundamental a las fuerzas económicas en la historia.

La historiografía contemporánea ha pasado por una larga crisis, pero no ha dejado de aprovechar las aparentemente contradictorias lecciones de la historiografía del siglo XIX. El método científico se ha afinado, las fuerzas económicas son consideradas en toda su importancia, se utilizan también las aportaciones de las ciencias sociales y al mismo tiempo el historiador mantiene presente las limitaciones que le marcara el historicismo.

I. *Historiografía griega*

COMO RESULTA ya casi tradicional en las historias de la historiografía, podríamos empezar justificando nuestro intento de comenzar con la historiografía griega afirmando que en ella se da el caso singular de la aparición de la conciencia histórica; pero, ¿estaríamos seguros de ser justos con las culturas no occidentales? Creemos que no. Por tanto, empezaremos con los griegos sólo porque a ellos se remonta el nacimiento de la tradición histórica occidental con caracteres definidos.

La cultura griega, desarrollada en un marco geográfico amplísimo que iba del Mar Negro hasta la península ibérica, pudo absorber influencias de otras culturas y, a través del contacto cultural y más tarde del choque violento con otras civilizaciones, cobró conciencia de sí misma.

En su mundo peculiar, amenazado por los cambios básicos violentos, el griego empezó luchando para sobrevivir en un medio estrecho y adverso. Una vez cuando hubo sobrevivido y organizado su vida, lanzándose al mar y comerciando para compensar la tierra pobre que le había tocado, asombrado, empezó a observar el mundo que le rodeaba. Pero encontró que era muy difícil concluir algo del espectáculo que tenía delante de sí, todo cambiaba violentamente, todo llevaba un movimiento acelerado. Y el griego, en búsqueda de lo permanente en medio de ese continuo cambio, decidió intentar una maravillosa aventura del pensamiento: la conjuración del movimiento para explicarse el mundo en el que vivía.

Para adentrarse en tan terrible problema, el hombre griego no contaba más que con su vista, sensible y racional, con la cual se decidió a *ver* bien para *descubrir lo permanente*.

Lo primero que investigó fue, por supuesto, el mundo natural; en él encontró un orden y postuló una esencia

fundamental, un algo real detrás del cambio continuo *aparente*.

Paralelamente a este empeño que lleva al descubrimiento del conocimiento teorético, las circunstancias históricas empujaban a los hombres a reflexiones adicionales. Desde antiguo, las colonias del Asia Menor tenían características muy particulares; al contacto con numerosas culturas, algunas de ellas superiores, ponían a menudo a prueba los fundamentos de la cultura griega. Los viajeros que oían los diversos mitos que trataban de explicar fenómenos similares, se iban haciendo escépticos.

Este proceso lento se hizo más evidente cuando en 546 A.C. empezaron a caer bajo el yugo persa las ciudades griegas del Asia Menor y los ciudadanos libres pasaron a ser siervos de una cultura extraña, de tradición sorprendentemente milenaria. El choque con esa realidad era estimulante; sin embargo, la conmoción interior fue intensa al poner frente a frente las ingenuas explicaciones de los griegos y las complicadas concepciones asiáticas. El sentido crítico se despertó y el griego se vio obligado a desprenderse de sus creencias para iniciarse en la averiguación de la verdad. Así, el hombre se introducía en el estudio de una clase especial de movimiento, el movimiento histórico, que afectaba al mundo político.

Durante los siglos VI y V A.C., como una consecuencia del escepticismo, aparecen los llamados *logógrafos*, como Cadmo de Mileto, Acusilao de Argos, Carón de Lampsaco, Hecateo de Mileto, etc. En ellos notamos empeños muy acusados. En primer lugar, hay una denuncia de los mitos griegos y, en su búsqueda de la verdad, un intento de reparar los hechos humanos de las cosas divinas. En segundo lugar y para dar mayor fuerza a la separación de la tradición, el abandono del verso por el uso de la prosa en sus narraciones, significando que cuentan "verdades".

Hecateo de Mileto (fines del siglo VI A.C.) visitó las costas del Mar Egeo como soldado del ejército persa. De su experiencia escribió *Viaje alrededor del mundo*, descrip-

ción geográfica del mapa de Anaximandro. Pero su obra más crítica e interesante, como límite entre la épica y la historia la constituye las *Genealogías*. Aparece ya Hecateo opinando en primera persona y utilizando su vista como testimonio indubitable. Es ya este tipo de hombre que abandona todo para ir en búsqueda de la verdad, a través de la comparación de los argumentos recogidos. Con ello nos encontramos delante de un empeño histórico: definir el pasado, explicarlo y dar una versión de éste que nos parece la verdadera.

Herodoto

Aunque dentro de la epopeya de Homero podríamos encontrar huellas de interés vitalmente humano, que podríamos aceptar como origen de la historiografía, y aun en *Los trabajos y los días* de Hesíodo encontraríamos ya una división de las épocas de la historia en edad de oro, de plata, de bronce y de hierro; como los factores divinos intervienen y determinan el proceso, no podemos decir que sea aún historia. Es Herodoto el encargado de separar, verdaderamente, la historia de la épica.

Nacido hacia 485 A.C. en Halicarnaso, ciudad de la costa del Asia Menor, se encuentran noticias suyas hasta 420 A.C. Expatriado por causas políticas, viajó por gran parte del mundo conocido, permaneciendo en Atenas en la época de Pericles, donde trabó una gran amistad con Sófocles, quien le dedicó uno de sus dramas. Más tarde participó en la fundación de una colonia en la Magna Grecia, a donde permaneció hasta 443. Fue la suya una vida intensamente vivida y en un momento tan crucial que casi podemos decir que las circunstancias le obligaron a convertirse en "padre de la historia".

Su obra, conocida por la división de los sabios alejandrinos como *Los nueve libros de la historia*, tiene como tema central las Guerras Médicas (492-478 A.C.). Dividida, como su nombre lo indica, en nueve libros con el nombre de una musa al frente, podemos en ella distin-

guir, sin embargo, tres partes diferenciadas por la materia de que se ocupan. La primera trata de los reinados de Ciro y Cambises; en ella, además de los hechos de conquista de estos monarcas, encontramos la descripción de Persia, Egipto, Asiria, Arabia, la India, es decir del Asia (Clío, Euterpe y Talía). La segunda parte se ocupa del reinado de Darío y nos describe Europa; el libro cuarto (Melpómene) contiene una cuidadosa descripción de su concepción del mundo; el quinto y el sexto libros (Terpsícore y Erato) contienen ya los preliminares de la guerra. La tercera parte circunscribe su interés al Hélade y a los acontecimientos de la guerra durante el reinado de Jerjes; el momento culminante del libro séptimo (Polimnia) es el paso de las Termópilas; el del libro octavo (Urania) es la batalla de Salamina, y el último libro (Calíope), centrado en la batalla de Platea, parece haber quedado incompleto o bien rematado curiosamente, ya que termina con el relato de los amores de Jerjes.

Al primer vistazo parecería una obra sin estructura y sólo de acumulación, pero una vez que se penetra en ella podemos percibir una composición a manera de drama. Primero presenta a los actores, desde luego más larga y detenidamente al poderoso y extraño: los medas. En seguida, una vez que hemos seguido el engrandecimiento de los medas leyendo la descripción de cada nueva provincia, nos introduce en la lucha y, por último, nos presenta el desenlace. Es decir, la historia está vista como un espectáculo del cual el historiador está fuera.

El libro nos pinta dos culturas antagónicas e irreductibles. Siente a Grecia y a Persia como polaridades históricas, pero no le anima un patriotismo especial. El bárbaro con su tradición milenaria, sus riquezas y poderío, le deja sobrecogido. Así le vemos tímido ante los sabios sacerdotes egipcios y asombrado ante la escena de la revista de Jerjes a sus tropas. Pero ante tal esplendor, el griego, aunque pobre e ignorante, presenta una cualidad que suple sus deficiencias: la sagacidad.

La obra tiene un aire de ingenuidad que encanta. Herodoto fue resumiendo toda clase de cuentos, datos y ver-

siones a través de sus viajes de muchos años. Los depuró por medio de la comparación o dándonos las versiones diversas cuando no ha llegado a decidirse por una como la más veraz.

Aunque es crítico exigente, aún cree en los dioses y por tanto, ellos tienen su intervención caprichosa a favor o en contra de los hombres.

Herodoto trata ya de encontrar la causa profunda de la guerra entre griegos y medas. Influido aún por las leyendas, remonta el problema a los raptos de Europa, Helena, Medea e Io. Piensa que la historia de los griegos representa, al fin, la reparación de una injusticia muy vieja, iniciada cuando los fenicios robaron la primer mujer griega. El cosmos de los griegos, si recordamos la idea de Anaximandro, estaba transido de justicia, de manera que al suscitarse cualquier injusticia tendería naturalmente a su reparación. La guerra entre medos y griegos era, pues, un conflicto *inevitable* para recobrar la justicia perdida desde los viejos raptos.

Herodoto nos pinta al protagonista de la historia, el hombre, como un ser hambriento de gloria, víctima tanto de la inexplicable fortuna como de los dioses. Al escapársele el mecanismo profundo de la historia intenta explicarlo por medio de sueños y oráculos, los cuales desempeñan el papel de causalidad sobrenatural. A la pregunta eterna sobre la felicidad, contesta que es casi inalcanzable. "La vida del hombre es una serie de calamidades". El ideal sería mantenerse en el justo medio porque mucha fortuna anuncia desgracias futuras.

No puede aún postular un sentido en la historia; le conmueve la inestabilidad, el drama de la guerra, pero como no acierta a encontrar otro modo mejor de detener el movimiento continuo, decide relatarnos todo lo que viene a su conocimiento:

> Persuadido, pues, de la inestabilidad del poder humano y de que las cosas de los hombres nunca permanecen constantes en el mismo ser próspero ni adverso, haré mención igualmente de unos Estados y de otros, grandes y pequeños.

El fin de su relato es, pues, un intento de detener el tiempo para que "no llegue a desvanecerse con el tiempo la memoria de los hechos públicos de los hombres, ni menos a obscurecer las grandes y maravillosas hazañas como las de los bárbaros".

Tucídides

Antes de las Guerras Médicas las ciudades griegas gozaban de una independencia bastante real, y aunque había relaciones muy cercanas y un sentimiento de unidad nacional por raza, lengua, religión y cultura, no formaban un Estado unificado. La transformación política va a tener lugar al terminar la lucha que efectúan unidos los griegos contra el imperio persa (492-479 A.C.), después de la cual se perfilan dos poderes antagónicos que tarde o temprano lucharán por la supremacía: Esparta y sus aliados y Atenas, que contaba para entonces con tributarios.

La guerra inevitable que tuvo lugar de 431 a 404 A.C., vino a significar la desintegración del sentimiento de unidad espiritual. Frente a esos grandes cambios en el mundo griego, aparece Tucídides, tal vez el más importante historiador antiguo.

Nacido hacia 460 A.C., de familia acomodada, gozó de una educación esmerada en donde no tuvieron poca influencia los sofistas. La primera parte de su vida la hizo en Atenas, moviéndose en el medio político. En 424 A.C. le fue confiado el mando de una expedición naval y al fracasar fue desterrado, viviendo durante veinte años en sus posesiones de Tracia. Retornó a Atenas después de ver la derrota de ésta en 404 A.C. Murió asesinado hacia 396 A.C., cuando aún escribía la *Historia de la Guerra del Peloponeso.*

Su obra cuenta con la ventaja de haber sido su autor, actor y espectador a la vez. La primera parte de la guerra la vive Tucídides desde dentro, actuando en ella como político y militar. Estar entre telones le permite conocer

todos los resortes que mueven los hechos. La segunda parte de la guerra la va a ver desde lejos, en su destierro de Tracia, pudiendo analizar con perspectiva y frialdad los hechos y oír las versiones encontradas de los dos bandos. A esto y al carácter fundamentalmente racional y político del autor, se debe el aire de objetividad que alcanzó el libro.

Elige el tema pensando que es el acontecimiento más importante:

> El ateniense Tucídides escribió la guerra que tuvieron entre sí los peloponenses y atenienses, comenzando desde el principio de ella, por creer que fuese *la mayor y más digna de ser escrita* que ninguna de todas las anteriores, pues unos y otros florecían en prosperidad y tenían todos los recursos necesarios para ella y también porque todos los otros pueblos de Grecia se levantaron en favor y ayuda de la una o la otra parte... de las guerras anteriores, especialmente de las más antiguas, es imposible saber lo cierto y verdadero, por el largo tiempo transcurrido, y a lo que yo he podido alcanzar, por varias conjeturas, no las tengo por muy grandes, ni por los hechos de guerra, ni en cuanto a las otras cosas.

La obra consta de ocho libros, aunque podemos distinguir en ella tres partes naturales. La primera parte sería lo que se conoce como libro *Arqueológico,* es decir el libro I. La segunda parte abarcaría desde el libro II hasta el capítulo 25 del libro V, que llega a la paz de Niceas, fin de la primera etapa de la guerra. Formando la tercera parte, el resto del libro.

Tucídides adolece de la limitación inherente a los historiadores que hacen historia contemporánea, es decir, valorar exageradamente el acontecimiento que se presencia. No obstante, en todos los otros aspectos significa un avance tan gigantesco sobre Herodoto que parece increíble. Por fin son superados el mito y los elementos sobrenaturales. Tucídides se enfrenta a la historia con un espíritu profundamente crítico y racional. Cree que el método histórico tiene dos sencillas reglas: no dar crédito

a los poetas que adulteran la verdad en busca de la belleza de expresión y acercarse con escepticismo a todas las fuentes.

Aunque a ratos su objetividad y seriedad le hacen cansado, ya que no se permite ninguna clase de digresiones, como Herodoto, hay una cosa en la que es maestro: los retratos psicológicos.

Para él la historia es un proceso mecánico que se repite constantemente, puesto que es producto de la *naturaleza misma del hombre*. Tal naturaleza, el afán de dominio, es la causa profunda de las guerras, problema fundamental de la historia, inevitable y necesaria, como resultado de la carrera entre los Estados para adquirir el dominio. Por ello, Tucídides no necesita de la fortuna, los oráculos y los sueños, para explicar la causalidad de los hechos. Todo puede explicarse, todo es previsible, aunque literariamente necesita valerse de un subterfugio para encadenar los hechos y explicar motivos e intenciones: los *discursos* que pone en boca de sus personajes.

En el libro *Arqueológico* nos presenta un resumen de la historia de Grecia, desde los tiempos primitivos hasta las Guerras Médicas, para describir el desarrollo del poderío ateniense. En él realiza una hazaña: escribe no de lo que presencia, sino de lo que imagina debió haber sucedido. Reconstruye el desarrollo del poderío, según su hipótesis, rechazando tradiciones y leyendas. Ve la historia de Grecia como la lucha por las tierras más fértiles, señalando la cultura y la economía como base para el desarrollo del poder. Deshace las leyendas alrededor de Minos y Troya. Al primero lo explica lanzándose al mar por *necesidad*. La guerra de Troya originada por temor y no por rapto alguno.

El primer acontecimiento verdaderamente histórico para Tucídides lo constituye el establecimiento de las ciudades; antes no había historia. Nos va señalando cómo después del asentamiento de los grupos helénicos van desarrollándose diferentes formas de poderío. Atenas llega a fundamentar, venciendo la pobreza de sus tierras, el poderío económico. En cambio, Esparta llega a desarrollar poderío político en sus tierras fértiles. Al enfrentarse con la causa profunda de la guerra no se engaña; apunta claramente que los insultos, violación de tratados, etc., son sólo *pretextos*. La causa verdadera es el miedo que Esparta tiene del poderío ateniense. La guerra es, pues, lucha por el poder y conflicto entre dos formas de vida.

Con Tucídides la historia cobra realmente importancia. No es ya un medio de detener el paso del tiempo, quiere ser algo útil, práctico. Es educación obligada para el político. Dado que el hombre es igual en esencia, la historia es algo previsible. Nuestro autor aspira a verdades universales para alcanzar fines pragmáticos. Causas parecidas producen efectos semejantes, por tanto, por medio de la historia podemos calcular para dominar el futuro.

Historiografía de la decadencia

Indudablemente, las guerras intestinas que se sucedieron a partir de la guerra del Peloponeso, provocaron una decadencia espiritual que se retrata claramente en la historiografía. Representativos de esta época van a ser Isócrates y Jenofonte.

Isócrates (436-338 A.C.) no fue estrictamente un historiador, pero indudablemente merece un lugar en la historiografía. Aunque su empeño era formar políticos enseñando el arte de la oratoria, sus discursos y pensamientos giraron alrededor de temas históricos; por eso incitó a sus discípulos a cultivar la historia, formando dos que habían de ser célebres: Eforo y Teopompo.

En Isócrates encontramos un empeño histórico-político originado por el impacto que le produce ver la decadencia de su patria, Atenas, y de todos los Estados griegos. Trata, a través de sus discursos, de convencer a los griegos de la necesidad de una nueva guerra contra Persia, fácil de vencer ahora que se hallaba en decadencia. Creyó que esa guerra sería el único medio de lograr la consolidación de la unidad griega, por encima de todo localismo. Isócrates piensa que las guerras se ganan cuando la causa que las

ha movido es justa. Por ello, los griegos lograron vencer a los poderosos medas. En cambio, las guerras intestinas no han dejado otra cosa que calamidades.

Jenofonte, que vive casi la misma época (435-355 A.C.) y, por tanto, la misma triste situación de Grecia, reacciona de modo distinto. Su educación esmerada, sus encuentros con Sócrates, su carrera militar que le ha permitido la experiencia de servir a Ciro el Joven, le llevan a buscar en la historia algo diferente.

Su obra más famosa y, por la cual aparecía junto a Herodoto y Tucídides en la Antigüedad, es el *Anábasis*, conocida también como *La expedición de los diez mil*. Memorias de sus aventuras en Asia Menor, Jenofonte la escribe en tercera persona con una frescura y agilidad excepcionales. *La ciropedia*, ensayo pedagógico, intenta hacer una biografía de Ciro, mostrando cuál fue la educación que dio por resultado un gran hombre. Llamaba la atención de los griegos de su época hacia las costumbres sencillas. Pone de relieve las virtudes de su héroe como soldado; para él, el soldado es prácticamente el verdadero hombre, el único que logra vencer no sólo a los elementos y al enemigo, sino también a sí mismo.

Amén de otras obras *(La constitución de los lacedemonios, Los memorables*, etc.), Jenofonte intentó su obra histórica más seria en *Las helénicas*, que hoy resulta la menos interesante. En ella pretende continuar a Tucídides, relatando los sucesos del año 411 al 362. Su intención es acusadamente pragmática, quiere instruir a sus lectores. Preocupado por la situación de decadencia moral y política de su tiempo, escribe para mostrar la educación que puede formar hombres rectos, sanos, que resulten buenos ciudadanos o gobernantes. Políticamente le preocupa el fracaso histórico de Esparta y busca en la historia sus causas; ante el panorama desolador de la anarquía griega, trata, por último, de mostrar las ventajas del gobierno unipersonal, que empieza a aparecer como la única solución posible.

La última etapa

Hacia el tiempo en que muere Jenofonte, se efectúa un gran cambio en el mundo griego: la unificación de Grecia a través de la conquista de Grecia y el Asia por Alejandro el Grande (334-323). Aunque efímero, el imperio de Alejandro trajo grandes cambios en la cultura y en la concepción de la historia. En primer lugar, la civilización griega rebasó las fronteras y se puso en vivo contacto con las otras culturas. Esto dio como resultado que la rigidez de un mundo concebido como dividido en griegos y bárbaros se rompiera y abriera paso a un universalismo. Además surgió el interés por seguir un proceso de la historia, superándose la limitación de hacer solamente historia contemporánea. Con este nuevo empeño apareció el método llamado de "autoridades", al considerarse que la indagación directa ya era insuficiente.

Durante el siglo siguiente (III A.C.) iba a tener lugar el cambio más importante del mundo antiguo: la fundación del Imperio Romano. Iniciada su gran expansión con las dos primeras Guerras Púnicas (264-241 y 218-202 A.C.), Roma se convirtió en conquistadora. Durante el siglo II A.C. derrota a las fuerzas griegas y anexa sus territorios al poderío romano.

Es esta la época que vivirá el último gran historiador griego, Polibio de Magalópolis (210-126 A.C.). Destacado en la política desde su juventud, fue entregado entre los mil ciudadanos griegos rehenes, que Roma exigió para garantizar la paz. Llevado a la gran capital, le tocó en suerte vivir en la casa de Paulo Emilio, donde tuvo ocasión de observar de cerca la austera vida de los Escipiones; así se interesó en la tradición patricia romana y en las instituciones del pueblo que se estaba haciendo dueño del mundo. De ese impacto formidable iba a surgir su *Historia*, que originalmente constaba de cuarenta libros y de los cuales sólo nos han llegado cinco.

Es indudable que la hazaña histórica que tenía lugar era tan trascendental que un temperamento despierto iba a sentirse invitado a tomarla como tema. Polibio estaba

consciente de la importancia del periodo que nos relata, los cincuenta y tres años entre 220 y 168 A.C., que sorprendentemente habían permitido a los romanos someter todos los pueblos a sus leyes y dominio. Reitera la trascendencia de aquella época y explica cómo escribir *historia universal*, advirtiéndonos la estrechez en que incurren los autores de historias parciales; las cuales, para él, carecen de todo sentido. Pretende una ambiciosa tarea: describir la historia de todo el mundo, trazando "en su conjunto la marcha de los acontecimientos", para llegar al panorama general de su tiempo.

No ha de dedicarse a analizar más que una parte de la historia de Roma, aquella desde el momento en que rebasa el particularismo, no sólo porque cree que no se tienen noticias creíbles de los orígenes romanos, sino, además, porque es el universalismo de su tiempo lo que lo conmueve verdaderamente. Antes de tal época, los pueblos están aislados. En cambio, a partir del momento que a él le interesa, "la historia no forma, por decirlo así, más que un solo cuerpo" y "todo converge hacia un mismo fin".

La historia para Polibio debe ser algo más que la narración ordenada del acontecer, porque "el simple relato de los hechos puede ser interesante, pero no es provechoso"; mas si le agregamos la exposición de las causas, entonces se convierte en algo útil y obtendremos la lección de qué resultados han tenido condiciones semejantes a las que nosotros vivimos, para actuar consciente y acertadamente. Es decir, es una forma de *prever el porvenir,* de tomar las precauciones y llevar adelante, más osadamente, una resolución sobre las huellas de nuestros antecesores.

Para este historiador, la historia de Roma presenta dos facetas importantes: el análisis del "más hermoso gobierno que conocemos" y la lección viva de cómo la historia se ha hecho universal, en apenas cincuenta y tres años de la acción sorprendente de una sola ciudad.

Aunque Polibio es capaz de encontrar un sentido profundo a la historia que relata, como representante del mundo antiguo no deja de ver en ella un proceso fatalmente cíclico, repitiéndose siempre. Las sociedades surgen

débiles, sobrevivientes de una calamidad (diluvio, hambre, pestes, guerras), se organizan por necesidad; surge luego un hombre fuerte o una organización apropiada que lleva a esa sociedad a grandes hazañas y una vez que llega a los límites de la gloria, decae. Por eso la historia es la educación imprescindible del hombre de acción. Sin embargo, encuentra que es muy difícil hacer conjeturas sobre el Estado romano. Por un lado, porque "no sabemos nada de sus orígenes", por el otro, por la complicación a que han llegado sus instituciones. Quizá es por ello que le preocupa tanto el ambiente de inmoralidad que empieza a notar en auge a su alrededor; parece ser la señal de peligro de que a su admirada Roma le afecte también el destino, tal vez inexorable, de todos los hombres.

II. Historiografía romana

Con el dicho de "Grecia cautiva, cautivó a Roma" suele pensarse en la cultura romana simplemente como derivada de la griega. No obstante la influencia evidente que tuvo Grecia sobre Roma, el genio latino, tan diferente del griego, y el desarrollo político tan extraordinario que alcanzó Roma, habían de influir para constituir una cultura totalmente distinta y, por supuesto, una historiografía completamente diferente.

Lo que sí resulta excepcional es que el pueblo que llegó a ser capaz de realizar la fantástica aventura de saltar de la pequeña ciudad-Estado al imperio más grande de la Antigüedad, no haya logrado una historiografía a la altura de las circunstancias, a pesar de ser la política el tema principal de la historia en el mundo antiguo. La única gran interpretación de la portentosa hazaña, cuando aún no estaba cumplida, quedó en manos del griego Polibio. Los romanos, aunque tuvieron en sus manos un tema de tan grandes proporciones, no nos han legado ninguna gran figura historiadora. No es que necesariamente se debiera a falta de interés en el pasado; sabemos por Cicerón cómo los nobles romanos gustaban verse ensalzados en poesías que cantaban las hazañas de sus antepasados y con qué cuidado conservaban constancia de toda clase de hechos en los anales. Seguramente se debe a lo obscuramente que surgió el pueblo romano, sin los elementos heroicos de los cuales se había desprendido la historia griega. El elemento legendario de la historia romana es un producto artificial, elaborado tardíamente bajo la inspiración de la mitología griega, cuando iniciada la conquista del Mediterráneo, sintieron la necesidad de explicar sus orígenes.

Por otra parte, la historiografía romana tropezó constantemente con un gran obstáculo: siempre *estuvo al servicio de la política*. Y hay que anotar que el pragmatismo del romano no buscó la lección que señalaba la fatalidad con que la historia repetía sus hechos. La tendencia práctica del romano convirtió a la historia en un apoyo para los estadistas y los oradores que querían justificar sus acciones o, las más de las veces, en la necesidad que sentían los historiadores de justificar la grandeza romana.

De esta manera, el historiador se tuvo que enfrentar a su tarea con una pauta preconcebida, el relato tenía que conducir necesariamente a colocar a Roma como corolario del proceso histórico. Con ello la historiografía romana, prácticamente da la idea de haber llegado a su meta: la grandeza de Roma según voluntad de los hados. Este empeño tan político, que limitó en muchos aspectos la historiografía hacía, sin embargo, que el héroe de las hazañas fueran no ya los personajes particulares, sino el pueblo romano en anónimo.

Ahora bien, si en cuanto a la interpretación histórica los historiadores romanos no alcanzaron la altura de los griegos, y en el método resultaron menos rigurosos, dado que el valor dependía del grado de gloria que daban a Roma, en un aspecto lograron destacarse: la elegancia en la expresión. Por ello, quizá, han sido leídos con tanta avidez en tiempos posteriores y han tenido gran influencia en algunas épocas, como en el Renacimiento.

El despertar de la historiografía romana

Según vimos en el capítulo anterior, la historiografía griega se desprendió de los poemas épicos, naciendo el sentido histórico de la crítica aguda a las "falsedades" de las leyendas. En cambio, Roma, nacida con un carácter sumamente práctico no tuvo épica original. La historia romana se desprende de los anales aparecidos hacia el siglo III A.C. y que subsistieron hasta fines de la república. Dichos anales imitaban el registro de acontecimientos que llevaba el Pontífice Máximo con fines administrativos y religiosos. Los anales empezaban siempre desde los oríge-

nes de la ciudad y fueron escritos primeramente en griego, debido a las necesidades políticas. Sin embargo, con Marco Porcio Catón (234-149 A.C.) y sus *Orígenes*, los anales empezaron a escribirse en latín.

En el siglo I A.C., ante la atmósfera tensa de la última época de la república y los choques personalistas, vemos aparecer un nuevo género historiográfico en el que ya no importa llevar el relato de los acontecimientos hasta los orígenes, sino cuyo interés se reduce a una época determinada o a un hecho en particular. En este tipo de historiografía sobresalen las figuras de Julio César (100-44) y de Cayo Salustio (87-37 A.C.).

Julio César, el famoso general y dictador, nos ha legado una pieza literaria de relieve en sus *Comentarios a las Guerras de las Galias*. Bajo la inspiración del *Anábasis* de Jenofonte, César trata de presentar la grandeza de sus hazañas ante el pueblo romano. Hábilmente narrados, con una frescura y llaneza dignas de encomio, sin elogios directos, logra la impresión de objetividad, cumpliendo con ello el cometido político para el cual fueron escritos. De menos calidad, César dejó también sus *Comentarios a las Guerras Civiles*.

Salustio también tuvo una actividad política de importancia y bajo la protección de César llegó a ser procónsul; a la muerte de éste, se retiró a la vida privada y escribió entonces sus obras: la *Guerra de Yugurta* y la *Conjuración de Catilina*. Hace historia ya que "de todas las ocupaciones que ejercitan la mente, ninguna tan útil como recordar los hechos pasados". Confiesa el objetivo pragmático de conservar la memoria de los varones virtuosos, seguramente para presentarlos como ejemplo ante la sociedad de una época poseída de nuevos males, el amor al lujo, la riqueza, la corrupción. En realidad, detrás de sus propósitos declarados de carácter moralizante, hay un intento velado de defender a César, atacando a Pompeyo.

Aunque sin formar parte de los analistas, pero contemporáneo, encontramos una figura notable, tal vez la más representativa del pensamiento romano y que meditó con profundidad sobre la historia y la tarea del historiador.

Nos referimos, por supuesto, a Marco Tulio Cicerón (106-43 A.C.), que en su obra *Diálogos del orador* nos entrega su visión de la historia como: "testigo de los tiempos, luz de la verdad, vida de la memoria, maestra de la vida, mensajera de la Antigüedad".

Se duele Cicerón de que la historia escrita entre los romanos se desgasta en la elocuencia y cree que la historia debe ceñirse a unas cuantas leyes:

> ¿Quién ignora que la primera ley de la historia es que el escritor no diga nada falso, que no oculte nada verdadero, que no haya sospecha de pasión y de aborrecimiento?... La narración pide orden en los tiempos, descripción de las regiones, y como en los grandes sucesos lo primero que se ha consignado es el propósito, lo segundo el hecho y lo postrero el resultado, necesario es que indique el historiador, no sólo lo que se hizo y dijo, sino el fin y el modo como se hizo, y las causas todas, dando a la fortuna, a la prudencia o a la temeridad la parte que respectivamente tuvieron, y no ha de limitarse a estas acciones, sino retratar la vida y costumbres de todos los que en fama y buen nombre sobresalieron. El estilo debe ser abundante y sostenido, flúido y apacible, sin la aspereza judicial ni el aguijón de las contiendas forenses.

Y por supuesto que al quejarse tanto de no haber alcanzado la cultura romana a tener un Herodoto o un Tucídides, es porque encuentra que la historia es un conocimiento de utilidad inmediata:

> Ignorar lo que sucedió antes de nacer uno, es permanecer siempre niño. ¿Qué sentido tendrá la vida humana sin la posibilidad de conectar el pasado con el presente? Pienso que la rememoración de las antiguas cosas y la exposición de los ejemplos del pasado enriquecen al discurso y le proporcionan mucha autoridad.

Aunque Cicerón llegó a una concepción profunda de la historia e incluso postuló las reglas necesarias de cómo debía escribirse, no encontró discípulos, si bien inmediatamente después de Cicerón aparece el historiador nacional de Roma: Tito Livio.

La época de la gran historiografía romana

El fin de la segunda Guerra Púnica (202 A.C.) significó el principio de la hegemonía romana en el mundo antiguo. Las conquistas que se sucedieron rápidamente, transformaron la sobria y austera sociedad romana e iniciaron la descomposición de sus instituciones y de sus costumbres. Los cambios fueron, en verdad, muchos. No sólo había cambios económicos al pasar la agricultura de pequeña propiedad a un segundo plano y aparecer el latifundio, había también trastornos sociales con la entrada de miles y miles de esclavos y también una profunda transformación espiritual, el contacto con múltiples cultos nuevos provocaron el escepticismo y la influencia helénica, tan importante. Todo ello condujo a la descomposición de la república en el siglo I A.C., lo que después de un largo periodo de luchas civiles conduciría al establecimiento del Imperio.

Cuando en el año 27 A.C. Octavio Augusto restablece la república, en realidad está inaugurando la nueva época, aunque con buen cuidado que no parezca tal. Con la paz interna, "Paz Augusta", coincide un florecimiento de la ciencia y las artes, ya con un marcado carácter nacionalista.

Tito Livio (59 A.C.-17 D.C.) vive precisamente esta época. Al servicio de Augusto siempre mantuvo cierta distancia y una actitud digna que nunca llegó al endiosamiento del emperador. Representa, eso sí, en la historia, el empeño de Augusto de moralizar la vida romana, cosa por demás natural para Livio, que concebía la historia como una fuente de educación patriótica y de enseñanza de las virtudes cívicas.

Se lanzó Tito Livio a la obra ambiciosa de abarcar toda la historia romana en *Desde la fundación de la ciudad,* con ciento cuarenta y dos libros, de los cuales desgraciadamente nos quedan sólo treinta y cinco.

En *Desde la fundación de la ciudad* encontramos aún, además del empeño de ir hasta los orígenes, alguna huella

de los analistas, como el hecho de narrar los acontecimientos por consulados. Su estilo es claro y elegante, lo que no era poco adelanto si atendemos a las acres críticas de Cicerón en cuanto a la forma de escribir de los historiadores romanos.

Indudablemente se acercó a toda clase de fuentes disponibles, tanto documentos como literatura, aunque se da cuenta de que la mayor parte de los anales pontificios y otros documentos públicos se habían perdido durante el incendio de la ciudad. Trata las fuentes con un gran sentido crítico, a pesar de que a menudo nos parece excesivamente crédulo, por ejemplo, respecto a las leyendas de los primeros tiempos, que narra sin mayor selección o crítica. No hay que olvidar que ve en la historia una lección y por ello, hasta cierto punto, un tanto intocable aun en lo inverosímil, como hoy día cuando con piedad y sentido cívico mantenemos cuidadosamente algunos mitos. Sin atreverse a resolver el problema de los orígenes, se limita a decir que en su opinión "el origen de una ciudad tan grande y el establecimiento de un imperio que sigue en poder al de los dioses, se debió a los hados".

No sólo no critica las leyendas, sino que en su historia frecuentemente hace intervenir a los dioses y tienen cabida innumerables prodigios y presagios. Pero ello se debe quizá también al empeño que tuvo Augusto de tratar no sólo de moralizar, sino de establecer la piedad en los romanos. Lo que sí es indudable es que da a la fortuna un papel fundamental en la causalidad histórica y tal vez por ello su obra carece de intento por ahondar en las causas y se dedica con entusiasmo al relato de episodios brillantes, especialmente, y con predilección, bélicos.

Desde la fundación de la ciudad resulta por eso un canto a la grandeza de Roma, destilando hondo patriotismo. Parece querer mostrar la superioridad de los romanos y cómo desde los principios había portentos que anunciaban la misión que Roma cumpliría más tarde, unificando el mundo civilizado. Tal visión confiere unidad al proceso de la historia romana, asimilando pasado, presente y futuro.

Su concepto pragmático de la historia hace que Tito Livio conciba que el principal objeto de ésta sea "poner ante la vista, en luminoso momento, enseñanzas de todo género que parecen decirnos: esto debes hacer en provecho tuyo o en el de la república; esto debes evitar porque es vergonzoso pensarlo o vergonzoso hacerlo". De ahí que si no proporciona nada más el escribir la historia, ya resulta una gran satisfacción "perpetuar la memoria de las grandes cosas realizadas por el primer pueblo de la tierra".

Y a pesar de su gran seguridad en la grandeza de su patria, piensa que vive en una época decadente. Como algunos otros, cree que la Edad de Oro fue el periodo entre la segunda y la tercera Guerras Púnicas. Precisamente esa idea de la decadencia moral romana es el motor que le hace escribir historia: quiere mostrar cómo las virtudes llevaron a Roma a la grandeza.

Pero su fe en Roma es total, es el centro unificador y "nunca existió república ni mayor, ni más virtuosa, ni más fecunda en buenos ejemplos, ni en la que tanto hayan tardado en penetrar la avaricia y la lujuria, ni donde tanto tiempo fueran honradas la pobreza y la frugalidad..."

Livio parecía esperar la regeneración de la moral mediante la paz que, después de las luchas fratricidas, ofrecía el Imperio. Mas la riqueza, las conquistas y el poderío de Roma habían desplazado para siempre las antiguas tradiciones de vida sencilla. El Imperio continuaba su camino y a pesar de la descomposición espiritual que tenía lugar, aún se había de vivir prosperidad y victorias durante poco más de un siglo.

En la época que cae entre los reinados de los Flavios y los Antoninos surge el otro gran historiador romano, Cornelio Tácito (55-120). Vive la época de madurez del Imperio en que ya se ha estabilizado su organización y más que a la expansión, tiende a la consolidación de las conquistas. Tácito ya no escribirá con el optimismo aún ingenuo de Tito Livio, sino con un gran realismo y, desde luego, con mayor penetración.

Muy poco sabemos de la vida de Tácito fuera de lo que él mismo nos cuenta. Sabemos sí que su vida se movió en la política cercana a la corte. Nos ha dejado dos obras importantes, las *Historias* y los *Anales,* así como algunas otras secundarias, como la *Germánica* y la *Vida agrícola.* Como historiador romano que es, su obra tiene una gran calidad literaria y, a pesar de su tono muchas veces retórico, nunca nos suena falso.

Como historia de acontecimientos contemporáneos, sus fuentes muchas veces deben haber sido testimonios orales. Sin embargo, los maneja con gran habilidad y agudeza crítica. Desde luego, conoció las obras importantes y estuvo cerca de la documentación oficial, aunque no dice nada al respecto.

El problema principal al que se enfrentaba Tácito, era la cercanía a los acontecimientos que iba a narrar. Esto le dio una limitación de perspectiva, como a Tucídides, y le hizo ocuparse demasiado de las pequeñas intrigas políticas de la corte romana y perder de vista el gran proceso de la historia. Él cree que está ante una materia histórica difícil de ser tratada a causa de la falta de "grandes acontecimientos", y así dice:

> Muchas de estas cosas que he relatado, o que he de relatar, tal vez parezcan menudas e indignas de quienes se ocuparon de la historia antigua del pueblo romano. Éstos trataban de guerras importantes, de asedios de ciudades, de derrotas y capturas de reyes, o si trataban de asuntos interiores se ofrecían a la libertad de sus disgresiones las discordias entre los cónsules y los tribunos, las leyes agrarias y del trigo y las luchas entre patricios y plebeyos. Mi trabajo es ingrato y limitado. Una paz constante y poco alterada, calamidades en la capital, un emperador poco preocupado por extender sus dominios. Y, sin embargo, no sería infructuoso examinar estos acontecimientos, sin importancia a primera vista, de los cuales con frecuencia se originan grandes cambios... Antiguamente, cuando gobernaba la plebe o cuando los patricios iban ganando ascendiente, era preciso conocer la naturaleza del pueblo y los procedimientos para conducirla prudentemente, y aquellos que mejor conocían el espíritu del Senado y de los grandes eran considerados como

sabios y conocedores de su época. Así ahora, cambiadas las cosas, cuando todo depende del dominio de uno solo, será bueno anotar y referir estos hechos, porque pocos son los capaces de distinguir lo que honra de lo que degrada, o lo que es útil de lo que es perjudicial: por lo demás, aunque esto sea provechoso, da muy poco deleite. La descripción de las costumbres nacionales, las vicisitudes de las batallas, las muertes de los grandes jefes, mantienen y reaniman el ánimo de los lectores. Pero yo tengo que presentar una sucesión de mandatos tiránicos, de acusaciones continuas, de amistades falsas, de condenas a inocentes, de hechos que tienen todos análogo desenlace, y he de luchar contra la monotonía y la fatiga.

Aunque se queja de la materia, que le reduce a la pintura de personalidades, su penetración psicológica es extraordinaria y sus retratos resultan magistrales en ocasiones, como el de Tiberio. Le toca vivir en una época monótona si se compara con la que le cupo historiar a Livio y como los actos son pequeños, habrá que distinguir los que honran, de los que degradan. De tal forma, la historia se convierte para Tácito en supremo tribunal, cuyo juicio es implacable. Por esto, "el principal objeto de la historia es el no silenciar las virtudes y despertar el miedo a la reprobación de la posteridad para las acciones y los dichos malvados".

La historia es, entonces, una forma de suprema justicia y con una gran importancia pragmática como lección. Pero le salta un problema a Tácito: "Me pregunto con incertidumbre si las cosas mortales ¿se desarrollan según la voluntad del destino y según una necesidad inmutable, o bien al azar?" Profundo problema ante el cual todo historiador y filósofo con verdadera conciencia histórica, ha tenido que enfrentarse. No se aventura a mayores meditaciones sobre el tema, no trata de penetrar hasta los resortes profundos del acontecimiento y llegar a conocer la *verdad absoluta*. Se conforma, fiel representante romano, con presentarnos su *verdad útil,* como ejemplo y enseñanza.

Contemporáneos de Tácito encontramos a dos biógrafos cuya celebridad impide no mencionarlos: uno griego, Plutarco (46?-120), el otro, romano, Suetonio (75-160).

Habíamos mencionado cómo, al principio, la historia estaba narrada en función del pueblo tratado. Las personalidades estaban diluidas ante los hechos gloriosos de Roma. Pero con el Imperio y el papel cada vez de mayor importancia que desempeñaba la figura del emperador, el historiador fijó más su mirada en las personalidades. Ya hemos dicho cómo el mismo Tácito era excelente retratista.

Cayo Suetonio Tranquilo, de noble familia, mediante la amistad de Plinio el Joven, entró al servicio del emperador Trajano. Más tarde sirvió al emperador Adriano en la dirección de archivos, cargo que le dio acceso a toda clase de documentos de la historia romana. De esta manera conoció la vida de la corte imperial bien de cerca, como lo prueban sus descripciones de las costumbres de los emperadores y el mismo hecho de haber caído en desgracia con Adriano por "haberse permitido demasiadas familiaridades con la emperatriz". Al ser retirado de la corte, inició la composición de sus obras, quizá como una silenciosa venganza hacia el emperador que lo había retirado. Desgraciadamente no nos ha dejado los retratos de los emperadores que conoció y sirvió, en los cuales podríamos adivinar más fácilmente su parcialidad. Parece ser que escribió varias obras, pero solamente nos han llegado *Los doce césares* y algunas breves *Vidas de Lucano, Juvenal, Persio, Terencio y Horacio. Los doce césares* nos presenta una pintura completa de las costumbres del imperio romano, aunque le falta una visión general de la historia, debido sobre todo a que a Suetonio le interesa únicamente un individuo, el emperador. Se entretiene en todo género de minucias y detalles, relatando anécdotas y chistes sobre cada uno de sus augustos personajes.

La importancia de Suetonio estriba en que ha tenido posteriormente mucha influencia; representa el tipo de es-

critor que intenta divertir, aun a costa de la insistencia en toda clase de relatos desagradables. Los emperadores resultan un buen tema; no se enjuician ni su actuación ni su importancia, pero sabemos cómo eran físicamente, cuáles eran sus debilidades y costumbres, su grado de religiosidad, sus gustos, cuántos monumentos inauguraron y cuántas fiestas dieron para fomentar su popularidad entre la plebe. Escritor ya de una época de decadencia, insiste precisamente en los hechos con que los emperadores impresionaban al pueblo. Nos describe cómo Augusto dio muchas fiestas populares y construyó monumentales templos; cómo Tiberio "no señaló su imperio con ningún monumento de valor y los únicos que emprendió los dejó sin terminar"; asimismo, nos relata cómo Tito "no cedió en magnificencia a ninguno de sus predecesores y así, después de la dedicación del Anfiteatro y de la rápida construcción de los baños próximos a este edificio, dio un espectáculo de los más prolongados y más hermosos, en el cual hizo representar, entre otras cosas, una batalla naval en la antigua naumaquía; dio también un combate de gladiadores y presentó en un solo día cinco fieras de toda especie".

Plutarco, cuya obra alcanzó también un éxito sorprendente a través de los tiempos, dejó cincuenta biografías, trabajadas en pares de un griego y un romano —exceptuando cuatro personajes— conocidas bajo el nombre de *Vidas paralelas*. En él encontramos el afán moralizante tan típico de la historiografía romana, pero sus *Vidas* constituyen una buena muestra de lo que significa una verdadera biografía; cada personaje está situado perfectamente en su época y presenta una muestra de un tipo de papel humano ante la vida.

Hacia la segunda mitad del siglo II el Imperio Romano entró ya en una franca decadencia. Los factores que intervinieron en ella son múltiples, como en todo acontecimiento humano. Tuvieron su papel, desde luego, la crisis militar, la económica y la espiritual. Estas crisis, ya pa-

tentes desde los primeros momentos del Imperio, fueron causadas por la absorción de toda clase de ideas, supersticiones y religiones ajenas que propiciaron el escepticismo y más tarde abonaron el terreno para la expansión de la prédica cristiana.

Junto con todas las formas culturales, la historiografía entró en decadencia. Ya bien entrado el siglo II, encontramos una figura interesante de comentar, no como historiador, pero sí como teorizador de la historia: Luciano de Samosata (120-180), que en su pequeña obra, *Cómo ha de escribirse la historia,* fija una serie de normas necesarias para hacerlo, en las que ridiculiza los vicios que encontraba en los historiadores de su tiempo. Considera, desde luego, que debe abandonarse el relato de lo fabuloso y buscar lo verdadero, ya que es esto lo que puede ser útil para "proceder con acierto en lo presente". Cree de mayor valor lo visto que lo oído, porque piensa que en lo posible el historiador debe haber sido testigo de los hechos que narra, y en cuanto se atenga a lo relatado por otros debe ir con gran cuidado y sujetándolo a una crítica incisiva, tratando de elegir los hechos más probables.

Pero en la historia romana ya era difícil encontrar una meta, a pesar de los consejos y las sátiras de Luciano. En el siglo IV Ammiano Marcelino (330-400) quiso continuar la obra de Tácito, cubriendo el periodo de 96 a 378. Su obra no logró del todo su objetivo, pero sus dieciocho libros al menos son una fuente de tradición romana, sobre un periodo que conocemos casi exclusivamente por los escritores cristianos que la historiaban.

III. Historiografía medieval

A PARTIR del siglo III el Imperio Romano entra en plena decadencia. Las razones son tantas y tan discutidas que resulta casi inútil referirlas. No cabe duda que sus huellas son notorias en todos los campos de la actividad humana: economía, política, cultura y religión. Dos acontecimientos aceleran la crisis que venía viviendo el mundo antiguo: la expansión del cristianismo y la invasión de los bárbaros a partir del siglo IV.

Los dos eventos resultan importantes en la constitución de los nuevos tiempos, pero para nuestro punto de vista la revolución cultural, filosófica y sobre todo religiosa que significa el cristianismo es la fundamental. Sin brillo alguno, ni ruido —ninguna historia contemporánea hace referencias— la religión que se iba formando del culto judaico en que se fundamentaba la religión de Cristo, se había ido fortaleciendo hasta llegar a constituir una fuerza que cambiaría las bases que sustentaban la cultura y civilización antiguas y que reemplazaría con otras nuevas. El cambio era rotundo, y si nos sorprende al primer vistazo, podemos comprenderlo si advertimos que el cristianismo encierra la solución a todos los problemas que se planteaba el hombre antiguo, a los cuales no había podido dar una respuesta satisfactoria.

La etapa de crisis, "tránsito que el hombre hace de vivir prendido a unas cosas y apoyarse en ellas, a vivir prendido y apoyado en otras", al decir de Ortega y Gasset, duró desde fines del siglo II hasta el siglo V. Después viene aquel largo periodo denominado *Edad Media,* desde el siglo V hasta el siglo XV. Como característica común de esta era podríamos señalar *la convicción profunda de que la única realidad auténtica es Dios.* El cristianismo incorporó, junto a sus raíces hebreas, muchas ideas clásicas, no obstante lo cual significaba un cambio completo en la visión del mundo y de la vida. Ello se debía a que algunas de las ideas judaicas introducidas por el cristianismo, llevaban consigo una verdadera revolución filosófica. La primera era la introducción del concepto de *nada* y, en consecuencia, la afirmación de un Dios todopoderoso que *crea.* Ya no se trata del taumaturgo griego que *ordena* la materia en desorden, el *caos,* sino de un Dios que *crea* de la *nada.* Además se trata de un *dios personal* que señala una finalidad al hombre, siempre en relación directa con el individuo, que hace posible su *salvación* en un otro mundo; con ello se introduce el *elemento sobrenatural.*

El hombre es una *criatura* creada por Dios en un momento especial, a su *imagen* y *semejanza.* Es pues, una criatura *sui generis,* equilibrio entre dos naturalezas contradictorias, la bestial y la angelical y a la cual Dios otorga la *gracia* de salvarse. Esta idea es bien contraria al concepto griego de un hombre como animal, inmerso en la naturaleza. El hombre cristiano cree en un privilegio que le diferencia de las bestias: la libertad. Es decir, es autónomo, puede incluso *pecar,* rebelarse ante Dios. Precisamente tener que vivir en este mundo es el castigo a tal falta.

Pero, hay más. A diferencia del hombre antiguo que buscaba el ser de las cosas, el cristianismo lo conoce por *revelación,* tiene un libro que contiene toda la verdad, no tiene que buscarla. Lo único que hace es interpretarla, porque Dios la ha entregado en símbolos y alegorías. La vía primaria de conocimiento la constituye la *fe,* no importa lo que nuestros sentidos imperfectos nos muestren. De esta manera, la ciencia queda supeditada a la revelación. Toda acción de conocimiento queda reducida a hermenéutica. El mismo mundo se puebla de señales, a las cuales se llega no por sabiduría, sino por virtud.

¿Qué visión de la historia tendría entonces el hombre medieval? La vida humana se ve como un castigo, el peregrinaje obligado para lograr la salvación. Y puesto que la posibilidad de salvación la ha permitido la venida de Cristo, Jesús resulta la figura histórica más importante: el centro de la historia.

Como no hay que buscar la verdad, dado que el cristianismo la conoce, la historia es solamente la manifestación de Dios, con tres momentos importantes: en el pasado, la creación con el drama de la caída; en el presente, la redención con el drama de la crucifixión, y en el futuro, el fin de los tiempos con el drama del juicio final.

La historia está además dividida en edades, cada una distinta en su valor y contenido. Con la venida de Cristo se ha inaugurado, para algunos, la séptima y última, que al fin purgará el mal y perfeccionará el universo. Mas con ello se vive en un mundo ya viejo, del cual se sabía su principio y se experimentaba con resignación la profunda convicción de la cercanía de su ocaso próximo.

En suma, la historia, a pesar de la libertad del hombre para pecar, ha sido totalmente predeterminada y como todo se dirige a su fin, la historia se convierte en una línea recta que conduce hacia un destino único. Así se desenvolvía y terminaba el círculo eterno de los antiguos. Para el cristianismo el drama de la historia consiste, precisamente, en que sucede solamente una vez, no se repite nunca. También desaparece el azar; los acontecimientos están dirigidos por una inteligencia superior, la Providencia. No quiere decir que los eventos pierdan completamente su importancia, sino que la tienen sólo como un eslabón del proceso iluminado hacia la figura de Cristo.

El pasado todo, era el teatro de sucesos efímeros, que no cobraban sentido sin relacionarlos a los acontecimientos históricos divinos, los únicos verdaderos. De esta manera todas las manifestaciones del pasado contienen la promesa de Cristo, o bien resultan consecuencia de su venida.

Antes del acontecimiento central, la redención, existieron dos historias, la sagrada, que preparaba el advenimiento de Cristo, o historia verdadera, y la profana, que cobra sentido sólo en relación con la sagrada. Después de la venida de Cristo, las dos historias constituyen ya una única historia, porque ya no hay pueblo elegido, ahora toda la humanidad es pueblo elegido, el Evangelio ampara a todo el orbe sin impedimento alguno.

La narración de los hechos históricos va perdiendo su intento de precisión en cuanto a tiempo y espacio, porque el acontecer en sí no tiene importancia: su sentido lo encierra solamente la referencia al plan divino. A pesar de ello, la historia posterior le debe una gran aportación a la historiografía medieval: la cronología, basada en el nacimiento de Jesús y originada en el empeño de dividir los tiempos de acuerdo con el punto central de la historia cristiana.

La patrística

Con este nombre se conoce al periodo cultural cristiano durante los ocho primeros siglos de nuestra era. Los primeros padres de la Iglesia realizan la obra formidable de definir la posición cristiana, sostienen polémicas, hacen la apología del cristianismo y sistematizan sus conceptos.

La historia se presentó, en los primeros tiempos cristianos, como un conocimiento prácticamente imposible dentro de la nueva religión. ¿Cómo justificar la dedicación al estudio de realidades romanas en el pasado, si esta vida es meramente un tránsito hacia la verdadera? Dentro de estas limitaciones, la única historia posible era la sagrada, pero ella se mezclaba con la teología. La defensa de la autonomía de la historia, frente a la nueva doctrina, se debe también a uno de los Padres de la Iglesia.

Eusebio de Cesárea (265-339), también conocido como Panfilio, vive en el Bajo Imperio Romano en un periodo que empieza a señalar la desintegración de la unidad romana y en el cual se destacan los emperadores Dioclesiano y Constantino.

Con Constantino (emperador de 325-337) y el Concilio de Nicea, presidido por él en 325, el cristianismo pasa de la época de las persecuciones a la del afianzamiento de su fuerza. A Eusebio le toca vivir en un periodo de un cristianismo casi triunfante, hecho que no tiene poca influencia en su pensamiento, puesto que va a tener la vivencia

de que el fin de la historia se está consumando con el triunfo de Cristo y de su Iglesia.

Eusebio nos legó dos principales obras: la *Crónica* (Cánones cronológicos y epítome de la historia universal de los griegos y bárbaros) y la *Historia Eclesiástica.* Además, dejó varias otras obras históricas y un panegírico a la piedad del emperador, en su *Vida de Constantino.*

La *Crónica* contiene un resumen de la historia profana y unos cuadros que muestran paralelamente los hechos profanos y religiosos desde Abraham hasta Constantino. Este libro sirvió de modelo durante toda la Edad Media.

La *Historia Eclesiástica* se ocupa de la historia de la Iglesia, desde Cristo hasta la época de Constantino, precedida de una introducción en el Libro I, en que expone los antecedentes en el Antiguo Testamento.

Como queda ya mencionado, la importancia de Eusebio estriba en separar la historia de la teología, él mismo se da cuenta de la novedad de su trabajo:

> Porque siendo nosotros los primeros en acometer este asunto intentamos ahora *avanzar por un camino nuevo,* no trillado todavía por ningunos pasos, esperando y deseando que ha de acompañarnos el mismo Dios en calidad de guía de nuestro viaje y que nos ha de ayudar el poder de Cristo... Me parece haber emprendido este trabajo impulsado *por cierta* necesidad, puesto que me es de sobra conocido que hasta aquí ninguno de los escritores eclesiásticos ha emprendido esta clase de escritos.

La figura de Cristo es la base de su comprensión de la historia universal. La historicidad de Dios-Hombre justifica su interés por el pasado; así, todo está visto en función de la redención. La historia marcha, por supuesto, hacia el triunfo de la Iglesia y su finalidad es, como en las batallas, la "defensa de la verdad y de la religión, más bien que para proteger la patria y los hijos".

No obstante la importancia que Eusebio tiene para la historiografía cristiana, la figura más destacada de la patrística es la del Obispo de Hipona, San Agustín (354-

430). Se ha dicho que es el último hombre antiguo y el primer acabado cristiano, afirmación que no deja de tener mucho de verdad, ya que él trazó una verdadera línea divisoria entre los dos mundos y contribuyó notablemente a la construcción orgánica de la religión cristiana.

Nacido en Numidia se educó dentro de la cultura clásica. Durante su juventud se adhirió a la secta maniquea y en Milán se convirtió a la nueva religión por intervención de San Ambrosio. Al volver al África se ordenó y alcanzó la jerarquía de obispo. Murió en su ciudad durante el asedio de los vándalos a Hipona, habiendo visto la caída de Roma en poder del visigodo Alarico, que parecía significar el fin de los viejos tiempos y el anuncio de la llegada de la nueva época, de la verdadera victoria de la Iglesia.

San Agustín presenció las acusaciones que los miembros de los viejos grupos filosóficos lanzaron contra el cristianismo como causante del gran desastre. Ello le hizo escribir su libro *La Ciudad de Dios,* en el cual, con los elementos de la cultura clásica, iba a rebatir las acusaciones de los gentiles a la religión cristiana.

> En el entretanto, Roma fue destruida por la invasión e ímpetu arrollador de los godos, acaudillados por Alarico. Los adoradores de muchos dioses falsos, cuyo nombre, corriente ya, es el de paganos, empeñados en hacer responsable de dicho asolamiento a la religión cristiana, comenzaron a blasfemar del Dios verdadero con una actitud y un amargor desusados hasta entonces. Por lo cual, yo, ardiendo en el celo por la casa de Dios, tomé por mi cuenta escribir estos libros de la Ciudad de Dios contra sus blasfemias o errores.

Precisamente en busca de las pruebas con que defender a los cristianos se introduce a la historia. La obra tiene veintidós libros, de los cuales los diez primeros son de verdadera polémica para combatir las blasfemias de los gentiles. Sostiene San Agustín que el desastre no puede deberse al cristianismo, porque Roma había padecido numerosas calamidades antes de la venida de Cristo. Por otra parte, precisa: "no llamarlas calamidades sino mutaciones, es

decir, reflejos de la voluntad divina. La historia entera está determinada por la Providencia". "La historia, antes de realizarse en el tiempo, ha florecido en la eternidad, en el consejo de los pensamientos divinos." El discurso de la historia es misterioso, pero hay suficientes señales que nos permiten conocer la voluntad de la Providencia.

Para él es claro que la grandeza de Roma perseguía una finalidad especial: favorecer con la unidad existente la prédica de la fe cristiana.

Los últimos doce libros abarcan la parte histórica, desde la creación hasta el fin de los tiempos. Los primeros cuatro libros de esta segunda parte explican el origen de las ciudades, primero en el cielo con la rebelión de los ángeles y más tarde en la tierra con el asesinato de Caín. Ahí se inicia la existencia de dos comunidades: la Ciudad de Dios y la Ciudad Terrena, las cuales coexisten mezcladas y a cuya dualidad se debe el mecanismo profundo de la historia.

Para el obispo de Hipona el hombre es un ser especial: equilibrio entre dos naturalezas contrarias, la angélica y la bestial; lo cual si bien convierte su vida en una agonía, le permite decidir su *destino*. Con tal concepción se crean dos problemas importantes para San Agustín. El primero es explicar el funcionamiento simultáneo de *libertad personal* y *providencialismo* en la historia. Explica que el hombre, como persona, es libre de tomar el camino de la verdad o el del pecado, pero escoja uno u otro, contribuye siempre a la realización de la voluntad divina. El segundo problema es el de la existencia del *mal,* que podía interpretarse como una imperfección de la obra divina. San Agustín afirma que el mal no ha sido creado, sino que apareció con el hombre cuando éste no supo gobernar su naturaleza bestial por medio de su naturaleza angélica. La muerte es el castigo a su falta, aunque no es una muerte verdadera, sino un *tránsito* a la otra vida, la vida verdadera.

En los libros XV a XVII describe el autor el discurso de las dos ciudades. Paralelamente se desarrollan la vida de la comunidad de Dios, el pueblo de Israel, y

la comunidad terrena, aquella que prefiere los bienes de este mundo a la verdad. Con Cristo y la Redención la humanidad entera se convierte en pueblo elegido; la diáspora representa el cambio de la naturaleza de la historia, con ella está palpable que la gracia ya alcanza a toda la humanidad. Sólo queda pendiente un hecho histórico, el triunfo completo de la Iglesia, para concluir el proceso del plan divino de la historia.

Los últimos cuatro libros nos llevan a la metahistoria, a la liquidación de la humanidad y la separación de las dos ciudades hacia el cumplimiento de sus destinos.

El proceso mismo de la historia se llevará a cabo en siete edades, tantas como días de creación. La primera "se cuenta desde Adán hasta el diluvio". La segunda, desde el diluvio hasta Abraham. Una tercera, desde Abraham hasta David. La cuarta, hasta el cautiverio de Babilonia. La quinta, desde tal hecho "hasta el nacimiento temporal de Cristo". La sexta "transcurre ahora y no debe ser cortada a un número determinado de generaciones, por razón a estas palabras: *No os corresponde a vosotros conocer los tiempos que el Padre tiene reservados a su Poder.* Tras ésta, Dios descansaría como en el día séptimo".

> Basta decir que la séptima será nuestro sábado, que no tendrá tarde, que concluirá en el día dominical, octavo día y día eterno, consagrado por la resurrección de Cristo y que figura el descanso eterno, no sólo del espíritu, sino también del cuerpo. Allí descansaremos y veremos; veremos y amaremos; amaremos y alabaremos. He aquí la esencia del fin sin fin, y ¡qué fin más nuestro que arribar el reino que no tendrá fin!

Historiografía bizantina

Desde el siglo IV, cuando ya los bárbaros empezaban a presionar sobre las fronteras, Teodosio decidió dividir el Imperio Romano para su mayor defensa. A pesar de ello, el Imperio de Occidente cayó en poder de sucesivas ondas

de invasores germánicos a principios del siglo v. La organización romana fue destruida y aunque parte de la cultura iba a sobrevivir, la única institución que resistió la invasión fue la Iglesia. Por ello, en Occidente, su supremacía fue tan grande cuando los reinos germanos se empezaron a formar. La Iglesia, que les llevaba ventaja en la experiencia administrativa, heredada a su vez de la organización imperial romana, logró sujetarlos no sólo religiosamente sino aún políticamente. El dominio de la religión cristiana produjo una sujeción de la cultura clásica en forma total; subsistió sólo aquello que la nueva doctrina misma asimiló.

En cambio, en el Imperio de Oriente se logró resistir la invasión de las tribus bárbaras. No hay que olvidar que Constantinopla no cayó bajo un poder invasor hasta el siglo xv (1453). El Imperio Romano del Oriente, que siempre había tenido una mayor influencia del griego y de la cultura griega, una vez desintegrada la unidad, se fortaleció. Pero además de esta diferencia hubo algunas otras importantes, tanto en el aspecto político como en el cultural.

El cristianismo se extendió también por el Imperio del Oriente, pero el dominio sobre las almas no significó el dominio político, porque la Iglesia no se encontró, como en el Occidente, sobreviviente organizada y fuerte ante un vacío político-religioso, sino por el contrario, frente a las instituciones bizantinas estructuradas a base de la tradición romana. La Iglesia, por tanto, tuvo que plegarse al poder del Estado. De ahí, no sólo el diferente matiz de relaciones entre el Estado y la Iglesia, sino el hecho mismo de que la cultura clásica se mantuviera presente vivamente, aunque con las transformaciones obligadas por la aceptación de la doctrina cristiana.

El contacto con la tradición historiográfica griega dio por resultado una evidente superioridad crítica y además se mantuvo más apegada a intereses mundanos.

El principal historiador bizantino es Procopio de Cesárea (siglo vi), que viviendo durante el intento de la reconstrucción del Imperio, efectuado por Justiniano (527-565), fue secretario de uno de sus grandes generales, Belisario. Nos legó dos obras: *Historia de las guerras* y la *Historia secreta* o *Historia arcana*. La primera, su obra fundamental, relata los hechos que le tocó presenciar. Sus informaciones fueron de primer orden, no sólo por su cargo que le permitió consultar toda clase de documentos, sino también por haber vivido muy cerca de la corte y de sus personajes importantes.

En el siglo x encontramos otra figura de interés, el emperador Constantino VII (912-959), llamado Porfirogéneta, que organizó un equipo de eruditos para redactar una *Enciclopedia histórica*, que llegó a comprender cincuenta y tres libros.

Pero el papel más importante para la historiografía y la cultura lo desempeñará el Imperio Bizantino mediante la influencia decisiva que desarrollará cuando, al apoderarse de Constantinopla, los turcos en el siglo xv, sus emigrados lleven el griego y la cultura griega a Italia, incrementando el movimiento humanista.

Historiografía medieval

Aunque es claro que no podemos hablar de la Edad Media como de una unidad, puesto que en diez siglos no hubo una visión única del mundo y de la vida, también es cierto que ante sus diferencias es evidente la persistencia de ciertas convicciones fundamentales. Se suele hacer la división en dos grandes periodos: la Alta Edad Media, desde la caída del Imperio Romano hasta el siglo xii, y la Baja Edad Media, que nos llevará hasta el comienzo del Renacimiento. La Alta Edad Media es la que contiene las características más acusadas, pues a partir de las Cruzadas se va notando un cambio en las creencias que hacen de la Baja Edad Media un verdadero periodo de transición.

Los ideales cristianos hicieron, según vimos, que los hombres se alejaran de los intereses mundanos. Esto le

restó importancia a la historiografía de por sí, pero además el interés histórico estuvo siempre determinado por el religioso. Por ello la producción medieval es un tanto pobre y se reduce a dos formas: las crónicas y los anales, en donde se hacía un registro de los acontecimientos más importantes del año, a la manera de los registros que se llevaban en la época de los romanos.

Pero los acontecimientos mismos hicieron que el hombre volviera otra vez a centrar sus miradas en su persona y en este mundo. Las luchas entre la Iglesia y el Estado, tanto como el contacto más cercano entre los diversos grupos europeos, iban a empujar el progreso de una nueva historiografía profana.

IV. Historiografía del Renacimiento

Las Cruzadas (1096-1270), promovidas inicialmente con un ferviente propósito cristiano, significan, a la vez que la culminación de la vigencia de las creencias cristianas, la iniciación de la crisis de las mismas. El hombre europeo entraba en contacto con la vida bizantina, que había mantenido el gusto por los refinamientos mundanos y se asomaba a otras culturas, lo que le despertaba una nueva curiosidad por los hombres y el mundo.

En la historiografía podemos seguir el proceso de intereses cada vez más y más humanos. Las Crónicas iniciadas antes, desde la creación del hombre, empiezan a ser substituidas por historias de reinos y ciudades. Las hagiografías, que antes centraban su relato en la milagrería, vienen a ser reemplazadas por simples biografías. Un ejemplo muy elocuente de la revolución que se efectuaba en el criterio con que se empezaba a trabajar la historia, lo representa el rey Alfonso X, el Sabio (1221-1284), que organiza equipos de colaboradores para estudiar toda clase de fuentes bíblicas, árabes, medievales, necesarias para realizar la redacción de la *Primera crónica general de España.*

El movimiento lento de "despego de Dios" se va a acelerar a partir del siglo XVI, notándose cada vez más acusadamente un individualismo y un interés grande en la naturaleza y el mundo. El individualismo es evidente en el hecho de que empiezan a desaparecer las obras anónimas. Ahora un pintor, escultor o escritor deja siempre su firma en la obra, muestra de que ya no está enteramente dirigida a Dios, sino a los otros hombres. El gusto por la naturaleza, pecaminoso para el cristiano, empieza a justificarse como interés por "la obra de Dios".

La secularización de la cultura hace que aparezcan los sabios laicos, que ya no se interesan en temas religiosos y

que centran más y más interés en el hombre y sus posibilidades en este mundo. El gusto mismo por la Antigüedad no sólo va a ser consecuencia de la admiración, sino una necesidad de volcarse a una época no contaminada de cristianismo. Tales ideas hacen que el pensamiento histórico cambie totalmente. En primer lugar, la historia pierde su carácter de mostración de Dios para volver a ser práctica, útil, con lo que se devuelve la dignidad ciceroniana a la historia. Se elimina desde luego la idea de que la providencia determina el curso de la historia, para buscar un sentido inmanente al proceso histórico humano. También se excluye el universalismo cristiano para volver a un interés particular. Por último, se cree en la verdad, lo que se pone en duda es el camino utilizado hasta ahora para encontrarla. En realidad, el problema más importante de los tiempos modernos va a ser precisamente éste, la búsqueda de un método adecuado, ya que no se duda de que la razón sea capaz de alcanzar la verdad.

El humanismo. Los precursores

Italia, con su característica fisonomía de unidad espiritual y división política, sus ciudades prósperas y su pasado grandioso, va a ser la cuna del movimiento que señalará la entrada a los tiempos modernos.

Toca a Francisco Petrarca (1304-1374) iniciar el camino de renovación de la historiografía. Sus obras, *Hombres ilustres* y *De las cosas memorables*, tienen ya un intento secularizante, a la vez que una búsqueda del pasado por fuentes que no son las Sagradas Escrituras. Todo lo contrario, una gran parte de su vida fue ocupada en la revisión de archivos y bibliotecas en la búsqueda de las obras históricas clásicas perdidas. Su finalidad era conocer mejor el pasado de grandeza de su patria, consolándose en esa forma de la división y "anarquía floreciente" que era la Italia de su tiempo. Su tono es, como sus modelos históricos romanos, marcadamente moralizante, presentando siempre los hechos del pasado como ejemplos.

Petrarca hizo un discípulo que significó un nuevo avance en la iniciación de los intereses de la cultura, Juan Boccaccio (1313-1375). Como historiador nos dejó tres obras, *Vida de Dante, Vida de Petrarca* y *Mujeres ilustres*. Este último libro, que pretendía ser un complemento del de Petrarca, no menciona mujeres hebreas, ni santas cristianas, mostrando abiertamente su deseo de absoluta independencia de la religión. También Boccaccio dedicó largos desvelos a la búsqueda de escritos perdidos, traduciendo, asimismo, la *Cuarta década* de Tito Livio, tan inspiradora de la historiografía renacentista.

El marco histórico

El siglo XV, ya plenamente renacentista, presentaba un cuadro interesante. Frente a la unidad cristiana de la Edad Media, Europa despertaba a un individualismo nacional en que se gestaban los estados modernos. Después de la larga guerra de Cien Años, Inglaterra y Francia entraban en un periodo de hegemonía monárquica con un sentimiento nacional. España, que termina durante ese mismo siglo con los siete de invasión musulmana, prácticamente unificada en 1479, iniciaba su expansión política.

Italia presentaba un aspecto diferente, dividida en pequeños estados florecientes y, a pesar de los múltiples intereses encontrados, en paz hasta poco antes de terminar el siglo. La calma reinante, aunque aparente, permitió una magnífica floración espiritual, lo que no fue obstáculo para que Italia fuera el botín codiciado por los dos fuertes estados colindantes.

Maquiavelo

En ese escenario de tránsito, de grandes cambios y donde bajo las apariencias de una frivolidad y optimismo des-

bordantes bullían grandes inquietudes, va a vivir Nicolás Maquiavelo.

Nacido en 1469, comenzaba su carrera política en el gobierno de la Comuna, a raíz de la caída de Savonarola. Ahí tenía oportunidad de ver de cerca las fuerzas que movían no sólo a Florencia sino a la Europa de su tiempo, sobre todo porque estuvo encargado de varias misiones diplomáticas dentro y fuera de Italia. Producto de esas experiencias habían de ser sus dos libros, *Retrato de las cosas de Francia* y *Retrato de las cosas de Alemania,* donde ya destaca su peculiar agudeza para analizar el carácter de los hombres. En las mismas misiones había de conocer y tratar de cerca a César Borgia, que le causaría un gran impacto con sus definidos puntos de vista y ambiciones sobre Italia.

Convencido de que la debilidad política de Florencia necesitaba de una fuerte personalidad, apoyó la política de Soderini. De tal modo que, a la caída de éste en 1512, Maquiavelo caería también en desgracia. No sólo fue depuesto sino que, acusado de conspiración, fue torturado. Comprobada su inocencia se le permitió retirarse a San Casiano, donde para refugiar sus frustraciones políticas se dedicaría a escribir. Ahí irían surgiendo sus obras, desde una novela, *La mandrágora,* pasando por sus escritos políticos, *Discurso sobre la primera década, de Tito Livio, Del arte de la guerra* y *El príncipe,* hasta sus obras históricas, *Vida de Castrucio Castracani* e *Historia de Florencia.* Después de lograr volver a Florencia, murió en 1527.

De inmediato se advierte que la preocupación de Maquiavelo es la situación política de Italia. Su actuación le permite formular una doctrina política, pero cuando en la práctica ésta parece fracasar, para demostrarse a sí mismo que no está equivocado, se lanza a la historia en busca de pruebas para apoyarla. La amplitud de su visión histórica y su maravilloso don para reconocer las grandes conexiones históricas le permitieron darse cuenta del fenómeno que estaba teniendo lugar en su tiempo: el nacimiento del Estado moderno. Se da cuenta de que Italia cuenta con todas las condiciones de unidad racial, lingüística y cultural para hacer un Estado. Lo que faltaba, según sus cálculos, era un hombre fuerte capaz de realizarla. Obsesionado, analiza las causas que obstaculizan la realización de sus sueños. Para Maquiavelo una de las mayores trabas para la consolidación del Estado es la existencia de tropas mercenarias. Encuentra en la *Primera década* de Tito Livio el relato de cómo se constituyó el ejército romano y le sirve, de base para una serie de meditaciones alrededor de la necesidad de un ejército nacional.

Su experiencia política le permite también desarrollar toda una teoría de cómo debe ser un buen gobernante. Ante todo, el príncipe tendrá que ser fuerte; no importa que no sea amado, si es temido. Debe perseguir, sin importar los medios, la grandeza del Estado, que para él es algo casi divino. El gobernante malo es aquel que dirige todos sus esfuerzos hacia su propio engrandecimiento; pero si la finalidad del empeño es la patria, no importa ya qué clase de medios e instrumentos se usen, todo es lícito y el príncipe es bueno, porque es "patriota".

Hay en Maquiavelo, por tanto, una cierta identificación entre historia y política, puesto que es en esta última en donde el hombre logra su plenitud. La historia vuelve a ser la escuela del poder, algo práctico y útil. En el estudio de sus complicados procesos aprendemos en las experiencias ajenas, lo cual es posible porque hay siempre una repetición. Tal repetición se debe a que la índole humana es siempre la misma; por debajo de sus actitudes determinadas por la civilización subyace una esencia en el hombre, sus instintos de conservación y sus impulsos volitivos de dominio.

De la limitación del hombre de desear siempre mucho y poder alcanzar poco surgen la violencia, el movimiento, del cual sobreviven sólo los más fuertes y mejor dotados: los héroes. Son éstos los que cumplen verdaderamente su destino, dominar sus impulsos para dirigirlos mediante el control de su voluntad racional. El hombre, pues, debe aspirar a realizarse en esta tierra.

Está ya definida la contraposición a la Edad Media, ya ha hecho crisis, y se ha afirmado la terrenalidad del hom-

bre. La historia empieza a ser historia natural, no dirigida por Dios sino por leyes naturales.

Guicciardini

Francisco Guicciardini nació también en Florencia, en 1483, y murió en 1540. De menor talla como pensador, su influencia fue importante a través de su *Historia de Italia,* ya que la *Historia Florentina* fue mantenida en secreto hasta el siglo XIX. Aunque más apegado a la política en pequeño que a la de altura, a la que era aficionado Maquiavelo, a menudo es capaz de juicios más certeros.

Una de sus grandes intuiciones fue el lograr sobrepasar el particularismo a que obligaba la historia humanista, haciendo historia de todo aquel conglomerado de estados que era la Italia de su tiempo. Aunque aún conserva la forma analítica para tratar los hechos, sus razonamientos políticos le quitan pesadez y le dan agilidad. Su preocupación gira constantemente sobre dos temas: política y guerra. Pero a pesar de que tiene cuidado de mantenerse en ciertos límites, como buen diplomático, su agudeza de juicio y su conocimiento de los movimientos políticos que le fueron contemporáneos le hacen entregarnos una pintura muy completa de su tiempo.

La historiografía humanista en Italia fuera de Florencia

En Florencia la historiografía se desarrolló libremente y por un llamado de carácter patriótico. En cambio, en las otras partes de Italia, fue hecha a menudo por encargo de los gobernantes.

En Nápoles, por ejemplo, la historiografía se vio ante la limitación de tener que defender los intereses dinásticos. Entre los principales historiadores napolitanos tenemos a Lorenzo Valla (1407-1457), autor de la *Historia de Fernando I, rey de Aragón* y a Bartolomé Facius (1407-

1457), con su *Historia de Alfonso I, rey de Nápoles.* El primero, aunque dentro de la corriente humanista, explotó la narración escandalosa, lo que da a su obra un carácter muy novelesco. Por el contrario, Facius, menos original, se apega más a las formas humanistas, sabe usar el lenguaje y lo usa libremente para ensalzar a su personaje.

Los Estados Pontificios, sin lugar a dudas, tenían también que mandar escribir su historia a la manera humanista. El papa Sixto IV confió la tarea a Platina (1421-1480), cuyos resultados fueron las *Vidas de los Pontífices* (desde Jesucristo hasta Pablo II). Para cualquier otro historiador humanista no era muy grave si deshacía leyendas o historias de milagrería; pero para Platina había un límite importante, ya que se trataba nada menos que de la Iglesia. Platina pudo sortear hábilmente el problema, pasando por alto aquellos momentos demasiado absurdos, con lo cual ganó mucho la secularización de la historia. Además, no mantuvo aislada la historia de la Iglesia, sino que la relacionó a la historia profana. Su hazaña fue grande, si consideramos que tanto católicos como protestantes la consultaron sin reparos.

En Milán también apareció un empeño señorial por hacer historia; sólo que ventajosamente no se empeñaron en ocuparse con exclusividad de la casa gobernante sino que, satisfecha su ambición de perdurar, encargaron también historia nacional.

Entre los historiadores milaneses destacan Juan Simonetta (XV) y Bernardino Corio (1459-1519). Simonetta escribió la *Historia de Francisco Sforza II,* a quien había servido como secretario. Muy a pesar de estar centrada su figura, la obra de Simonetta presenta una acabada pintura de la situación general de Italia en el siglo XVI. Corio es un historiador especial dentro del humanismo italiano. Su *Historia Milanesa* no sólo está escrita en italiano sino que, contra la tradición renacentista en Italia, se negó a renunciar a las tradiciones populares. Todo lo

contrario, las recogió cuidadosamente y llenó su *Historia* de pequeñas anécdotas y leyendas, con lo que, si no alcanzó el agrado de los cultos, conquistó gran popularidad.

Pero fue en Venecia en donde la historia oficial italiana alcanzó sus más altos niveles. Tanto es así que del siglo XV al XVIII hubo siempre un historiador oficial, al principio en latín, pero bien pronto en italiano. El interés principal fue pintar la política exterior de Venecia, y por ello fue una historia menos localista que la de las otras regiones italianas. Entre los historiadores venecianos destaca Marcantonio Coccius, conocido como Sabellicus (1436-1506), quien escribió dos obras, una *Historia de Venecia* desde la fundación de la ciudad y una *Historia universal (Eneades sives Rhapsodia historiarum)*. Sabellicus desempeña cuidadosamente su tarea de acuerdo a las normas en boga; guarda el orden de anales, pule la forma, ignora a la Iglesia, a pesar de su gran importancia en la historia veneciana, y destruye o explica todas las fábulas o leyendas. Resulta, de todas formas, muy original al decidirse a escribir una historia universal, aunque carecía de las dotes extraordinarias que requerían el estudio del maremagnum de fuentes antiguas y medievales y la necesidad de darles una organización para superar la forma de simples anales que él usó.

La historiografía humanista en los otros países europeos

Para fines del siglo XV la historiografía humanista ya había penetrado en los otros países. Y ante el temor de que el público se italianizase, mediante la protección oficial se empezaron a redactar historias nacionales. Las historias se escribieron con inspiración italiana aunque, a diferencia de sus modelos, prefirieron la lengua vulgar.

En Francia, país al que por la cercanía y el contacto se importó de inmediato el humanismo, fue iniciada la historiografía nueva con Paul Emile.

Mandado a traer de Roma por el rey Luis XII, se le encomendó la tarea de escribir una historia de la monarquía francesa, tarea que no cumplía enteramente al morir en 1529. Sin especiales dotes, escribió su libro apegado a los principios críticos humanistas, es decir, descartando todo comentario de carácter religioso y desechando milagros y leyendas.

Juan Bodino (1530-1596), francés, nos va a legar un primer tratado de metodología en su obra: *Methodus ad facilem historiarum cognitionem*. En ella nos da una serie de medidas para lograr la correcta interpretación de los hechos.

La historiografía humanista inglesa es, más o menos, contemporánea de la francesa. Se inicia con una figura importada, Polydore Virgile (1470-1555), quien escribió por encargo de Enrique VII una *Historia de Inglaterra*. Dado que los ingleses eran más apegados a sus tradiciones, Virgile tuvo que ser más cuidadoso con sus críticas y evitó también todo comentario de tipo religioso.

Un representante netamente inglés es Tomás Moro (1478-1535), que escribió en inglés, con una versión en latín destinada al público extranjero, una biografía de Ricardo III. En ella se apega a sus modelos retóricos, buscando como buen humanista un efecto estético. Sorprendente resulta que una obra escrita en lengua vulgar, esté tan apegada a las reglas del humanismo.

En Alemania, la historiografía humanista corrió con poca suerte, tanto por la división política que impidió el desarrollo de un temprano sentimiento nacional, en el sentido moderno, como por el peso de la tradición cristiano-política de la idea de un Sacro Imperio Romano-Germánico, único y universal. Asimismo pesó el hecho de que la difusión de las nuevas corrientes fue cortada por la aparición de un movimiento ideológico, tanto o más importante que éstas, que iba a absorber toda la atención alemana: la Reforma (1517-1521).

En España el humanismo también se enfrentó a grandes obstáculos y hubo de llegarse sólo a un eclecticismo. En primer lugar, la larga lucha entre moros y cristianos

dio lugar a una serie de leyendas de arraigo popular e incluso aceptadas oficialmente que iba a ser muy difícil destruir. En segundo lugar, había tradición en el quehacer histórico en el reino de Castilla. El único factor favorable fue la realización de la unificación española. Los mismos Reyes Católicos vieron la necesidad de redactar crónicas oficiales en latín.

La corriente humanista fue introducida por Hernando del Pulgar (1436-1500), autor de *Crónica de los señores reyes Católicos don Fernando y doña Isabel* y del *Libro de los claros varones de Castilla*. En él se notan claramente la retórica a la manera de Cicerón y un cierto aire desdeñoso hacia la Iglesia, que inmediatamente recuerda los afanes renacentistas.

Aunque no totalmente humanista, el más representativo historiador español de esta etapa es, sin duda, el jesuita Juan de Mariana (1535-1625). Su *Historia de España* prueba el eclecticismo a que llegó la historiografía humanista española. Escrita originalmente en latín, fue traducida al español por el propio Mariana, que pretendió y logró hacer de ella una obra de vulgarización. Su modelo ya no es Tito Livio, sino Tácito; en la forma logró el obligado tono retórico, incluso en la versión española; en cambio, no descartó las leyendas, sólo las modernizó. También ignoró el hábito renacentista de desprecio a la Iglesia. No obstante los defectos que le han anotado sus críticos, la *Historia de España* tardó mucho en ser superada.

V. Los grandes acontecimientos de los siglos XV y XVI y la historiografía

Los descubrimientos

El siglo xiv significa algo así como un lento despertar al interés del hombre y del mundo. Este interés estuvo dormido varios siglos por la fe en que las Sagradas Escrituras encerraban toda la verdad y a ellas debía acudirse en búsqueda de todo saber. El contacto con otros pueblos a través de las Cruzadas, el incremento del comercio y las misiones religiosas provocarían un cambio que se aceleraría con los descubrimientos del siglo xvi que, a su vez empezarán a dar fin a toda una serie de leyendas terroríficas sobre la naturaleza del mar y algunas partes de la Tierra.

En la Edad Media hubo viajes, sobre todo misiones religiosas, pero es indudable que la cultura europea se había encerrado en sí misma. La estrechez de la vida medieval necesitaba evasiones y se solazaba con narraciones fantásticas que exageraron y enriquecieron las leyendas de la Antigüedad. El mundo medieval, poblado de por sí de alegorías cristianas, se encontró lleno de seres y fenomenos extraordinarios. Se creía en regiones felices o casi felices, en la existencia real del Paraíso Terrenal, en ciudades de plata o de riquezas infinitas, etc. Todo ello empujó al apogeo de los viajes del siglo xiii al xv, incitando a una rebelión decidida contra las autoridades clásicas y la decisión de probar fuerzas, lanzándose a averiguar cómo era la Tierra y qué clase de habitantes tenía.

La tarea era dura y las afirmaciones tradicionales pesaban. Acostumbrados a desenvolverse en un mundo pequeño, cerrado y donde todo guardaba un orden preciso

ordenado por Dios, los navegantes descubridores, al principio, se decidieron a avanzar cautelosamente, poco a poco y cerca de la costa.

En el siglo xv, con la iniciación del movimiento humanista, se publicaron estudios geográficos y mapas de la antigüedad, como los de Macrobio y Ptolomeo (1436), lo que tuvo dos clases de reacciones. Por un lado, en su afán de negar el pasado inmediato, muchos cartógrafos despreciaron los conocimientos recientemente adquiridos en forma empírica, para modelar sus mapas de acuerdo a Ptolomeo, cuya famosa visión de los mares cerrados había permanecido viva durante toda la época medieval. Un ejemplo sería el mapa de 1477. Otros, decididos, como fray Mauro (mapas de 1447 y 1459), se atrevieron a desafiar a las autoridades aceptadas contraponiéndoles los nuevos conocimientos geográficos de los portugueses y también las noticias del libro de Marco Polo. No dejaban de haber algunos eclécticos que tomaron elementos ptolomaicos, más parte de la experiencia reciente.

Durante el siglo xv los conocimientos geográficos avanzaron con bastante rapidez, particularmente a partir de la fundación de la escuela de navegación por Enrique el Navegante (1394-1460) en Sagres. En 1441 los portugueses ya habían avanzado hasta Cabo Blanco. En 1446 empezaban esperanzados, la vuelta por África que ellos pensaban conduciría al Océano Índico. Desilusionados, comprobaron en 1471 que la costa continuaba hacia el Sur y sólo en 1487 lograron rodear la costa africana hasta el Cabo de Buena Esperanza, con lo que quedaba abierto el camino hacia la India. Con esto se destruía una gran leyenda: la imposibilidad del cruce del Ecuador.

Ahora, y con el conocimiento de la brújula introducido en Europa a través de los árabes, otros hombres intentarán algo más atrevido: atravesar el Atlántico. Tocó a Cristóbal Colón, bajo el patrocinio de la corona española, realizar en 1492 la hazaña de cruzar el mar y hallar islas y tierras desconocidas. No obstante que murió pensando que se encontraba en Asia, había iniciado, además de la conquista de nuevos y ricos terri-

torios, la posibilidad de un cambio en la visión del mundo. Efectivamente, al comprobarse después de múltiples viajes que aquellas tierras adonde se había arribado no eran Asia, sino algo hasta entonces desconocido, se desencadenaba una gran crisis en la cultura occidental. Aquellas tierras encontradas por Colón, con las que no parecían contar *ni siquiera las Sagradas Escrituras,* vinieron a abrir y a desorganizar el pequeño y limitado mundo en que hasta entonces habían vivido los hombres. La gran alegoría del mundo unido, pero dividido a la vez en tres partes de carácter diferente simbolizando la Trinidad, perdía validez. ¿Era errónea toda la visión del universo?

La historiografía del descubrimiento y la conquista de América

Además de este impacto de crisis y de renovación de los fundamentos mismos de la cultura, que va a poner a discusión problemas que darán como resultado una nueva visión del mundo y del hombre, América dará ocasión de que se escriban un sinnúmero de historias y narraciones con pretensiones históricas. Estas crónicas, además de su valor como fuentes de la historia, van a influir en la historiografía general no sólo por la introducción de nuevos temas sino hasta por cierta revolución en la forma de tratar los temas históricos, introduciendo la costumbre, hoy día indispensable, de la descripción etnológica previa a toda historia.

Las nuevas tierras, no tratadas por los escritores clásicos, eran terreno virgen para los observadores, que se lanzaron con gran entusiasmo a descubrir y narrar lo que veían con una perspicacia sorprendente. Era muy grande la ventaja que les daba el ser los primeros en ocuparse del tema; no tenían que luchar contra las autoridades y podían escribir con independencia de criterio. Todos ellos insisten en la novedad del tema y sienten que su misión es de gran trascendencia, ya que se trata, al decir de Fernández de Oviedo, "de cosas que nunca

se oyeron y no pudieron ser escriptas, hasta nuestro tiempo", porque aun los más importantes escritores clásicos "no escribieron del mundo, sino lo menos".

Los primeros cronistas e historiadores se quedaron en la superficie de la curiosidad, pero poco a poco penetraron más hondo, llegando a verdaderas interrogaciones, como las del jesuita Acosta. También se nota la independencia que tuvieron los primeros cronistas en la forma de enfrentarse al tema, sin limitarse a la forma retórica de los humanistas. El mismo López de Gómara que era letrado, no hace sino pequeñas concesiones al estilo clásico. Esto desaparecerá cuando la historia ya no esté en manos de hombres activos en la conquista del mundo, sino que vaya a las plumas de teólogos o literatos para los cuales el tema americano se convertirá en un pretexto para moralizar o hacer obras literarias.

Cristóbal Colón (1451-1506), el héroe mismo de la hazaña del hallazgo de las nuevas tierras, es el primero que hará tema de la naturaleza y del hombre de las Indias, si bien pensará siempre estar en alguna parte del extremo del Asia. Su *Diario* y sus *Cartas,* publicados y conocidos como *Cartas y Relaciones,* resultan documentos muy interesantes como ejemplo de las primeras impresiones derivadas del contacto de los europeos con otros hombres y otra circunstancia. Colón es ágil escritor; sus descripciones de la naturaleza revelan una gran sensibilidad. Pero lo más interesante resulta ver cómo persigue incansablemente encontrar las maravillas que por sus lecturas cree que tienen que constituir Asia. Toda la fantasía que trae en la mente la ve reflejada en la realidad. A ratos pasa de descripciones minuciosamente exactas a la interpretación de los decires de los indios —quien sabe por qué artes—, identificando las maravillas de Marco Polo. Asegura así que los indígenas de la Española describiendo a los de Caniba, "decían que no tenían sino un ojo y cara de perro".

Va encontrando huellas de caribes, amazonas, las islas Varón y Hembra y todas las leyendas medievales que se trasladaron a América y que, poco a poco, al contacto con la realidad se irán diluyendo o bien emigrando a otras regiones desconocidas de la Tierra.

Pedro Mártir de Anglería (1457-1526), diplomático, preceptor y, desde 1510, cronista de Indias, es el fundador del verdadero interés histórico hacia las nuevas tierras. Sus *Cartas* y las *Décadas del Nuevo Mundo,* aunque realizadas con afanes muy humanistas, resultaron un gran ejemplo de la revolución que estaba en marcha. Él prefiere un latín incorrecto, si da más vida a sus imágenes, que la corrección clásica de moda. Mártir nunca vio las Indias, pero oyó cuidadosamente las reseñas y leyó las crónicas. Utilizó antes que nadie, el tema en Europa y fue también uno de los primeros en intuir que se trataba de un *orbe novo.* Sus descripciones son completas y vivas, guarda un orden minucioso, pero insiste en demasiadas maravillas y aunque se muestra escéptico para no aparecer fuera de la corriente de su tiempo, repite las fábulas de la Antigüedad.

Hernán Cortés (1485-1547), conquistador de México, dejó con sus *Cartas de relación* no sólo una joya literaria, sino además un cuadro completo de los acontecimientos y la descripción de "la tierra que es, la gente que la posee y la manera de su vivir y el rito y ceremonias, seta o ley que tienen". Su curiosidad lo abarca y lo describe todo. Identificado a fondo con su empresa siente la tierra y el indio como cosa propia, lo cual da a su narración una viveza que no poseen en tan alto grado otras crónicas. Su finalidad es dar cuenta al emperador, y desde luego destacar sus acciones en busca del merecido premio para sus hazañas, lo cual no limita la importancia que las *Cartas* tienen como fuente para la historia de conquista y como una de las primeras muestras de la conciencia de aquellos hombres de participar en un gran momento.

Junto a Cortés encontramos a uno de sus soldados, Bernal Díaz del Castillo (1492-1581), que indignado por el secundario papel que otorga al simple soldado la *Historia* de López de Gómara se decide a escribir, ya viejo y a mucha distancia de los acontecimientos, la *Historia verdadera de los sucesos de la conquista de la Nueva España.*

Muestra de una memoria prodigiosa, aunque evidentemente siguiendo los pasos de Gómara, que no por considerarlo mentiroso dejó de servirle de guía, la *Historia verdadera*, es un ejemplo de crónica americana fresca, viva y amena. La interpretación del hecho se reduce a considerar la conquista de México como epopeya que supera las de todas las épocas. Bernal pretende demostrar que si bien Cortés es un capitán a la par de un Alejandro o un César, no es el único autor de la hazaña sino que todos sus soldados contribuyeron a ella y que él, Bernal, es el más antiguo en aquellas tierras.

Se ha pretendido otorgar primacía a la *Historia verdadera* sobre las *Cartas* del Conquistador, considerándola una fuente más imparcial. En realidad, las dos son tan objetivas como lo permitieron las limitaciones humanas de sus autores y sus respectivos intentos.

Gonzalo Fernández de Oviedo y Valdés resulta el primer gran historiador de Indias. Nacido en 1478, tuvo la suerte de vivir el periodo feliz en que su patria llegaba a convertirse en la primera de las naciones del mundo. Muriendo en 1557, la vida de Oviedo además de larga fue activa, desempeñando los múltiples y diversos papeles de cronista, soldado, cortesano, gobernador, alcaide, litigante y veedor. De su inquieta vida, treinta años transcurrieron en el Nuevo Mundo, cuyo contacto le inspiró dos de sus obras históricas: *Sumario de la Natural Historia de las Indias* e *Historia General y Natural de las Indias, Islas y Tierra Firme del Mar Océano.*

Su propósito era, según dice, convertirse en el Plinio del Nuevo Mundo y para que "tales historias sean manifiestas en todas las repúblicas del mundo; para que en

todo él se sepa de la amplitud e grandeza destos Estados que guardaba Dios a nuestra real corona de Castilla".

Para emprender su tarea, Oviedo posee la experiencia directa de la vida en las Indias y no escribirá, como muchos, sólo "de oídas". Considera su libro importantísimo, no sólo como un heraldo del suceso que está teniendo lugar en el mundo, la unificación político-religiosa de la Tierra por España, sino también como un conocimiento necesario para llegar al de Dios, ya que, dice Oviedo, no hay mejor manera de conocerlo que a través de sus obras. Y puesto que estaban "tan grandes regnos e provincias y de tan extrañas gentes e diversidades e costumbres y cerimonias e idolatrías, apartadas de quanto estaba escripto, desde ab initio hasta nuestro tiempo".

¿Qué mejor manera de completar el conocimiento de Dios que alcanzar el conocimiento de estas partes?

La obra de Oviedo contiene una fuerte estructura: una tesis providencialista de la historia. Dentro de dicha tesis América viene a ser la demostración del designio divino tratándose, por tanto, no de una simple historia local porque, para Fernández de Oviedo, América sólo tiene sentido en relación con el magnífico destino de España, de la cual depende en adelante el destino del mundo. Esto hace de la *Historia* de Oviedo una obra de marcado sentido universalista.

El éxito de las dos obras fue en su tiempo increíble. La primera parte de la *Historia* fue traducida a numerosos idiomas; pero el éxito alcanzado, tal vez por la novedad del tema y también por la claridad, sencillez y amenidad con que había sido escrita, fue efímero. Las Casas logró, a la muerte de Oviedo, interrumpir la publicación del resto de la obra, que no vio la luz totalmente hasta 1855. Sin embargo, es una de las obras más completas, tanto porque a Fernández de Oviedo, como cronista oficial, llegaron casi todas las relaciones parciales, como por su empeño interpretativo que logró dar un sentido al acontecimiento del descubrimiento del Nuevo Mundo.

Frente a Fernández de Oviedo y con un prestigio formidable derivado de su afán de defensa de los indios, encontramos al padre Bartolomé de las Casas. Nacido en 1470, pasó tempranamente a América. Después de diversas actividades colonizadoras, se ordenó de sacerdote. Organizó entonces un grupo de españoles para intentar la conquista pacífica de una parte de la Tierra Firme; y fracasada esta empresa entró en la Orden de Santo Domingo. Como "Procurador de los Indios" y obispo de Chiapas, desarrolló una actividad increíble, cruzando numerosas veces el océano. Murió en 1566, habiendo logrado influir en la política hacia los indios. Sus obras, *Historia de las Indias,* la *Apologética historia de las Indias, del Único Modo de Atraer a Todos los Pueblos a la Verdadera Religión* y la *Brevísima Relación de la Destrucción de las Indias* han tenido una difusión desmesurada, sobre todo la primera y la última.

En polémica con Oviedo le debe, como Bernal a Gómara, la estructuración de su *Historia* y un sinnúmero de datos. Aunque tuvo en sus manos documentos importantísimos, como el *Diario* de Colón —del cual sólo conocemos su versión— sus afanes históricos eran solamente un instrumento de su polémica sobre los indios; es por ello que no vacila en exagerar las cifras de muertos, las crueldades de los conquistadores y las bondades de los indios.

Su finalidad principal es demostrar que los indios no son siervos, oponiéndose a la tesis que pretendía sostener su adversario Juan Ginés de Sepúlveda apoyado en la tradición clásica y en Fernández de Oviedo, sino que la superioridad moral de los indios requiere sólo de unos cuantos dominicos para la total cristianización de las nuevas tierras.

La pintura que nos hace Las Casas de los indios tiene siempre un tono apologético, descubriendo en sus mismos rasgos físicos y morales un significado:

> Las caras y los rostros teníanlos comúnmente graciosos, hermosos, hombres y mujeres, desde su niñez y nacimiento, que es señal de indicio o significación de bondad de las ánimas dellos natural y buen entendimiento.

Así, nos dice Las Casas, estos buenos y bellos indios vivían antes de la llegada de los españoles en la mayor felicidad, pues teniéndolo todo y siendo de su natural pacíficos, humildes y pacientísimos, no conocían discordias. Y es extraordinario ver cómo justifica los errores de los indios, incluso el tema tan delicado de la religión. El padre asegura que la mayor parte de los indígenas "sacrificios y actos de religión como no tuviesen ídolos, no los tenían, y por consiguiente cuasi ninguna señal o muy delgada era entre ellos de idolatría".

Como casi todos los cronistas, cree que las religiones idolátricas de los indios las dicta el diablo y que es éste el que mediante amenazas los obliga a efectuar sacrificios humanos; pero contra el horror que muestran todos los cronistas por tal hecho, él piensa que es prueba de estimación suprema a sus deidades. No pudiendo desmentir tampoco la antropofagia, explica que llegados a "esta corrupción y bestialidad" en algún momento accidental, "de allí usándolo se fueron confirmando y corroborando, tanto que se les convirtió en otra naturaleza, más que por inclinación o complixión depravada".

Así, pues, los indios son seres racionales, aptos para recibir la fe; mas el único medio de cristianizarlos es el convencimiento, la predicación pacífica. Piensa que Dios ha elegido a España para efectuar la hazaña, pero ésta ha perdido la ruta que la Providencia le había señalado. La conquista resulta entonces una invasión violenta "de crueles tiranos, condenados no sólo por la ley de Dios, pero por todas las leyes humanas". No hay ninguna excusa para dicha guerra, puesto que estos indios constituyen la cuarta especie de infieles, cuyas tierras nunca han sido usurpadas a nadie, por lo cual "ningún Rey, ni el Emperador, *ni la Iglesia,* les pueden hacer guerra ni en manera alguna molestarlos".

El pensamiento lascasiano adquiere un lugar primordial en la constitución de las modernas ideas acerca del

hombre y del Derecho de Gentes. Concediendo que el padre argumentó a veces irracionalmente, también es verdad que tenía ante sí la terrible muralla de las autoridades escolásticas, aún con gran prestigio. Él preparó el terreno para que un poco más adelante se formularan las tesis frías y definitivas de Vitoria y de Suárez. Por ello y por influencia buena y mala que ha tenido en la historiografía americana, su *Historia de Indias,* su *Apologética historia* y su *Brevísima relación* ocupan un lugar especial en la historia de la historiografía americana.

Es el jesuita José de Acosta (1539-1566) el que con su *Historia natural y moral de las Indias,* ante el cuadro total del universo, sitúa en la concepción del hombre y del mundo, al indio y a la naturaleza americana. Además de su intento de caracterización de la naturaleza del Nuevo Mundo, analiza y describe sintéticamente la cultura y la historia del Perú y de México, demostrando que, atenidos a sus propios recursos, ya que estuvieron fuera del contacto con el Evangelio, los indios habían alcanzado el máximo desarrollo cultural a que podían llegar por medio de su naturaleza; cree que para sobrepasar esta etapa, era necesaria su conquista por la cultura cristiana.

Dos historiadores, sin haber pisado las tierras nuevas, intentaron hacer historia a base de los relatos recogidos y de las informaciones oídas de los conquistadores. El primero y más importante es Francisco López de Gómara (1512-1553), capellán de Cortés, que escribió dos obras sobre el Nuevo Mundo, la *Historia de las Indias* y la *Conquista de México.* Plenamente renacentista, tiene un concepto individualista, aristocrático y heroico de la historia. Considera que "la mayor cosa después de la creación del mundo, sacando la encarnación y muerte del que lo crió, es el descubrimiento de Indias, y así las llaman Nuevo Mundo", por lo que merece elegirse como tema. También Gómara es providencialista, aunque como humanista, subraya el papel que las personas elegidas desempeñan en la historia.

Antonio de Herrera y Tordesillas (1549-1625), cronista de Indias, compuso sus *Décadas* o *Historia general de los hechos de los castellanos en las Islas y Tierra Firme del Mar Océano.* Su inspiración es humanista y la notamos desde luego en el título mismo, *Décadas,* y en la inserción de largos y curiosos discursos. Su trabajo, con más pretensiones que el de Gómara, no podía resultar completamente acabado por la profusión de fuentes que tuvo que trabajar; sin embargo, significa un primer esfuerzo de sistematización y síntesis de las fuentes de la historia de Indias.

La Reforma y la Contrarreforma

La inquietud espiritual que había patrocinado el humanismo desarrolló la tendencia a someter las ideas aceptadas tradicionalmente a una crítica libre. La difusión de la *Biblia* gracias a la imprenta, hizo que, mientras en los países meridionales se leían ávidamente los clásicos griegos y romanos, los pueblos como Alemania y Holanda prefirieran la lectura de las escrituras sagradas. El contraste que encontraron entre la doctrina y la práctica, las prédicas de heterodoxos como Huss y Wiclif y la corrupción del papado y de las altas jerarquías de la Iglesia fueron causas del movimiento conocido como la Reforma.

Un fraile agustino, Martín Lutero (1483-1546), inició el movimiento al protestar por la venta descarada de las indulgencias a través de los banqueros Fugger. Después de que las primeras protestas no fueron oídas, decidió anunciar una serie de proposiciones que le llevaron a analizar algunos dogmas. Postuló sólo tres sacramentos, la fe como principal medio de salvación y el derecho de leer e interpretar directamente los *Evangelios.* Reunida la Dieta en Augsburgo para dictaminar sobre esta actitud en 1520, el Papa condenó sus proposiciones y exigió su retractación. Pero, en un acto de máxima rebeldía, Lutero quemó la bula papal en la plaza de Wittenberg. Aún tuvo ocasión de defenderse en la Dieta de Worms, pero al ser condenado, hubo de esconderse algún tiempo bajo la pro-

tección de un príncipe alemán, mientras se ocupó en traducir la *Biblia* al alemán.

La nueva doctrina pronto cundió y aun contribuyó a nuevas reformas, como la de Calvino y la separación de la Iglesia Anglicana iniciada por Enrique VIII. La división de la cristianidad se había realizado y originaría numerosas consecuencias sociales, políticas, económicas y culturales. Culturalmente, venía a incrementar el escepticismo que se había iniciado con el movimiento renacentista, acelerando el desarrollo de las ideas que habían de constituir el mundo moderno.

La Iglesia creyó, en un principio, que era cuestión de tiempo el unificar nuevamente la cristiandad, pero a medida que se convenció que ello parecía imposible inició un movimiento de renovación dentro de sí misma. Inspirador de tal movimiento fue el creador de la Compañía de Jesús, Íñigo López de Recalde, conocido como San Ignacio de Loyola. La nueva orden tenía un carácter completamente "moderno"; hacía los votos tradicionales, pero, además de obedecer directamente al Papa —voto que le iba a dar una fuerza política por la que después sería atacada— se decidió a actuar en este mundo para influir decisivamente en él. La Compañía eligió dos caminos principales para lograr su finalidad: el primero, la educación para prevenir dudas por desconocimiento de la propia fe; el segundo, convertir a sus miembros en los puntales de las nuevas ciencias.

En el campo teórico, la Iglesia, una vez que se dio cuenta de que el cisma se había consolidado, reunió un Concilio en la ciudad de Trento para considerar los puntos dogmáticos atacados por los reformistas. En realidad, y a pesar de la fuerza de las críticas, el Concilio reafirmó los puntos de vista tradicionales, manteniéndose intactos los dogmas, incluyendo los siete sacramentos y la presencia real de Cristo en la Eucaristía. Sin embargo, la Iglesia, reconociendo la razón de muchas críticas, fijó las bases disciplinarias para renovarse; y se dio cuenta de la necesidad de preparar mejor a los sacerdotes, decidiéndose la organización de seminarios para tal objeto. Con la actitud

del Concilio de Trento se perdió la posibilidad de reconciliación con los reformistas, pero logró salvarse la unidad del grupo restante.

La historiografía y la Reforma

La división del cristianismo afectó hondamente la conciencia europea. No obstante que el cristianismo había sufrido un enfriamiento en las esferas intelectuales, es indudable que la religión era todavía una fuerza viva y el pueblo reaccionó a favor o en contra, pero no permaneció al margen. Tanto los católicos, que al ver en peligro sus creencias renovaron su fe, como los nuevos creyentes, se vieron inflamados por un fanatismo increíble que suscitó sangrientas luchas religiosas.

Entre el grupo dirigente de la corriente reformista se sintió la necesidad de cimentar las bases para la polémica que habían entablado contra la Iglesia, la cual les aseguraría adeptos y fuerza. Tal polémica afectaba la producción historiográfica del siglo XVI, puesto que, primero los protestantes y después los católicos, acudirían a la historia en busca de pruebas y apoyo para sus puntos de vista. De cualquier forma, el fondo de la disputa era primordialmente histórico: ¿cómo había sido la Iglesia primitiva?

El hecho fue fructífero para la historia, puesto que a pesar de que el tener una finalidad tan definida y tan pragmática les hizo acercarse a la historia con un criterio muy estrecho, les obligó a volcarse sobre un material inexplorado así como a dar a la Iglesia el puesto histórico que la historiografía humanista le había negado.

En el grupo luterano, los mismos dirigentes Lutero y Melanchton se enfrentaron con la historia. Melanchton escribió una historia universal, *Chronicon Carionis latine expositum et auctum,* que devolvió los conocimientos históricos nuevamente a los tiempos de los Padres de la Iglesia, es decir, a la primacía de la teología. Melanchton descubre en los acontecimientos la huella directa del dedo de Dios.

Pero el primer esfuerzo serio de escribir una historia de acuerdo con la nueva doctrina lo llevó a cabo un grupo

de fervientes creyentes reunidos alrededor de Flavio Ilírico, conocidos en conjunto como los *Centuriadores de Magdeburgo.*

Flavio Ilírico (1520-1575) logró reunir un grupo de colaboradores con los cuales redactó las *Centurias de historia eclesiástica.* Llegaron a publicarse trece *Centurias* y sólo en la última ya no colaboró Ilírico, que había sido expulsado del grupo, el cual no tardó en desintegrarse. El plan de Ilírico era escribir la historia de la Iglesia hasta su tiempo, organizando el material en centurias. Repartió la tarea y los materiales fueron recolectados por toda Europa. La labor es impresionante, a pesar de que no se consiguió sino reunir ordenadamente el material para ponerlo al servicio de la doctrina luterana. Por supuesto, el criterio para elegir la documentación fue pobre, no importaba sino que reforzara los puntos de vista de las nuevas ideas y que fuera hostil a los Papas.

Muchas otras obras, sobre todo seudo-históricas, se escribieron contra la Iglesia Católica. Un buen ejemplo es *El libro de los mártires,* escrito por un protestante inglés y que llegó a adquirir un gran prestigio e influyó grandemente en la formación de la opinión popular.

La Iglesia tardó en reaccionar a la defensa, en cierta medida, por la falta de elementos. Pero en 1588 empezaron a publicarse los *Anales eclesiásticos,* encargados al napolitano César Baronio (1538-1607). Trabajó las numerosas fuentes y los relatos evangélicos con gran minuciosidad y aunque violentó menos las fuentes que los centuriadores, es indudable que también iluminó su búsqueda con un interés definido, al servicio de la doctrina católica.

Las grandes experiencias que habían vivido los hombres con los descubrimientos y la Reforma significaban, ante todo, la liquidación de la tradición medieval. Las interrogantes planteadas por el Nuevo Mundo, junto a la decidida rebelión contra la jerarquía religiosa que significaba la Reforma, abrían el camino para un nuevo intento de conceptuación y explicación del mundo y del hombre, que había de influir consecuentemente, en la forma en que los hombres se enfrentarán con su pasado.

VI. El siglo de la negación de la historia

Los acontecimientos de los siglos XVI y XVII producidos por los nuevos intereses humanos patrocinaron una transformación profunda de la cultura. Tal proceso va a hacerse verdaderamente patente en el siglo XVII, en que se sintetizarán y precisarán las diferencias aún vagas durante el siglo XVI. Después de la experiencia del Renacimiento, como un desafío a la tradición medieval y un primer intento optimista del hombre por crear y conocer a base de sus posibilidades humanas, así como con la rebelión a la autoridad de la Iglesia, el hombre había roto con gran parte de las ataduras de la cultura medieval y estaba preparado para construir nuevas bases. La Reforma favoreció la polémica; cada grupo trató de cimentar y fortalecer sus argumentos. Y mientras esto provocó un renacimiento de la fe popular, en las esferas intelectuales abonó el escepticismo.

La aparición de un "nuevo mundo", que no estaba previsto en las Sagradas Escrituras, ni en las obras de la Antigüedad, sumado al rompimiento de la visión aristotélico-cristiana del universo efectuado por Copérnico, impedía lanzarse a los escritos antiguos en busca de la verdad. Con la Reforma, las Sagradas Escrituras habían cobrado una nueva vivencia en materia de fe, pero al mismo tiempo habían perdido mucho de su vigencia como fuente de explicación de los asuntos seculares. Ahora la duda abarcaba todo el conocimiento del pasado y el siglo XVII llevaba tan profundamente la duda, que la centraba en saber si los métodos que habían usado los hombres en la Antigüedad y en la Edad Media, eran efectivos para encontrar la verdad. El hombre dudaba no ya de los resultados, sino del método mismo; hacía falta rechazar todo lo hasta entonces conocido y empezar a construir

con otras premisas. Fue Renato Descartes (1596-1650) quien valientemente se iba a enfrentar al problema de destruir lo conocido, establecer el *nuevo método* y emprender la búsqueda de la nueva verdad.

Pero además de esta duda tan profunda, el siglo XVII hizo surgir nuevas esperanzas. Francis Bacon (1561-1621) había afirmado en *Del adelanto y progreso de la ciencia divina y humana* que el conocimiento tenía que ser la base para mejorar la vida humana. Es decir, debía ser útil. Los dos nuevos empeños iban a dar por resultado un avance prodigioso en las ciencias físicas y naturales, particularmente la matemática y la física. Con ello se iniciaría el auge del gran espejismo de la ciencia como panacea de todos los males humanos y único camino posible de conocimiento verdadero, auge que en parte aún vivimos y que, si bien ha dado lugar a una tecnología fabulosa, sólo ha cubierto el deseo de Bacon, las condiciones de la vida humana se han mejorado en muchos países, pero la solución de los problemas existenciales del hombre siguen siendo transferidos para más adelante.

El empeño científico se reflejaría en todos los niveles del conocimiento, pretendiendo reducir a los hombres a estructuras simples para poder aprehenderlos; las sociedades humanas se considerarán verdaderas construcciones cuyos fenómenos tienen que estar sujetos a leyes que hay que descubrir. Esto producirá, hacia el siglo XIX, un esfuerzo por someter la esfera de los hechos humanos a un tratamiento del tipo de las ciencias naturales. En el siglo XVII, el cientificismo conduce simplemente a la negación de la historia.

Descartes y la negación de la historia

Es el francés Renato Descartes quien con una obra sumamente breve, el *Discurso del método,* introduce la revolución total de la estructura del pensamiento anterior que, a pesar de la negación de algunas de sus verdades aceptadas, había logrado mantenerse vigente. Descartes, convencido de que no son algunas verdades las equívocas sino la construcción entera del conocimiento humano lo que hay que renovar puesto que el error yace en el método, va a atreverse a llevar la duda hasta la incertidumbre misma de la propia existencia. Va a negarse a aceptar todo lo que no sea absolutamente indubitable, se quedará sólo con las ideas claras y distintas. De esa manera reconstruye el mundo, un mundo de formas matemáticas, las únicas que según Descartes, son enteramente comprensibles.

Dividirá el campo del saber en cuatro categorías: poesía, teología, filosofía e historia. La poesía es el campo de la imaginación. La teología, el saber de las verdades, pero como es materia de fe habrá que dejarla a un lado. La filosofía que encierra la matemática, geometría, física, biología y metafísica, es la única que rinde verdades. La historia es un saber inútil, perjudicial y en manera alguna alcanza la verdad.

Insiste en que, en primer lugar, la historia es como un viaje a un país extranjero, y

> en cuanto se emplea demasiado tiempo en viajar, se llega al fin a ser extranjero en el propio país; y cuando se es demasiado curioso por las cosas que se practicaban en los siglos pasados se permanece ordinariamente en extremo ignorante de las que se practican en éste. Además de que las fábulas hacen imaginar como posibles muchos acontecimientos que no lo son en absoluto, y que incluso las historias más fieles, si no cambian ni aumentan el valor de las cosas para hacerlas más dignas de ser leídas, al menos omiten casi siempre las circunstancias más bajas y menos ilustres, de donde viene que el resto no parece tal como es.

El juicio de Descartes es absolutamente negativo, ya que niega la misma posibilidad de poder relatar lo pasado.

Descartes significa la deshumanización del hombre. Lo ha diseccionado y después de eliminar lo que ha considerado superfluo lo ha dejado reducido a una de sus partes: la razón. Se inicia este intento con toda seguridad y certidumbre, tanta, que Descartes llegó a soñar con lograr una ética geométrica. La supremacía de la ciencia había comenzado.

Las reacciones a las ideas cartesianas fueron diversas. Desde luego, el método fue aceptado básicamente y, por supuesto, tenía que afectar a la historiografía, aunque a veces no fuera sino por "el aire de los tiempos". La única respuesta directa y decidida será la del filósofo italiano Vico. Una influencia "técnica" fue la incrementación de la erudición como un medio de fundamentar la validez en la historiografía. Los historiadores abandonaron definitivamente a "las autoridades" y se empezó a aplicar una crítica aguda a las diversas fuentes. De esta manera subrayaban su empeño de mejorar los métodos de trabajo para alcanzar la verdad. Curiosamente, al mismo tiempo, la historia se iba a encontrar más y más al servicio de intereses políticos o religiosos.

Como representantes sobresalientes, con gran fama de erudición, encontramos a los benedictinos de la Congregación de San Mauro de la Abadía de St. Germain de Prés. Gracias a su reclusión, el trabajo en grupo y la independencia económica, pudieron llevar a cabo algunos estudios de grandes dimensiones, de intento religioso, pero con un cierto sentido moderno. Entre ellos se destacan Juan Mabillon (1632-1664), con sus *Anales de la orden de San Benito,* y Luis Sebastián Le Nain de Tillemont (1637-1698), autor de la *Historia de los emperadores y otros príncipes que reinaron durante los seis primeros siglos de la Iglesia.*

Si los benedictinos optaron por la gran erudición, los jesuitas, que desde el siglo anterior venían haciendo historia, se aventuraron en la crítica. Mas ni unos ni otros lograron superar los grandes obstáculos que su carácter religioso les oponía.

La gran historia a la vieja manera cristiana, pero con una forma moderna la escribiría el obispo Jacobo Benigno Bossuet (1627-1704). Preceptor del Delfín, dejó dos obras: *Historia de las variaciones de las iglesias protestantes* y *Discurso sobre la historia universal.* La primera representa un intento inicial de análisis del protestantismo, hecha con agudeza y base crítica nada ordinarias, si consideramos su carácter de religioso, que le lleva incluso a usar fuentes protestantes. Su objeto es obviamente el convencimiento, pretendiendo demostrar el error de los protestantes para volverlos al seno de la Iglesia Católica.

El *Discurso,* mucho más importante, fue escrito para servir de instrucción al Delfín. Hace una síntesis de la historia universal para explicar la "perpetuidad de la religión" y mostrar qué causas ocasionaron profundos cambios en los imperios. Se trata de una concepción providencialista agustiniana, pero que deja desarrollar paralelamente al plan divino, las causas naturales. Bossuet concede en esta obra un papel importante a la caracterización de las condiciones sociales y políticas de los pueblos. Esto y su empeño por una síntesis interpretativa del total de la historia universal anuncian ya la historiografía ilustrada.

Juan Bautista Vico (1668-1744)

Aunque hasta sólo muy recientemente se haya reconocido el valor que tiene, la obra de Vico es de gran genio y si tomamos en cuenta el momento en que fue escrita, con el peso de todo el prestigio que la ciencia empezaba a tener, resulta aún más notable.

Vico nació en Nápoles y desde muy temprano dedicó su empeño al estudio de la historia y la filosofía clásicas. Ocupó la cátedra de Retórica en la Universidad de Nápoles, publicando algunos libros sobre derecho e historia romana y, en 1725, su obra fundamental, la *Ciencia nueva* (Principios de una ciencia nueva en torno a la naturaleza común de las naciones). Llegó a vivir cuando la Ilustración ya estaba presente, pero su obra es una polémica directa contra el racionalismo cartesiano.

Vico es uno de esos hombres capaces de asimilar su ambiente histórico hasta conseguir una expresión auténtica de las hondas inquietudes de su tiempo. Sorprendente resulta que, a pesar de sus meditaciones que le llevaron a tantas novedosas ideas sobre el mundo, no hubiera perdido su fe católica.

El ataque a Descartes origina toda una nueva teoría del conocimiento. Según la filosofía cartesiana, las ciencias físicas y naturales son las únicas inteligibles, puesto que son las únicas capaces de descomponerse en ideas claras y distintas. Para Descartes la geometría era el ejemplo de una ciencia ideal. Vico contradice totalmente esta idea; para él, sólo aquello de lo cual somos autores podemos conocer. Si la naturaleza es obra de Dios, es él el único que puede conocerla. En cambio, el mundo de las naciones es lo que el hombre ha hecho y, por lo tanto, lo único de donde puede alcanzar una verdad probable. A la negación absoluta de Descartes de la posibilidad de un conocimiento histórico, Vico contesta afirmando que es, por el contrario, el único conocimiento que el hombre tiene una garantía de alcanzar. Y no tanto porque la historia sea producto de hombres exactamente iguales a nosotros, sino porque no tenemos otro medio de entender al hombre que a través de su historia. Las ideas claras y distintas de Descartes son para Vico un producto subjetivo. De las cosas de la naturaleza tenemos ideas; sólo de las cosas humanas somos capaces de tener conocimiento.

Su idea de la historia tiene un amplio sentido: es la forma a través de la cual el hombre se ha expresado a lo largo de los tiempos. Ataca por eso a los filósofos que pretenden postular verdades eternas para todos los hombres y para todos los tiempos. Vico tiene la firme creencia en que Dios rige el mundo según sus designios, y que la suerte de las naciones está determinada por su voluntad. Hasta cierto punto, su pensamiento es una conciliación entre el cristianismo y una creencia inmanentista; Dios influye sólo en la historia a través de la naturaleza del hombre creada por él. Así Vico concibe los limitados fines humanos como instrumentos de los altos fines divinos, concurriendo siempre a la conservación del género humano sobre la tierra.

Al enfrentarse con la historia, abandona en un alto porcentaje el interés político para realizar más bien lo que hoy llamamos historia cultural. Penetra en el análisis de la humanidad, tomándola como totalidad, sin interesarle

las individualidades. Propone Vico una idea cíclica de la historia, de acuerdo a la cual las naciones tienen que pasar inevitablemente por determinadas etapas en su desarrollo histórico. La fragilidad humana no permite ni alcanzar la perfección absoluta ni mantenerse en la perfección alcanzada; así cuando una nación se aproxima al término de su evolución, se apresura el proceso de su decadencia y vuelve a una barbarie primitiva, empezando nuevamente. Tales son los procesos vitales de la historia: el *corso* y el *ricorso*. El curso es el proceso de desarrollo y crecimiento, el retorno es un retorno dialéctico, que no excluye la posibilidad del progreso, porque cada ciclo supera en alguna forma al anterior aprovechando su experiencia.

Las etapas que constituyen los círculos en que se mueve la historia de las naciones son tres:

1) *La edad divina,* en la cual los hombres creen vivir bajo el gobierno de los dioses, los cuales se expresan en oráculos.

2) *La edad heroica,* en la cual reina una aristocracia bajo la pretensión de una cierta superioridad natural.

3) *La edad humana,* en la cual todos los hombres se reconocen iguales por naturaleza.

Cada edad engendra ciclos de formas culturales, principalmente en el lenguaje, y una forma de gobiernos definidos (teocracia, aristocracia, democracia y tiranía). La repetición se sucede siempre, en todos los tiempos y en todos los pueblos. "Los hombres perciben en primer término lo necesario, detienen luego su atención en lo provechoso, se dan cuenta después de lo cómodo, complaciéndose, finalmente, en lo agradable para entregarse luego al lujo y, en último lugar, caer en el abuso de las cosas."

En el proceso de desarrollo de una nación le concede una enorme significación a la religión como medio capital para la progresiva humanización de una sociedad primitiva de idólatras. Reconoce a las religiones paganas como instrumentos de Dios; enorme adelanto en la interpretación cristiana, que en el pensamiento anterior les concedió a

las religiones no cristianas sólo el carácter de revelaciones corrompidas o degeneradas.

Vico, también en oposición a Descartes, cree que la filosofía, como contemplación de la razón, es conocimiento de la verdad, pero sólo los filólogos gramáticos, los historiadores y los críticos que hagan del lenguaje y de los hechos de los hombres su materia de estudio —al observar la facultad de elección humana—, pueden adquirir conciencia de lo cierto. Propone como principio de averiguación de la verdad la comparación. Cree que estudiando mitos, fábulas y lenguajes averiguamos más del proceso humano que en ninguna otra forma. Considera que si observáramos más la forma en que los niños piensan y hablan, aprenderíamos más de historia que por otros medios. Insiste en que deben conocerse las raíces metafóricas de las palabras.

La novedad de Vico va a ser, sobre todo, la consideración de la realidad histórica como aquello que pensamos del pasado. La historia, hecha por hombres, es lo que puede ser comprendido por ellos, pero sólo a través de un esfuerzo imaginativo, que es lo que puede hacer a la evidencia histórica comprensible.

VII. El gran siglo de la historia

Los SIGLOS XVI y XVII, además de significar la crisis de paso a la modernidad, habían sido de luchas religiosas y dinásticas, en busca de un nuevo equilibrio político que venía a patrocinar la aparición de dos nuevas potencias: Francia e Inglaterra. El siglo XVIII, aunque tuvo sus guerras, podemos decir que significó una gran tregua. Es el largo periodo que va de la subida al trono de Luis XIV y la imposición de la hegemonía francesa, hasta la muerte de Luis XV, en que parece existir una armonía que permitirá pensar a los hombres, que han quedado atrás muchas cosas perniciosas y que existe un futuro mejor hacia adelante.

A lo largo del siglo XVIII se producen una serie de cambios en el tablero europeo. Al iniciarse el siglo se liquidan dos viejas fuerzas politicoeconómicas, una al norte, Suecia, vencida por Pedro el Grande; la otra al sur, España, que está prácticamente liquidada al terminar la Guerra de Sucesión. En su lugar aparecen nuevos estados que empiezan a jugar un papel más y más importante a lo largo del siglo XVIII: Rusia, a la que los esfuerzos de Pedro el Grande llevan a entrar en la política europea por vez primera, y Prusia, que llega a tener una verdadera significación con Federico II, hacia la mitad del siglo. Ya en el último cuarto aparecerá un nuevo país, cuya importancia no está en la fuerza política, sino la significación espiritual dentro de las ideas vigentes en el siglo XVIII: los Estados Unidos. Simple colonia inglesa, logrará su independencia como consecuencia de las ideas políticas del siglo XVIII.

De cualquier forma, lo más importante será cómo en ese ambiente europeo, casi diríamos de armonía, va a aparecer una extraordinaria corriente de pensamiento, la Ilustración, Iluminismo o Esclarecimiento. Con base en

la fe, en la razón y el nuevo método de Descartes, el escepticismo religioso, las conquistas de la política inglesa y el sentimiento de haber, al fin, arribado a un mundo mejor, los hombres dicen entrar en la *edad de las luces*. Al decir de Croce: "todos dicen que se ha salido no sólo de las tinieblas, sino también de los clarores del alba y el sol de la razón está alto sobre el horizonte, esclarece las inteligencias y las irradia con vivísima luz".

La Ilustración es una especie de gozo ante la fe y la esperanza de vivir en un mundo que ha entrado en la etapa del perfeccionamiento. Los historiadores se sienten en una época superior a todas las que precedieron. Con un sentimiento de absoluta seguridad, contemplan el pasado y lo juzgan desde el presente con criterio propio. En contraste con la laboriosidad y minuciosidad del siglo XVII, los ilustrados vuelven su mirada al pasado con cierto desenfado, para verlo en conjunto y no perder el tiempo en estudio de fuentes; nos entregan grandes visiones panorámicas donde los datos son secundarios, lo importante son las hondas reflexiones filosóficas.

La Ilustración cree en la razón y en la perfectibilidad del hombre. Ve por lo tanto la historia como el lento camino del hombre hacia la perfección. Atrás quedaron, pues, la irracionalidad, las equivocaciones debidas al desconocimiento y al aprendizaje. Adelante está el progreso. Creen que ya han llegado a una etapa decididamente de progreso. Pero aún hay fuerzas que entorpecen el camino. ¿Cuáles? Dos principales: una, la superstición y su aliada principal, la Iglesia. La otra es el absolutismo, la falta de libertad, que sostiene una serie de privilegios absurdos. Por esto la historia es también, para ellos, en parte, un recurso polémico. Pretenden poner de manifiesto la monstruosidad de la superstición y los abusos religiosos para exterminarlos con la crítica descarnada. Tan exagerada era la crítica y tanta influencia ha ejercido en el pensamiento posterior, que aún deforma y tiene vigencia en algunos de nuestros juicios. Como un ejemplo, tenemos la triste opinión que aún nos merece la Edad Media como *edad de las tinieblas*. No vieron la Edad Media como algo que tenían que entender, sino una edad que había que refutar, que había que vencer, ya que aún quedaban vestigios de ella. Hay pues una consciente rebeldía ante la tradición, no se trata ya del silencio de los renacentistas ante los temas religiosos, se trata de una lucha implacable. Los nuevos historiadores *tienen que ser* anti-Bossuet, tienen que mostrar los males derivados de la superstición, de la intolerancia y de la falta de libertades. Hay que poner en ridículo a la religión y, a la monarquía.

Aquellos que se introducen a la historia no son ya políticos, ni religiosos activos, como en la historiografía de las dos centurias anteriores, que daban un carácter realista a sus obras; por el contrario, hay un empeño teórico. Asimismo, asqueados por el panorama de luchas que ha provocado la *irracionalidad*, los ilustrados se refugian en la historia cultural. En ella se ve más claro y palpable el camino acelerado del progreso en los últimos tiempos. En todos ellos notamos la impresión de los grandes descubrimientos. Newton, Galileo, Descartes son la prueba de que el futuro ha comenzado.

Ya dijimos que por primera vez hay un verdadero interés *universal*. Se ocupan de la China, India, América, Rusia. Pero no hay interés de verlas auténticamente; más bien quieren hacer patente su tolerancia y propia amplitud de criterio. Subrayan cómo otras religiones no mostraron ese empeño intolerante de imponer sus ideas por medio de la fuerza como el cristianismo.

En esta época se acuñó el término *filosofía de la historia,* que había de ser tan afortunado. A la Ilustración le sirvió para designar la ayuda en buenas admoniciones y preceptos que se podían obtener de la historia cuando se la investigaba sin prejuicios. Dado que se habían eliminado la Providencia y su intervención en la explicación de la historia, las leyes naturales pasaron de lleno a ocupar este puesto. La historia se convertía en el proceso elaborado por las fuerzas de la naturaleza, en movimiento uniforme, inquieto, continuo, inevitable, del cual era personaje la humanidad. En la naturaleza no había

rarezas, ni milagros, todo estaba regulado por leyes, existía una armonía perfecta, inalterable. Lo importante para los historiadores era, entonces, la búsqueda de eso continuo, uniforme, general: las leyes. El simple dato era desestimado por completo, no tenía ningún sentido.

Optimistas y confiados en los poderes de su razón, los hombres del siglo XVIII se propusieron derribar toda la tradición, restos del pasado que obstaculizaban el camino del progreso. En lugar de ello esperaban llegar a instaurar un nuevo derecho y una nueva moral. Estaban preparados; creían no tener prejuicios.

La historiografía iluminista

Como todo fenómeno humano, la Ilustración es una corriente compleja y no señalamos aquí sino algunas de sus características esenciales para cumplir el propósito de formar una idea muy general del proceso de desarrollo del pensamiento histórico, relacionándolo con el momento en que fue concebido.

A pesar de proceder la Ilustración, del pensamiento político inglés del siglo XVII, la historiografía iluminista europea recibió la influencia principal del pensamiento ilustrado francés, representado por tres pensadores: Montesquieu, Rousseau y Voltaire. Entre ellos, Voltaire, quizá el más importante como historiador, tuvo influencia decisiva en la historiografía inglesa y en los escritos históricos de Federico el Grande. Robertson y Gibbons se inspiraron de cerca en Voltaire y lo tuvieron constantemente como modelo.

Carlos Luis de Secondat, barón de Montesquieu (1689-1755), autor de dos obras de gran difusión, *Grandeza y decandencia de los romanos* y *El espíritu de las leyes*, influyó grandemente en una rama de historiografía alemana, sobre todo en Winckelman y Möser. Con su característico sentimiento profano y racional de la historia, su interpretación histórica se basaba en la idea de que el

clima determinaba el carácter de los pueblos. Creía que para su efectividad las leyes debían estar de acuerdo con el lugar en que iban a regir, es decir, en armonía con el clima.

Juan Jacobo Rousseau (1712-1778), cuyo pensamiento encerrado en sus libros *El contrato social, Emilio* y *Los Cortesanos* fue y ha seguido siendo muchas veces mal comprendido; tuvo gran influencia especialmente en Alemania, debido a que ya cultivaba los gérmenes del Romanticismo, con su sentimiento caluroso de humanidad. Rousseau pensaba que el hombre era bueno naturalmente, eran la sociedad y la educación las que lo habían corrompido. Había que dejar al hombre libremente, para que volviera a su naturaleza. Sus más notables discípulos fueron Schiller y Herder.

Francisco M. Arouet, conocido como Voltaire (1694-1778), historiador, filósofo y novelista, es sin duda una de las figuras más representativas del movimiento de la Ilustración. Para nuestro interés historiográfico, Voltaire nos dejó dos obras principales: *El siglo de Luis XIV* y el *Ensayo sobre las costumbres y el espíritu de las naciones y sobre los principales hechos de la historia de Carlomagno a Luis XIII*. Además, su pequeño ensayo sobre la Antigüedad, al que tituló *Filosofía de la historia*, y sus célebres biografías de *Carlos XII* y de su enemigo, publicada como *Historia del imperio de Rusia bajo Pedro el Grande*.

El Ensayo sobre las costumbres fue escrito, según nos dice, para satisfacer la curiosidad de madame de Chatelet sobre la historia, sin tener que leer los largos y aburridos libros de los historiadores. Voltaire interpreta su curiosidad como interés en la historia como filosofía. Se decidió a escribir un libro lleno de verdades útiles, sin datos innecesarios y en donde se pudiera obtener un concepto general de los pueblos que han habitado la Tierra, para llegar al conocimiento del espíritu de las principales naciones. Como encontró que el único ejemplo

que había en este aspecto era el libro de Bossuet, Voltaire pensó su ensayo como una continuación del *Discurso* del Abate; más tarde, encontró que éste armonizaba poco con su *Ensayo,* y decidió escribir unas rápidas consideraciones de historia antigua, las que dejó con el nombre de *Filosofía de la historia.*

El siglo de Luis XIV pretende relatar "no la vida del rey, no los anales de su reinado..." "no las acciones de un solo hombre, sino el espíritu de los hombres en la más ilustrada centuria que haya habido jamás".

Asegura Voltaire que sólo existieron cuatro momentos de verdadera grandeza del espíritu humano. El primero cae dentro de la historia griega, el tiempo de Filipo y Alejandro. La segunda edad es la de César y Augusto. La tercera, que sigue a la toma de Constantinopla, es cuando las artes son "nuevamente trasplantadas de Grecia a Italia" y de ahí se expanden por Europa, donde degeneran de prisa. La cuarta es la de Luis XIV, la cual, quizá por ser la cuarta, "está más cerca de la perfección".

Podríamos decir que *El siglo de Luis XIV* es el primer libro verdaderamente moderno, donde se rompe decididamente con la forma analística. La obra está organizada de manera de buscar el encadenamiento interno de los acontecimientos. Notamos constantemente el interés pragmático de Voltaire en la historia. Le preocupa encontrar las raíces profundas de la diferencia política de Francia, más culta y refinada y, sin embargo, menos libre que Inglaterra. Por eso se interesa en penetrar hondamente en una época de grandeza francesa, para mostrar cómo llegó a lograrse. Concibe su obra como una lección para sus compatriotas y, sobre todo, "los reyes, ya que si leen cuidadosamente aprenderán a prevenir cometer errores del pasado, previendo las desgracias". Por eso considera útil la lectura de la historia de otros países, que además de la comparación siempre provechosa, despierta el deseo de emulación.

Voltaire será visto, más tarde, como el más grande y el más irrespetuoso de los sintetizadores de la historia

que, sin muchos conocimientos, la ocupó para satirizar a sus enemigos. En realidad, Voltaire le daba un lugar secundario al dato que sólo servía para indigestar la mente, pero siempre atacó las falsificaciones. Pretendía hacer, y lo logró, un nuevo tipo de historiografía, con menor ardor para las batallas y la política y más por las costumbres, la obra positiva del devenir humano. Tampoco en el relato de las costumbres había que perderse en los detalles, sino basarse en las generalidades útiles de la naturaleza de la sociedad en otras épocas.

Se empeñó por romper el europeocentrismo y hacer verdadera historia universal, por ello hablaba de pueblos exóticos como rusos, chinos e hindúes. Su intento era formidable, no importa que, aferrado a su patrón, al mundo en que vivía, le fuera difícil ser justo al juzgar otras épocas y analizar otras naciones. La peor parte la llevó la Edad Media, de la cual sabía poco, y a la que veía como símbolo de la irracional superstición, contra la cual había decidido entablar la lucha más decidida. No desperdició, en efecto, ni una sola ocasión de ridiculizar el cristianismo; incluso cuando destaca la grandeza romana, existe un intento definido de hacer patente la barbarie del pueblo elegido, símbolo de la moralidad judeo-cristiana.

La impresión que sobre Voltaire ejercieron los descubrimientos científicos, determinó sin duda las bases de su pensamiento. Veía la teoría de la gravitación de Newton como la prueba evidente de que el mundo era una máquina fabricada por el "geómetro eterno", y de que una matemática regía toda la naturaleza y daba lugar a todos sus efectos. Si antes se tenían sospechas de toda la mentira de la interpretación cristiana, ahora era evidente. No podía haber milagros, no había excepciones a las leyes naturales; Dios le resultaba esclavo de sus propias leyes.

Voltaire, venciendo la visión providencialista, la que interpretaba al proceso histórico como lucha entre el cielo y la terrenalidad, convertía la historia en la lucha entre la razón y la irracionalidad. Sentía al hombre como una criatura de infinitas posibilidades de progreso, pero a la

que había que ayudar y dirigir. Por eso veía a la religión como un instrumento interesante para manejar a la masa. Pero había que destruir la superstición y hacer evidente el apoyo de las ciencias, para llegar al progreso.

Como a todos los ilustrados, una vez vencido el cristianismo les quedaba un problema pendiente: la moral.

Mari-Juan Antonio Nicolás Caritat, marqués de Condorcet (1743-1794), matemático y científico destacado, miembro de la Academia de Ciencias y de la Academia Francesa, nos legó uno de los libros de más ardiente fe en la razón y el progreso del hombre, *Esquema de un cuadro histórico del progreso del espíritu humano.* Resultó ser Condorcet uno de los pocos grandes ilustrados franceses que vivieron y actuaron en la Revolución. Desde 1789 actuó como miembro de la Comuna de París, más tarde fue presidente de la Asamblea Legislativa y a la caída de la monarquía actuó en el gobierno de la Convención como miembro de un subcomité del Comité de Salud Pública. Al elaborarse la Constitución de 1793, escribió un documento contra ella, por no haberse consultado la opinión de los ciudadanos, acusándola de imposición. Consciente de que su vida peligraba, se escondió en casa de una amiga. Duró en tal encierro un año, lapso que aprovechó para escribir su *Cuadro histórico*. Después, para no exponer la vida de su protectora, decidió entregarse y, condenado, fue encontrado muerto unos días antes de ejecutarse la sentencia.

No sólo por haber tenido oportunidad de actuar y no quedarse en los límites de la teoría como los otros, Condorcet resulta muy interesante, sino también porque tocándole los excesos de la revolución, con pasiones desencadenadas, pudo superar el horror y, sin renegar de sus ideas, sabiendo que sus días estaban contados nos entregó como una última herencia un panorama del proceso histórico, en el que trató de probar su fe en el progreso. Su teoría demócrata liberal se fundaba en la confianza en el perfeccionamiento de la naturaleza humana, que llevaría al hombre a un momento en que la justicia y la razón

individual totalmente esclarecida, se someterían espontáneamente a las reglas de humanidad y libertad, que serían cualidades universales. De este modo concibe la historia no sólo en términos de progreso intelectual, sino también como un avance hacia fines sociales, como sufragio universal, educación para todos, libertad de expresión y de pensamiento, igualdad y distribución equitativa de la riqueza. Cuando todo esto llegara, habría desaparecido la desigualdad existente, tanto entre hombres como entre naciones.

El pasado le interesa sólo como base para sacar deducciones para trazar el cuadro del progreso futuro del espíritu humano. Lo ve sometido a leyes semejantes a las que se manifiestan en la evolución del individuo y postula diez épocas en la historia humana:

1ª Tribal.
2ª Pastoral.
3ª Agrícola hasta el descubrimiento del alfabeto.
4ª De las repúblicas griegas.
5ª Desde la división de las ciencias hasta su ocaso (es decir, de Platón al Imperio Romano).
6ª Edad Media. Edad de decadencia que se extiende hasta las Cruzadas.
7ª Desde las Cruzadas hasta la invención de la imprenta. Los hombres empiezan a luchar contra la intolerancia.
8ª Época de los Grandes Descubrimientos y de la Reforma. Rebelión del hombre, que culmina con Descartes, Galileo y Bacon.
9ª Época del Esclarecimiento Humano. "La razón ejercita su derecho de someter a su juicio todas sus opiniones." La Revolución es el momento culminante de la lucha de la razón contra los prejuicios.
10ª El futuro progreso, que intuye por conocimiento del pasado que habrá de abolirse la desigualdad de los individuos y de las naciones cuando el hombre logre su perfección.

La historia con Condorcet se hace más mecánica. Las leyes históricas las ve como reflejo de las de la natu-

raleza. La razón humana actúa en el proceso humano como una fuerza natural, se desarrolla lenta y seguramente en busca de la perfección. Condorcet sugiere un sinúmero de ideas que más tarde recogerán y desarrollarán Comte y Marx.

La Ilustración en Inglaterra

La Ilustración había nacido con una evidente inspiración inglesa. Era la división de poderes que existía en Inglaterra, la base que servía a los ilustrados en su crítica del sistema francés. Fue también la filosofía inglesa la que despertó nuevas inquietudes en los ilustrados franceses, aunque con éstos alcanzara un desarrollo original. El hecho de que desde el siglo XVII los ingleses hubieran logrado liquidar el absolutismo, iba a hacer a los ilustrados ingleses menos exaltados.

Tres historiadores iluministas se destacan en la Ilustración inglesa y los tres tienen, más o menos, inspiración volteriana.

El filósofo David Hume (1711-1776) nos dejó, además de su importante obra filosófica *Tratado de la naturaleza humana,* su *Historia de Inglaterra.* Hume no cree en el progreso, piensa que todo llega a un florecimiento y después a una decadencia. No obstante, su tinte ilustrado le hace confiar en que en el renglón político hay la oportunidad de la perfección. Cree que si el historiador quiere saber el pasado debe observar bien el presente, ya que "la humanidad es la misma en todos los tiempos y lugares, y la historia nada nuevo nos informa sobre este particular". Encuentra que el estudio de la historia es provechoso por tres razones: "satisface la fantasía, mejora el entendimiento y fortalece la virtud". Vemos que a Hume le preocupa, como en general a los ilustrados, el problema de la conducta y encuentra que la historia puede, en cierta forma, "servir de ejemplo".

Eduardo Gibbon (1737-1794), autor de un libro que por su calidad literaria y su seria información ha permanecido vigente, *Decadencia y caída del Imperio Romano,* que contribuiría enormemente a la cruzada anti-cristiana. Quería mostrar a la posteridad cómo la Edad Media había sido el triunfo de la barbarie. En él sí hay una concepción progresiva, basada en la idea de que cada edad del mundo ha contribuido al mejoramiento de la raza humana, si exceptuamos el momento en que la superstición cegó a los hombres.

Guillermo Robertson (1721-1793) dejó una extensa obra: *Historia de Escocia, Historia del reinado de Carlos V* e *Historia de América.* Como él mismo lo declara, es discípulo de Voltaire. A pesar de que su ideario político es completamente iluminista, pudo juzgar menos acremente la obra del cristianismo. En su introducción a la *Historia del reinado de Carlos V* revisa los antecedentes y hace una síntesis muy equilibrada de la época medieval.

La *Historia de América* resulta su libro más sugestivo, dado que va a ser el primer esfuerzo de síntesis de la historiografía europea sobre América. Por otra parte, al encarar la historia de América desde el iluminismo, resultará atractiva para las colonias españolas. La misma España reaccionó con el libro y, dándose cuenta de que ella con todos los datos disponibles no había entregado su "verdadera versión", trataría de llenar el vacío. Juan Bautista Muñoz (1745-1799) fue encargado de redactar esa Historia. No llegó a terminar su obra y sólo dejó el primer tomo de una *Historia de América,* pero ordenó y reunió una cantidad considerable de documentos. Del mismo empeño surgiría el Archivo de Indias, instalado en la vieja Casa de Contratación de Sevilla, que había de reunir y clasificar todo el material documental que tenía España sobre la conquista y colonización del Nuevo Mundo.

Como ya dijimos, la influencia decisiva del Iluminismo en Alemania fue el pensamiento de Rousseau, que no había tenido eco alguno en Francia. El ideario de Rousseau, en el cual se pueden advertir tintes románticos, era más afín al temperamento alemán. De ninguna manera quiere decir que no hubiera habido influencia en los alemanes de las ideas de Voltaire y Montesquieu, pero es evidente que nunca alcanzaron a influir en la medida de las de Rousseau.

Es Federico Schiller (1759-1805) el discípulo más cercano y más importante de Rousseau. Como historiador, Schiller dejó una *Historia del levantamiento de los Países Bajos, Historia de la Guerra de los Treinta Años* y algunos pequeños ensayos entre los que destaca *¿A qué se llama y para qué se estudia la historia universal?*

Schiller introduce el género sentimental a la historia. En lugar del sarcasmo volteriano, intenta el sentimiento amable para explicarla. Al leer su historia se experimenta que los personajes laten con nosotros. Sus reflexiones no llevan a teorías políticas, le preocupa la felicidad del pueblo. En él se notan ya los atisbos del romanticismo; faltó muy poco para que pudiera ser el primer romántico.

La historiografía iluminista alemana, quizá con menos ardor que la francesa, es sumamente rica e importante. Ante la imposibilidad de detenernos en todas las variantes de las diferentes escuelas, vale la pena intentar analizar en particular los más característicos teorizadores de la historia, Kant y Herder, con los cuales a la vez, hace crisis la Ilustración.

Emmanuel Kant (1724-1804), sin duda uno de los más grandes filósofos, nació en Königsberg. En la universidad de su ciudad natal estudió teología, filosofía y matemáticas, y después de algún tiempo como preceptor particular, se convirtió en brillante catedrático. Al morir dejó un

gran número de obras que han perpetuado su influencia hasta nuestros días. Su obra principal es sin duda filosófica, pero en 1784 publicó un pequeño ensayo con el sugestivo nombre de *Idea para una historia universal desde un punto de vista cosmopolita.* El ensayito es una interpretación de la historia que ha servido como modelo en muchos de los intentos posteriores de hacer "filosofía de la historia".

Kant nos confiesa que su idea tiene un carácter *a priori* y que de ninguna manera trata de usurpar el puesto de los historiadores, intenta simplemente demostrar lo que una mente filosófica, conociendo además la historia, debe tratar de realizar.

Empieza Kant señalando que los actos humanos pueden ser vistos desde dos puntos de vista: como cosas en sí, determinadas por leyes morales, y como *fenómenos,* desde el punto de vista de un espectador. Pone un ejemplo clarísimo. Dice Kant que los nacimientos, los matrimonios y las muertes parecen difícilmente reducibles a leyes, e incluso parece imposible calcular su número de antemano, debido a que parecen sujetos sólo al libre albedrío de los individuos. No obstante, continúa Kant, las estadísticas anuales prueban que estos eventos tienen lugar con una gran regularidad. En esta forma, la historia trata de los hechos humanos como fenómenos sujetos a leyes, y para poder comprender el todo, tiene que ver el proceso de acuerdo a leyes, exactamente como el estadígrafo toma los nacimientos y los matrimonios y se olvida que son resultado de acciones libres, y los organiza simplemente como fenómenos movidos por leyes. Es indudable que los individuos y aun las naciones, aunque persigan sus contradictorios propósitos propios, avanzan inconscientemente guiados por la naturaleza. Descubrir las leyes de este proceso necesitaría de otro Kepler y otro Newton, pero lo que sí es evidente es que el hombre progresa; y esto no se debe al esfuerzo de los hombres, que parecen más bien empeñados en maldades y locuras, sino a que cumplen inconscientemente un *plan de la naturaleza.*

Toda cosa creada por la naturaleza está destinada a desarrollarse plenamente conforme a un fin. En el hombre, única criatura racional, esa capacidad natural le lleva a la perfección de su razón. Tal perfeccionamiento tiene lugar en la especie, no en el individuo, y para realizarse hace falta el proceso entero de la historia. Esto, dice Kant, parece una injusticia, porque todas las generaciones contribuyen para que sólo las últimas disfruten la perfección, pero la razón de tal hecho es misteriosa.

Interesante resulta ver cuál es el mecanismo que Kant postula como impulso del hombre hacia la perfección. El hombre tiene una tendencia natural de asociarse con otros, pero también, tiene una tendencia hacia el individualismo egoísta; es decir, le define una *sociable insociabilidad*. Su tendencia cordial le haría quizá feliz, pero le dejaría estancado; su tendencia negativa, en búsqueda insaciable de posesión y de poder, le empuja a la lucha, pero es la lucha la que le lleva a su perfección. Al decir de Kant, "el hombre quiere la concordia, pero la naturaleza que sabe mejor lo que es bueno para la especie, desea la discordia".

Así ve Kant, como fin de todo ese recorrido de locura, ambición, perversidades, un reinado de paz vencidas las fuerzas del mal, que habrán cumplido su misión de empujar al hombre hacia su fin. Entonces se alcanzará un sistema político racional y el hombre será, al fin, libre, con una libertad racional.

Juan Godofredo Herder nació en Prusia, en 1744; asistió a la Universidad de Königsberg, donde fue discípulo de Kant. A partir de 1767 entró a servir como ministro luterano hasta su muerte en 1803. Su amistad con Goethe tiene significación en su obra histórica, así como las ideas que escuchó de Kant, a quien en sus últimos ensayos atacó agriamente. Herder escribió dos obras importantes, *Otra filosofía de la historia para la educación de la humanidad* e *Ideas sobre la filosofía de la historia de la humanidad.*

En Herder, quizá por su carácter religioso, encontramos ideas ajenas a la Ilustración, llegando en ocasiones a explicaciones panteístas. Su pensamiento contribuyó hondamente al Romanticismo, sobre todo su señalado empeño en apuntar que para la existencia de una literatura nacional debía haber una íntima relación con la tradición. Esta idea era realmente una herejía para la Ilustración ortodoxa.

La misión de la historia, en el pensamiento de Herder, es una explicación tan total que parte de la relación misma del hombre con la creación toda. Para Herder, el universo es una primera matriz capaz de generar un organismo más perfeccionado, el sistema solar. A su vez, el sistema solar, que también es una matriz, genera la Tierra. La Tierra toma también ese carácter y da lugar a diversos organismos que sucesivamente son más peculiares y perfectos. Así surgen el mundo mineral, el vegetal, el animal y, por fin, el hombre. La perfección y la peculiaridad del hombre se derivan de que con él la creación se detiene. Cada uno de los organismos anteriores se ha creado como preparación para el siguiente, pero el hombre es la culminación, porque es fin en sí mismo. Así la humanidad tiene también una meta: la evolución histórica de sí misma hasta completar la realización de la propia perfección.

La evolución histórica la ve Herder en un sentido ascendente, toda ella es resultado final de la creación, está dividida en razas, como parte de un plan de educación divino, sumamente poderoso. Así, vio el proceso histórico dividido en edades comparables a los periodos de la vida del hombre:

1ª Infancia de la Humanidad (Oriente)
2ª Edad de la Adolescencia (Egipto y Fenicia)
3ª Juventud (Grecia)
4ª Virilidad (Roma)
5ª Senilidad (Desde la invasión de los bárbaros hasta la Ilustración)

Pero la humanidad, aunque es una unidad, porque toda ella es resultado final de la creación, está dividida en razas. La división proviene del medio geográfico en que

actúa cada una. Herder piensa que hay una determinación en la influencia que el medio geográfico ejerce en el hombre. Los medios de Asia, América o África dieron lugar a tipos de cultura estáticos. Sólo el medio europeo, medio privilegiado, produjo un juego entre el hombre dominando a la naturaleza y la naturaleza transformada influyendo en el hombre nuevamente, que dio lugar a un dinamismo y, por lo tanto, al progreso histórico. De tal manera, prácticamente la única raza histórica es la raza blanca. Con esto Herder da al implícito europeocentrismo de la cultura occidental, la primera explicación filosófica.

El pensamiento ilustrado sobre América

Antes de dar fin a la sucinta revisión del pensamiento iluminista, queremos hacer mención de algunas ideas que postuló la Ilustración sobre América. Aunque no proceden exactamente de historiadores, sino más bien de naturalistas, van a producir una reacción historiográfica en América. El caso típico será el del jesuita mexicano Clavijero, cuya *Historia antigua de México* fue concebida como una refutación decidida a tales ideas. Dijimos anteriormente que la Ilustración tuvo un matiz cosmopolita, que aunque no poseía un empeño verdaderamente comprensivo, es evidente que hizo a la historia más universal. Sin embargo, hubo una fuerte tendencia, que quizá llega a su culminación con Herder, que postulaba la superioridad del Viejo Mundo, en particular en la cuenca mediterránea, basándose en el pensamiento naturalista.

José Luis Leclerc, Conde de Buffon (1707-1788), es el que hace por vez primera la afirmación de que la naturaleza americana es inferior a la del Viejo Mundo. En su *Historia natural* y en *Las épocas de la naturaleza,* donde desarrolla el producto de sus observaciones y lecturas, incluye una serie de meditaciones críticas sumamente sugestivas. Para Buffon, América es un continente inmaduro. Tan acusada es tal característica que es imposible que

animales, plantas o sociedades humanas maduren allí como en el Viejo Mundo.

Esta idea fue divulgada y completada por el Abate Cornelio de Paw (1739-1799) y por el jesuita Guillermo Raynal (1713-1799). De Paw, holandés al servicio de Prusia, en sus *Meditaciones filosóficas sobre los americanos,* fundamenta una teoría sobre la superioridad humana de los germanos; afirma que en el continente americano todo degenera. Plantas, animales y hombres son más pequeños y en degeneración continua; la tierra está bañada de aguas muertas y por ello es casi estéril; las plantas, en su mayor parte, son venenosas; el aire es malsano y frío. Los hombres mismos no se pueden diferenciar de las bestias más que en la forma, pues su racionalidad es mínima.

Raynal, que al adoptar las ideas ilustradas no sólo abandona la orden sino que además escribió varios libros contra la Iglesia católica, también adoptó en cierto modo la misma idea. En su libro, *Historia de los establecimientos de los europeos en las dos Indias,* hace extensiva la degeneración a los europeos que habitan América y, por lo tanto, afirma la imposibilidad de que existiera cultura.

Las ideas tan adversas a la naturaleza del Nuevo Mundo tuvieron una gran difusión y a la vez, provocaron una airada reacción de los americanos. Y así como las ideas políticas de los ilustrados abonaron el terreno y dieron en cierta medida la pauta a la independencia política, asimismo, estas ideas difundidas por los naturalistas sugirieron la idea de una independencia cultural.

VIII. *Historiografía romántica*

La Ilustración fue la primera gran fe intelectual de los tiempos modernos. Bajo sus postulados el escéptico hombre occidental que había perdido su fe en el cristianismo, volvía a creer, volvía a tener una finalidad y la historia misma tenía el sentido de alcanzarla. El progreso, la perfección del hombre, eran el futuro por el cual el hombre debía trabajar; tal futuro estaba bastante cercano, lo demostraba el hecho de que el hombre era consciente de la nueva verdad. Esta fe nueva, el fuerte impulso de reforma política que encerraba el iluminismo y, desde luego, las circunstancias históricas favorables de la política francesa, propiciaron el gran experimento: la Revolución Francesa.

Bajo los clichés que nos entrega nuestra educación, la Revolución Francesa es el acontecimiento básico de los tiempos modernos, el término de una época y el comienzo de otra, pero ¿Qué significaba el hecho desde la perspectiva ilustrada? ¿Había alcanzado la meta? Condorcet, perseguido por el terror jacobino, escribe en su escondite su *Esquema,* como un *creo* sorprendente, en medio de la tragedia. Creía y pensaba que todos los excesos eran naturales y que a pesar de ellos la revolución empujaría al hombre a un progreso social y político. Pero hubo otros hombres que alcanzaron a ver más allá de la misma revolución, les tocó vivir el advenimiento de Napoleón, su gran imperio y luego la restauración. Algunos de ellos pensaron que el intento había fracasado, ya que después de una lucha tan cruenta volvía el antiguo régimen, la monarquía. La Revolución Francesa nació del clima de inquietud creado por el iluminismo; al fracasar la revolución —al menos aparentemente— se produjo una reacción intelectual contra los postulados ilustrados: el romanticismo.

El romanticismo veía que la historia se había impuesto contra los esfuerzos de los hombres por cambiar su curso; la monarquía, que parecía aplastada mediante la violencia, volvía a aparecer. De esta interpretación se dedujo que en la historia residía, sin duda, una sabiduría oculta muy superior a toda perspicacia humana. Los esfuerzos racionales del hombre para estimular el progreso estaban condenados al fracaso ante las fuerzas históricas. La irracionalidad, los antiguos poderes, se habían mostrado más fuertes que las corrientes de renovación política construidas por la Ilustración.

Se iniciaba una nueva forma de interpretar la historia, que le negaba al individuo el derecho de poner su atrevida mano sobre el curso de los acontecimientos, como habían intentado los iluministas; había, por el contrario, que atacar las situaciones creadas por la historia, porque indudablemente ésta era más sabia que el hombre. La historia dejó su finalidad pragmática, dejó de ser lección para la acción, para convertirse en contemplación sentimental, que si acaso nos daba una enseñanza práctica era la de señalarnos los límites hasta dónde podía el hombre actuar sin contravenir el orden de cosas dispuesto por Dios.

Como ya no se creía en las construcciones de una razón abstracta, aquellas relaciones generales de la historia universal que acostumbraban los filósofos iluministas fueron desechadas; el romanticismo trataría en su lugar de revivir el pasado. A la crudeza realista de la Ilustración, el romanticismo reaccionó mediante un retorno sentimental y nostálgico del pasado. En el pasado estaba la explicación de la forma peculiar de actuar y de ser; esa era la causa por la que, contrariamente al cosmopolitismo ilustrado, el romanticismo aconsejaba la *historia nacional,* única digna de estudio, única que podía conducirnos a la comprensión del *espíritu del pueblo,* verdadero autor de los acontecimientos históricos. Había necesidad también de variar la técnica de escribir. Para hacer comprensible un hecho, para revivirlo, había que hacer algo más que el mero

recuento de los hechos, había que señalar con la mayor precisión posible el ambiente histórico que le había rodeado y aun, si era posible, destacar la diferencia de ese ambiente con el de las otras nacionalidades en la misma época. Esto no era totalmente novedoso, los historiadores de la Edad Media no habían titubeado en representar los hechos del pasado dentro de los escenarios medievales, en las deliciosas pinturas de los primitivos flamencos, donde como fondo a un nacimiento o una crucifixión de Cristo aparecen castillos feudales. El humanismo intentó corregir este error, pero lo sustituyó por algo también ajeno a la realidad histórica, por suntuosas vestiduras de retórica romana. La historia pasada ya no tenía el escenario del presente (como en la Edad Media), ahora todo el pasado tenía el escenario del teatro grecolatino. La Ilustración, con su fuerza innovadora, terminó también con la retórica humanista, pero no puso nada en cambio; a los ilustrados no les preocupaba el color de la época o del lugar, anhelaban un cosmopolitismo que viera en el hombre una unidad.

Tratando de localizar en la historia ese valor íntegramente ignorado y de darles la vida de que carecían aquellos resúmenes irrespetuosos de los iluministas, el romanticismo decidió que era imposible hacer el análisis frío de la historia. La historia era vida, tenía sentimientos, por tanto tenía que comunicarlos, emocionar; para lograrlo hacían falta largas descripciones que pudieran contagiar al lector de la recreación. La narración que pintaba minuciosamente el paisaje histórico y acercaba al lector al suceso narrado, tenía también como personajes principales, no a los personajes humanos, los tradicionales héroes, sino a *fuerzas espirituales* que inexplicable y misteriosamente determinaban los acontecimientos. Era el genio del pueblo que se expresaba en los conceptos personificados de la nacionalidad, la fe religiosa, el arte nacional, las leyes, etc. Esto hizo a los románticos gustar de una época que venía siendo despreciada: la *Edad Media*. Los románticos, apasionados por perseguir las características nacionales se lanzaron al estudio minucioso de aquella edad en donde

se habían constituido las diferentes nacionalidades. Positivamente, veían el presente como conclusión de un pasado dinámico, redimían las etapas olvidadas considerándolas necesarias, aunque es evidente que no las entendían y tenían también hondos prejuicios ante los siglos racionales.

Inglaterra vino a ser el campo predilecto de la elucubración romántica. Igual que los ilustrados y sin alcanzar tampoco las causas, los historiadores se maravillaban del resultado magnífico del Estado inglés, que contrastaba tan vivamente con sus otros contemporáneos. Y en lugar de analizar los antecedentes, el romanticismo se dio a soñar en la existencia de un espíritu popular anglosajón, autor de dicho estado de cosas. Así como los iluministas relacionaron la historia política con la historia del comercio y de la economía, los románticos prefirieron fundar los sucesos históricos en una fuerza mística denominada *genio del pueblo*. Sólo esta fuerza mística tenía fuerzas vitales, sólo ella podía crear, dar origen al arte, la literatura, el derecho, las leyes y las constituciones. El sueño vano de los ilustrados de reformar y oponerse al orden de cosas creado por la historia, era un sueño condenado al fracaso, a la esterilidad, como ya lo había demostrado la Revolución Francesa. Este dogma inexacto obligaba al historiador a intentar un estudio integral de la cultura, tratando de dar por vez primera una pintura armónica de todos los estilos culturales que procedían de una misma raíz.

Con todas estas características y sobre todo su empeño de revivir sentimentalmente el pasado, nos permite comprender por qué era una corriente más adecuada para la literatura que para la historia. Se trataba de narrar minuciosa y vivamente el suceso, para acercar al lector a un hecho lejano; se le proporcionaba el mayor número de consideraciones sobre el paisaje histórico que permitiera contagiarle entusiasmo y, tal vez de esta manera, llevarle al descubrimiento de los encadenamientos profundos de la historia. Es evidente que la labor la iban a llevar a cabo con mayor éxito los literatos que los historiadores. Y efectivamente, fueron los novelistas los que primero se

lanzaron a la resurrección de la historia bajo los nuevos postulados. La novela histórica lograba dar el requerido *color local.*

Los novelistas-historiadores y los historiadores-novelistas se convirtieron en los más acusados exponentes del romanticismo y convirtieron, de paso, a la historia en un tipo de lectura para todos.

El romanticismo hizo desaparecer el concepto pragmático de la historia; el valor de la historia ya no era didáctico, no pretendía enseñar virtudes, ni debía hacerse de acuerdo a una facción política para demostrar sus razones. La historia tenía un valor y un significado en sí misma. A pesar de sus limitaciones y sus grandes defectos, el romanticismo permitió que de su seno se desprendieran estudios serios que, combinando esta anhelada comprensión con métodos de crítica histórica, introdujeran a la historia por nuevos cauces. Contó además la época romántica con un hecho afortunado derivado de la Revolución Francesa: la apertura de muchos archivos antes inaccesibles, debido a los cambios políticos que originó en Europa el imperio napoleónico.

El primer popularizador de la novela histórica fue Walter Scott (1771-1832), con sus novelas *Ivanhoe, Weverly, Quentin Durward,* etc., en donde tejía relatos ficticios a base de acontecimientos y héroes medievales, antes desdeñados. El francés Chateaubriand (1768-1848) va a hacer una aportación más decisiva con *El genio del cristianismo,* en donde llega a revalorar las formas culturales generales por la religión que, desde el Renacimiento, se venía juzgando sólo como fuerza estéril o funesta.

Agustín Thierry (1795-1856), secretario, durante corto tiempo, de Saint-Simon y después periodista, escritor y bibliotecario, sintió la inspiración de la historia con la lectura de *Los mártires,* de Chateaubriand. Más tarde, se impresionó grandemente con Walter Scott: "mi admiración por este gran escritor", dice, "era profunda; creció a medida que comparé su maravillosa comprensión del

pasado con la mezquina erudición de los más célebres historiadores modernos".

La huella de sus dos maestros está presente a lo largo de su obra en su estilo narrativo. A pesar de haber quedado ciego y más tarde paralítico, su obra es considerable: *Historia de la conquista de Inglaterra por los normandos, Recuerdos de los tiempos Merovingios, Veinticinco cartas sobre la historia de Francia* y una serie de ensayos, reunidos bajo el título de *Diez años de estudios históricos.*

Thierry soñaba con hacer una nueva clase de historia y se inició en el estudio de las fuentes históricas con el objeto de producir algo que no fuera páginas muertas. "El vivo placer producido por las descripciones contemporáneas de hombres y de cosas, se mezclaba con una rabia sorda contra nuestros escritores modernos, que han disfrazado los hechos falseando los caracteres... A medida que leí, creí haber encontrado mi verdadera vocación: no sólo arrojar luz sobre algunos rincones de la Edad Media, sino plantear en Francia la bandera de la reforma histórica". Estaba seguro que había habido eruditos, como los benedictinos, pero creía que hacía falta algo más para escribir la historia: hacía falta imaginación y hondo conocimiento de la vida. Creía haber aprendido de Scott cómo la imaginación puede dar vida al pasado. La Edad Media había resultado siempre tediosa, sólo porque nadie había sabido narrarla.

En la *Conquista de Inglaterra* vibraba indudablemente un nuevo arte. No era sólo el narrador, porque Thierry era un estudioso de las fuentes, pero era la historia medieval vista como un relato de hechos de hombres y mujeres iguales a los que vivían en su momento, luchando con pasiones, sentimientos y ambiciones semejantes sólo que en un momento diferente. Latía en el libro una simpatía ardiente por el pueblo, lo cual ayudó a asegurar el triunfo.

A su otro libro, *Recuerdos de los tiempos Merovingios,* le agregó consideraciones sobre la historia de Francia. En ellas afirma que "la masa nacional, por su sangre y sus leyes, por su lenguaje e ideas, es galo-romana". Latiendo

en sus venas sangre burguesa, quizá buscaba la venganza definitiva contra la nobleza, demostrando cómo la aristocracia bárbara se había apoderado del poder por una violencia ilegítima. De todas maneras, la gran aportación de Thierry era haber introducido al pueblo como figura principal en la narración de la historia.

Julio Michelet (1798-1874), hijo de un modesto impresor que gracias a un esfuerzo muy grande le hizo estudiar, llegó a desempeñar el papel de catedrático en la Normal y en la Sorbona. Desde 1838 hasta 1850 fue profesor de moral e historia en el Colegio de Francia, de donde fue destituido por problemas políticos. No obstante que sus ideas políticas lo sumieron en una situación sumamente precaria, no claudicó. Desgraciadamente, cuando el régimen se hizo más flexible, Michelet había ya entrado en la decadencia intelectual.

Su obra más importante es la *Historia de Francia,* cuyo plan inicial era llevarla de la Edad Media a su propia época, pero alcanzó a llegar sólo hasta la revolución. Además, publicó un *Breviario de historia moderna,* que ofrecía sin áridos resúmenes cronológicos, una perspectiva del desarrollo histórico del siglo XV a la revolución. Por último, publicó su *Historia romana, La república.*

Él mismo nos dice que de las impresiones recibidas de niño en el Museo Lenoir ante las estatuas medievales, se le despertó un deseo de escribir historia. Esta primera tentación se vio acrecentada ante el encuentro con la *Ciencia Nueva* de Vico, la que tradujo y dio prácticamente a conocer en Europa. Vico fue la base filosófica de su trabajo histórico, aunque después recibiera influencias de Kant y de Herder.

Después de su intento, más bien de carácter pedagógico, del *Breviario,* concibió un estudio de la historia de Roma que en muchos aspectos, a pesar de estudios tan exhaustivos posteriores, representó el primer intento original de comprender integralmente el desarrollo del pueblo romano sin hacer la pintura unilateral de la historia política. Pero

es en su *Historia de Francia* donde alcanza su verdadera madurez. Su objeto es "la resurrección de la vida del pasado como un todo" de la Tierra y el pueblo, los hechos, las instituciones y las creencias.

Michelet estudia más concienzuda y seriamente las fuentes que Thierry y usa las contemporáneas. Su superioridad está en su intuición, que le permitió captar los más diversos elementos y darles unidad. Su historia ya no era, en manera alguna, dinástica, era nacional. Unidad nacional que él expresaba en sus ardientes exclamaciones: "¡Un pueblo! ¡Una nación! ¡Una Francia!... ¡Franceses de todas las condiciones, de todas las clases, de todos los partidos, recuerden bien una cosa, no tienen en esta tierra más que un amigo seguro, Francia!"

La *Historia de Francia* logra sus mejores páginas en la descripción de la revolución. No obstante, es vívido su relato de la Edad Media; como católico, siente respeto por la Edad Media en su etapa auténtica, no en su desintegración posterior. Michelet se siente hombre del pueblo, por eso, aunque romántico en su concepción general histórica, no pudo serlo en las implicaciones políticas. De tal forma, la *Historia de Francia* era para él la lucha hacia el logro de la libertad y por tanto su página más brillante fue la Revolución Francesa. La gran simpatía que siempre emana de sus escritos se siente latir con más fuerza cuando narra los acontecimientos revolucionarios. De ninguna manera podía ser imparcial, ni fue su intento; quería escribir la epopeya nacional y lo logró. Tal vez ningún escritor se ha acercado con un amor más apasionado a la historia francesa. Y él lo afirmaba: "si soy superior a otros historiadores, es porque he amado más que ellos".

Tomás Carlyle (1795-1881), habiendo hecho estudios eclesiásticos, se convirtió primero en profesor y más tarde en escritor. Sus obras, *Historia de la Revolución Francesa, Cartas y discursos de Oliverio Cromwell, con aclaraciones, Historia de Federico II de Prusia* y *Los héroes,* pueden ser consideradas dentro del romanticismo en lo que tienen de deseo de revivir lo emotivo del pasado. Carlyle no está

adscrito a un ideario político y, por su temperamento personal, más que un impulso nacional le importa plasmar sus impresiones personales. Hondamente escéptico, admiraba a aquellos hombres que habían tenido ideales y se interesó siempre en grandes figuras, retratándolas como sostenedoras del conjunto del pueblo.

Su *Historia de la Revolución Francesa* es, en realidad, un conjunto de cuadros vivos que retratan el terrible concepto que Carlyle tenía de la revolución, a la que considera exclusivamente como acontecimiento destructivo. El libro, dice el autor, ha salido "caliente de mi propia alma, engendrado en la obscuridad, la tristeza y el huracán. . ."; el drama está pintado en tan negros colores que indudablemente deja una honda huella. No le importan las conexiones históricas, ni le preocupan las causas o las consecuencias, su concepto pesimista le hace descubrir todo lo negativo en el acontecimiento narrado y decide revivirlo. Su expresiva pluma llegó a popularizar un sinúmero de escenas sangrientas de la revolución. Las fuentes que Carlyle había usado no eran las que podían haberle dado una visión equilibrada, ni en manera alguna pretendieron ser exhaustivas; pero como su intento era dar vida a sus impresiones personales sobre el drama revolucionario, la bibliografía desempeñaba un papel muy secundario.

En *Los héroes* nos presenta un conjunto de semblanzas: Mahoma, Dante, Shakespeare, Lutero, Cromwell y Knox. Provocó en su tiempo entusiasmo y aún ocupa un lugar entre las lecturas favoritas. En sus semblanzas destacan hombres de gran energía e ideales, capaces de destruir un orden decadente para arrastrar al pueblo hacia un orden nuevo. Su semblanza de Cromwell le incitó a estudios más minuciosos posteriormente; pretendía reivindicar la tan mal política interpretada del Protector, con el cual, quizá por su enorme soledad, encontraba afinidad. La obra *Cartas y discursos de Oliverio Cromwell,* a pesar de haber sido concebida como obra de documentación simplemente, con aclaraciones aquí y allá, podemos decir que es la más importante desde el punto de vista histórico, porque fue

la más seriamente trabajada. En realidad, encontramos que Carlyle quiso hacer con sus héroes lo que otros románticos pretendieron con el pueblo. Al escribir mantenía frente a sí un retrato de su héroe, para animarlo con su narración y lograr que el lector lo sintiera también, igualmente cerca.

IX. *El idealismo filosófico y su visión de la historia*

AUNQUE resulta siempre sumamente arbitrario clasificar no sólo las ideas, sino aun los hechos humanos, haciendo proceder una idea o un hecho de otros, como no contamos con ninguna manera mejor para tratar de comprender y explicar el proceso que venimos siguiendo, nos vemos obligados a simplificar acontecimientos que indudablemente son mucho más complejos.

El idealismo está directamente relacionado a la Ilustración alemana —Herder, Schiller, Kant— y, aunque a menudo está incluido en el movimiento romántico, preferimos separarlo, tanto por las diferencias que encontramos como por ser una corriente fundamentalmente filosófica que ocupa un lugar especial en este estudio sobre la historiografía. De ninguna manera podemos dejarlo fuera, porque es obvia la influencia que tiene en todas las esferas del pensamiento posterior y además porque la interpretación de la historia que hace Hegel es una de las más sobresalientes en el pensamiento moderno. Tanto es así, que habiendo influido en muchas formas el pensamiento histórico, los historiadores reaccionaron violentamente contra el idealismo porque consideraban que rebajaba el valor de su labor empírica.

La Ilustración alemana había mantenido, sobre todo con Herder, relaciones estrechas con la interpretación cristiana de la historia, como proceso que lleva a cabo un plan divino de salvación. Pero mientras Herder y en cierta medida Kant deducían su interpretación de los hechos o daban una larga explicación de su atrevimiento (Kant nos explica que el postular la intención de la naturaleza es una forma de hacer comprensibles los hechos humanos como fenómenos), Fichte y Hegel, van a postular inter-

pretaciones *a priori*, donde *a posteriori* hay que colocar los hechos. Parten de la idea fundamental de que la historia es un *proceso racional*, por lo cual puede y debe ser explicado *lógicamente*. En lugar de mantener el mecanismo de causa y efecto, encuentran que la historia es el resultado del proceso generado por esa lógica, en la cual un concepto dado genera por sí mismo su contrario y éste a su vez lógicamente conduce a un nuevo concepto, síntesis de los dos anteriores. Esta nueva idea, síntesis del movimiento lógico anterior, vuelve a actuar como *tesis*, genera lógicamente su *antítesis* y llega a su vez a una nueva *síntesis*.

Por otra parte, si la Ilustración había conseguido elevar la libertad individual racional al rango de finalidad suprema del proceso de la historia, el idealismo va a retroceder a una interpretación semejante al libre albedrío cristiano, postulando una voluntad trascendental que incluye la voluntad individual. Así, cuando parecía que el pensamiento post-kantiano estaba dotando a los seres humanos de un tipo de finalidades más románticas y menos restringidas, el idealismo introdujo nuevamente al hombre en un determinismo riguroso. Los seres humanos existían para que el *absoluto* llegara a la conciencia de su propia libertad.

El idealismo se elevó tanto, que no es de extrañar que produjera reacciones tan decisivas como el positivismo y el materialismo dialéctico, en la esfera del pensamiento filosófico; en el campo histórico, no encontraron una respuesta a la altura de la magnitud hegeliana, sólo pequeñas respuestas y el empeño acusado por construir la *ciencia* histórica.

Juan Teófilo Fichte (1762-1814), profesor de filosofía en las Universidades de Jena y Berlín, se hizo ampliamente conocido por sus famosos *Discursos a la nación alemana*, lanzados desde Berlín en 1807 y 1808, durante la ocupación napoleónica de Prusia. El efecto de estos *Discursos* en el pensamiento político alemán ha sido duradero, tanto que se les considera como la base de la concepción alemana

del Estado. En 1793, cuando Fichte leía a Kant, escribió algunos ensayos políticos, uno de ellos sobre el tema del momento, la Revolución Francesa. Defendía el énfasis de la revolución sobre la libertad, sosteniendo que esa libertad era parte de la naturaleza humana, como agente moral e inteligente. Esa libertad, esencia del hombre, conduciría a éste a un inevitable cambio en la organización política.

Su inquietud política le llevó a la publicación de un periódico filosófico, cuyos artículos fueron considerados ateístas; fue expulsado de la Universidad de Jena al no admitir ninguna interferencia en su libertad de pensamiento y enseñanza.

Además de una *Teoría del Estado,* Fichte dejó un libro muy importante para historiografía, en donde encierra su visión de la historia: *Los caracteres de la edad contemporánea.* En este libro emprende la tarea, que para él es la del verdadero historiador, de comprender el periodo de la historia en que vive.

La historia para Fichte, como para Kant, es un todo y el desarrollo de un plan. Para él, ese todo es un concepto resultante de una secuencia lógica de conceptos fundamentales de varias edades sucesivas, generadas por las necesidades lógicas; la estructura lógica es la que ya anotamos, tesis, antítesis, síntesis.

El concepto esencial del proceso histórico es el concepto de *libertad racional,* el cual, como cualquier concepto lógico, es producto de determinadas etapas necesarias. Deduce Fichte que el inicio histórico tiene que haber sido la forma más simple de libertad: la libertad como instinto, sin conciencia, aquella que permite el estado de naturaleza, etapa del dominio de la razón como instinto, o de la *Inocencia.* Este concepto primario, por su naturaleza lógica misma generó su contrario: la etapa en que se obliga al hombre a obedecer una autoridad por la fuerza, etapa del dominio de la razón como autoridad, *comienzo del pecado.* Este concepto no puede mantenerse en ese estado y da lugar a un tercer momento, síntesis de los dos anteriores, que es la revolución que termina con la autoridad

tiránica, edad de la emancipación de la razón como autoridad, *consumación del pecado.* No quiere decir que el hombre entre en la anarquía, quiere decir que el súbdito se apodera del poder. Este concepto revolucionario, como no es aún perfecto, prosigue su proceso lógico, es decir, se convierte en tesis y genera el concepto contrario. Da lugar a una idea de la realidad objetiva, etapa de la razón como ciencia, *principio de la justificación.* La ciencia es antirrevolucionaria, el hombre empieza por ello a limitar sus acciones a su conocimiento científico. Pero como es un concepto antítesis, tiene que llevar lógicamente a una síntesis; este es el momento en que el hombre empieza a vivir prácticamente conforme a la verdad, es la etapa de la razón como arte, *la acabada justificación.* Esta edad es una especie de nueva inocencia, pero ya no es como en la primera etapa una inocencia recibida, sino una inocencia conquistada.

Fichte piensa que la humanidad de su tiempo, vivía en la tercera edad y, por tanto, es la que caracteriza su libro. Quedaban aún, según Fichte, dos largas etapas para que la humanidad llegara a su meta.

Jorge Guillermo Federico Hegel (1770-1831), nació en Stuttgart y estudió teología en Tubinga. Durante algunos años fue preceptor particular en Berna y Francfort, hasta que en 1801 pasó a la Universidad de Jena como profesor. Con la victoria napoleónica y la momentánea dispersión de la Universidad, durante 1807-1808, Hegel se dedicó a publicar un periódico. Fue nombrado entonces rector del Gimnasio de Nuremberg y en 1816 pasó a dictar cátedra a la Universidad de Berlín, muriendo en una epidemia de cólera en 1831. Hegel leyó a Kant y a Fichte y le dejaron una impresión perdurable.

Hegel construyó un elaborado sistema metafísico sin tomar en cuenta las poderosas razones objetadas por Kant a esta clase de proyectos. Las nociones básicas del sistema eran que la realidad es inteligible y que se trata de un proceso dinámico. Hegel se propone una tarea original, hacer filosofía de la historia, pero no en el sentido de

Voltaire, sino la historia comprendida, es decir, aquella que explique por qué han sucedido los acontecimientos como sucedieron. La filosofía de la historia con Hegel va a ser, pues, el intento de explicar la historia entera como un saber abstracto, que no deja nada fuera, que pretende incluir todo, hasta el mismo error como error.

El tema de la historia es como con Kant y Fichte, el desarrollo de la libertad. La libertad del hombre es lo mismo que su concepto de esa libertad, por lo tanto, el desarrollo de la libertad es el desarrollo de ese concepto, es decir, un proceso lógico. Este proceso lógico se alcanza en diversas etapas necesarias de desarrollo. Esa *dialéctica,* tesis, antítesis y síntesis, no es un simple método de pensar, es la forma en que se manifiesta la realidad misma. La forma concreta de esa libertad es el *Estado,* por eso la historia universal es el despliegue de la dialéctica interna de la idea de *Estado.* El Estado es una creación de la razón y es la forma suprema en que se desarrolla la idea de la moralidad.

> El Estado es, por tanto, el objeto inmediato de la historia universal. En el Estado alcanza la libertad su objetividad y vive en el goce de esa objetividad. Pues la ley es la objetividad del espíritu y la voluntad en su verdad; y sólo la voluntad que obedece a la ley es libre.

La fuerza principal que determina el proceso histórico es la razón. Para Hegel no existe la irracionalidad, los hombres en la realidad están siempre constituidos de razón y pasión; estas pasiones, dice Hegel, son una forma de pensar y actuar, nunca una irracionalidad. De esta forma, la fuerza que representan las pasiones en la historia es denominada "astucias de la razón", es decir, la forma en que la razón utiliza a las pasiones como sus agentes, para cumplir el plan preconcebido por la divinidad.

La historia es la realización de un plan divino, es una forma de revelación de Dios:

> es la exposición del proceso divino y absoluto del espíritu, sus formas supremas; la exposición de la serie de fases, a través de las cuales el espíritu alcanza su verdad, la conciencia de sí mismo. Las formas de estas fases son los espíritus de los pueblos históricos, las determinaciones de su vida moral, de su constitución, de su arte, de su religión y de su ciencia. Realizar estas fases es la infinita aspiración del espíritu universal, su irresistible impulso, pues esta articulación, así como su realización, es su concepto. La historia universal muestra tan sólo cómo el espíritu llega paulatinamente a la conciencia y a la voluntad de la verdad. El espíritu alborea, encuentra luego puntos capitales y llega por último a la plena conciencia... Los principios de los espíritus de los pueblos, en una serie necesaria de fases, son los momentos del espíritu universal único que, mediante ellos, se eleva en la historia y así se integra a una totalidad que se comprende a sí misma.

Hegel distingue cuatro momentos en la evolución histórica de los pueblos, expresados según las etapas de la vida humana. La primera es la "niñez" de la humanidad, la historia del *Oriente,* con sus relaciones patriarcales. La segunda es *Grecia,* "la mocedad", edad de la hermosa libertad. La tercera es *Roma,* representante de la "edad viril", edad del imperio profano. La cuarta la representan los *pueblos germano-cristianos,* "la ancianidad" de la humanidad, expresión del imperio espiritual.

La historia representa, como ya dijimos, el progreso de la libertad, el proceso en el que el espíritu llega a la comprensión de sí mismo. En tal progreso de la libertad, Hegel caracteriza también las diferentes fases de la historia por el grado de libertad que representan. En el Oriente hay un solo hombre libre, el *déspota.* En Grecia y Roma hay un grupo de hombres libres, los *ciudadanos.* Sólo en el mundo germano-cristiano, *todos los hombres son libres.*

La historia no tiene para Hegel ninguna enseñanza pragmática:

> Suele aconsejarse a los gobernantes, a los políticos, a los pueblos, que vayan a la escuela de la experiencia en la historia. Pero lo que la experiencia y la historia enseñan es que jamás pueblo ni gobierno alguno han aprendido de la historia ni han actuado según doctrinas sacadas de ésta.

Aconseja por tanto al historiador no perder el tiempo con abstracciones moralizantes y tener presente dos premisas obligadas para la observación de la historia: "primero, que una providencia rige al mundo y segundo, que es posible conocer el plan de ésta".

Él, Hegel, ha podido descubrir el plan de la Providencia y nos explica en sus *Lecciones* la forma en que este plan se ha ido desenvolviendo, y aún más, señala también qué es lo que falta para llegar a la meta de la historia:

> Tal es el fin de la historia universal: que el espíritu dé de sí una naturaleza, un mundo que le sea adecuado, de suerte que el sujeto encuentre su concepto del espíritu y tenga en esa objetividad la conciencia de su libertad y de su racionalidad subjetiva. Este es el progreso de la idea en general; y este punto de vista ha de ser para nosotros lo último en la historia. El detalle, el hecho mismo de haber sido realizado, esto es la historia. El trabajo que aún queda por hacer es la parte empírica. Al considerar la historia universal, hemos de recorrer el largo camino, que resulta ahora visible en conjunto. Por ese camino realiza la historia su fin. Pero la longitud del tiempo es algo completamente relativo, y el espíritu pertenece a la eternidad, sin que para él exista longitud propiamente. La labor que queda por hacer es precisamente esa: que el principio se desenvuelva, se elabore, que el *espíritu llegue a la conciencia de sí mismo en la realidad.*

X. *Historiografía del liberalismo*

EL ROMANTICISMO se había desprendido de la Ilustración, aunque reaccionando contra ella, negando sus postulados y sus valores. No creía en las posibilidades que el iluminismo había atribuido a la razón y pensaba que su experimento político había fracasado. Como consecuencia de ello postulaba nuevos valores, los sentimientos, el carácter mismo del pueblo, su genio creador. Pero con toda su importancia renovadora, el romanticismo quedó reducido a un gran número de escritores. El público leyó ávidamente a Scott, Chateaubriand y aun a Thierry, pero sin atender, cuando lo había, el posible mensaje político; el gran público estaba preocupado con otras ideas políticas, las ideas liberales. Y no es sorprendente. Si en lugar de la visión romántica nos volvemos y tratamos de ver cómo la burguesía, que dominaba los medios intelectuales, económicos y en cierta medida políticos, veía la Revolución Francesa, nos encontraremos con una opinión totalmente diferente. ¿Era igual la situación de la burguesía antes de la revolución? Aun considerando la restauración, la burguesía había alcanzado muchos de sus ideales. Consideraba entonces que la revolución no había fracasado y aunque había metas por alcanzar todavía, el problema era mantenerse en el puesto, perseverar, continuar la lucha con las mismas armas. Otros, los liberales moderados, los que ya se sentían satisfechos, aconsejaban simplemente mantener lo alcanzado por la revolución.

En este sentido, en el político, el liberalismo procede en línea directa de la Ilustración. Los cambios eran producto de la experiencia de la misma revolución, del imperio, de la restauración. La Ilustración había sido más teórica y, sobre todo, más polémica. Los iluministas no habían sido, ni habían podido ser, hombres de acción, no habían puesto

a prueba sus ideas. Habían tenido como meta derrumbar por medio de la razón los viejos prejuicios, las viejas supersticiones, los injustos privilegios, el poder de la Iglesia, el despotismo monárquico. Cuando ellos escribían, los viejos poderes estaban vivos, había que derrumbarlos. Los liberales tenían delante de sí algunos obstáculos, pero las viejas fuerzas estaban caducas, debilitadas. Ya no había que señalar satíricamente los males del despotismo o los absurdos de las supersticiones religiosas. La revolución las había vencido. Mientras los iluministas habían tenido que ganarse un puesto luchando, los liberales lo encontraban ganado. Esto permitía que el tono fuera más mesurado, perdiera la mordacidad volteriana. Los liberales podían permitirse el gran lujo de ser tolerantes. No por ser más comprensivos, sino porque creían que la suya era la única opinión sensata.

Ahora bien, el liberalismo ya no tenía que derribar como la Ilustración ningún sistema político, pero tenía un problema muy importante, tenía que construir. Poseía, claro está, los postulados básicos generales. Pero había que llevarlos a la práctica, había que fundamentar las reformas o cuidar de la salud política ciudadana, poner ejemplos contrastantes de tiranías y de intolerancia.

De tal forma las inquietudes eran políticas y más que el individuo les preocupaba el Estado. Analizaban el parlamentarismo, la gestación de las instituciones liberales, el funcionamiento de la constitución, la estructura de la sociedad y la evolución de las formas de gobierno. El ejemplo clásico y casi único de gobierno liberal en funcionamiento, era Inglaterra. Con un interés diferente, los liberales estudiaron también la historia inglesa. Buscaban directamente la enseñanza práctica y la prueba a sus afirmaciones. La historia era, a la vez, una forma de hacer prosélitos y de aprender política.

Casi todos los historiadores liberales fueron hombres de acción, casi todos actuaron como políticos. Ello convirtió a sus obras, a menudo, en obras de partido, sobre todo en Inglaterra.

En la forma es quizá en lo que encontramos mayores diferencias con la Ilustración. Muy pocos historiadores conservaron la forma histórica ilustrada. En primer lugar, el tono satírico estaba fuera de uso. En segundo lugar, ¿Cómo escribir a la vieja manera fría y racional después de haber leído a Chateaubriand y a Scott? ¿No era posible inyectar las ideas políticas a la forma romántica? Efectivamente, sin poner en primer plano la narración y sin un intento de resurrección del pasado, es indudable la tendencia de muchos de los historiadores a dar color local.

Francisco Pedro Guillermo Guizot (1787-1874) nació en Nimes, de padres protestantes, y por tal razón fue educado en Ginebra. Su padre había perecido en el momento en que sucumbían los moderados en los excesos de la Revolución Francesa, lo cual determinó, quizá, su posición siempre moderada. En 1812 ya era conocido en la Sorbona. Con la restauración, entró en la vida política como consejero de Estado. En 1820 volvió a su cátedra de la Sorbona, utilizándola como instrumento político; llegó a ser tan palpable su actividad extra-académica, que en 1822 fue retirado de ella. No volvió hasta 1828, y sólo por poco tiempo, porque en 1830 interrumpió nuevamente sus actividades académicas para participar en la revolución de julio. Ocupó entonces el puesto de ministro del interior y más tarde, en diversos periodos, el de instrucción pública; fue también embajador en Inglaterra. Perdió su posición política con la caída de Luis Felipe en 1848, y al triunfo de la república, se refugió en Inglaterra, a cuya historia dedicó sus desvelos. Volvió cuando las circunstancias fueron más favorables, pero sólo para morir poco después, en sus tierras de la Normandía.

Las actividades políticas de Guizot favorecieron en algunos sentidos los intereses de la historia. A sus esfuerzos se debe la formación de la Sociedad de la Historia Fracesa. Siendo ministro, también logró la ayuda real para el financiamiento de la publicación de fuentes de la historia francesa, que aparecieron en una colección denominada

Documentos Inéditos. Además, se empeñó también en el resurgimiento de la Academia de Ciencias Morales y Políticas. Sin embargo, en un sentido más concreto, sus puestos políticos y su participación activa entorpecieron su obra como historiador. Casi todas sus obras se encuentran incompletas. Entre ellas destacan: *Historia de la Revolución Inglesa* (hasta la muerte de Carlos I), *Historia de la república Inglesa y de Oliverio Cromwell, Historia del Protectorado de Ricardo Cromwell y del restablecimiento de los Estuardo, Curso de historia moderna, Historia de la civilización en Francia, Historia de los orígenes del gobierno representativo* y *Washington, la fundación de la república de los Estados Unidos.*

La sola lectura de los títulos de las obras de Guizot nos revela su claro interés político y su tendencia totalmente liberal. Exceptuando las obras que resultaron un producto de sus cursos en la Sorbona, estupendos esquemas de historia cultural, los otros fueron dictados por su inclinación política: historia inglesa, orígenes del gobierno representativo y, lo que para él era una nueva muestra de la capacidad política anglosajona, la fundación de la república de los Estados Unidos. En todas ellas su búsqueda de un ejemplo práctico para el presente, es evidente. Políticamente Guizot apoya la monarquía constitucional y se empeña en buscar la comprobación histórica de sus virtudes.

Guizot mantuvo cierta fidelidad a los maestros iluministas, sobre todo a Voltaire, en sus ensayos culturales, y a Robertson, en sus intentos de historia política. Pero, a diferencia de ellos, utilizó ampliamente los tesoros de los archivos franceses. Su juicio crítico era suficientemente agudo para aprovechar las diferentes fuentes y aunque se le ha acusado de haber sido demasiado atrevido en sus generalizaciones, éstas estaban dictadas o por sus ideas políticas de las cuales era difícil que se desprendiera o por su empeño un poco ilustrado de dar una muestra rápida de los grandes cambios de la sociedad y el Estado.

Vio en la historia la lucha irreconciliable entre principios opuestos. Su fe en la Providencia le hacía esperar sin

duda el triunfo del principio justo. Como creía en un progreso político, consideraba que el mundo moderno superaba al antiguo.

Guizot concibió que el historiador tenía ante sí una triple tarea: reunir los hechos y conocer sus relaciones; descubrir las leyes que presiden el curso de los acontecimientos; y, por último, darles vida. "Los hechos ahora inanimados estuvieron un tiempo llenos de vida; si no han vivido para vosotros, no podréis comprenderlos".

Adolfo Thiers (1797-1877), presidente de la República Francesa, nació en Marsella. Estudió derecho, pero decidió probar fortuna como periodista en París. En 1832 y 1834 desempeñó el puesto de ministro del interior y en 1836 y 1840 fue presidente del Consejo. Partidario de Luis Napoleón antes del golpe de Estado, quedó a la sombra hasta la caída del imperio. Formó parte del grupo que negoció la paz con Alemania en 1871 y fue electo presidente de la República Francesa. Habiendo dirigido la política económica muy hábilmente, logró que Francia pagara antes de lo estipulado parte de la indemnización exigida y que fueran retiradas las tropas de ocupación. Una vez conseguido esto, decidió retirarse. Nos dejó dos obras: *Historia de la Revolución Francesa* e *Historia del Consulado y del Imperio.*

Thiers era verdaderamente lo que se entiende por político. Tenía una idea fundamental, el Estado debe ser fuerte, de manera que no le importaba bajo qué forma de gobierno, siempre que no fuera a la manera del antiguo régimen. Actuó varias veces como "oportunista", lo cual en ninguna forma es extraño, puesto que lo importante para un verdadero político es tener la oportunidad de actuar. Siempre tiene la política el primer lugar en sus escritos, de hecho, el relato de los acontecimientos llena toda la obra, sin consideraciones sobre las causas o el encadenamiento de los hechos. Pero como Thiers conoció de cerca las manipulaciones de la política francesa y era un estadista consciente, nos dejó una pintura clara y muy objetiva del movimiento financiero y de la administración. Tuvo cui-

dado también de mejorar sus conocimientos militares antes de emprender el relato de las batallas napoleónicas. Ello no quiere decir que fuera completamente objetivo. Era un apasionado de la revolución cuando escribió su obra y admiraba ardientemente al Napoleón de los primeros tiempos, ejemplo de estadista inteligente, equilibrado y excelente administrador. Después le pinta con colores menos amables y aun cuando también repite que la primera cualidad del historiador tiene que ser la comprensión, no llegó a la comprensión del emperador en el ocaso. Thiers ha contribuido grandemente a la leyenda napoleónica, a pesar de lo cual la *Historia del Consulado y del Imperio* es una de las obras más importantes de la historiografía política moderna.

Thomas Babington Macaulay (1800-1859) representa típicamente la historiografía de partido que se desarrolló en Inglaterra. Macaulay estudió en Cambridge, adquiriendo muy temprano gran popularidad con un ensayo sobre Milton. Fue llamado al Parlamento en 1830 y nombrado en 1833 miembro del Consejo Superior de las Indias. Estuvo durante cuatro años en las Indias y a su vuelta volvió a ocupar un escaño en el Parlamento. Un poco después, ocupó el puesto de secretario de guerra y Contador General, retirándose de la política activa en 1849. Fue entonces cuando de lleno se dedicó a su gran obra histórica: *Historia de Inglaterra desde el ascenso de Jacobo II,* que no llegó a concluir. Además, producto de diferentes épocas, dejó los *Ensayos* y los *Ensayos Biográficos* que originalmente estaban destinados para la *Enciclopedia Británica.*

Junto a la gran calidad literaria que evidentemente alcanzó Macaulay, su característica más sobresaliente es su visión *whig* de la historia inglesa. Todo su interés y sus puntos de vista, proceden de su partido político, todos sus juicios tienen como punto de referencia a los *whigs.* Esto, que puede ser considerado como una gran limitación, le da gran vida al relato. La desgracia es que su

interés se concentra en los siglos XVII y XVIII, a los cuales teñía con los problemas y los intereses del XIX.

En un pequeño ensayo al que tituló *Historia,* Macaulay nos deja su concepto de lo que él considera es la misión del historiador. En el ensayo considera que escribir historia "respetablemente" es sencillo, pero ser realmente un gran historiador es una de las más raras distinciones intelectuales.

> Historia, se ha dicho, es la filosofía de enseñar con ejemplos. Desafortunadamente, en tanto que la filosofía gana en solidez y profundidad, como ejemplo, pierde vivacidad. Un perfecto historiador debe poseer una imaginación suficientemente poderosa para hacer su narración conmovedora y pintoresca. Asimismo, debe controlar la imaginación tan absolutamente como para reducirse a los materiales que encuentra y abstenerse de completar las deficiencias con adiciones de propia cuenta. Debe ser profundo e ingenioso razonador. Además debe poseer suficiente autodominio para abstenerse de escoger los hechos según el molde de su hipótesis. Solamente aquellos que puedan estimar estas casi insuperables dificultades, no pensarán que es tan extraño que todos los escritores hayan fracasado, ya en el aspecto narrativo, ya en el especulativo de la historia... El perfecto historiador es aquel en cuyo trabajo el carácter y espíritu de una edad se exponen en miniatura.

Con tan ambicioso concepto, considera que no ha habido una historia perfecta y revisa los grandes nombres como Herodoto, Tucídides, Polibio, Tácito, hasta los más cercanos como Hume y Gibbon y los considera alejados de todo sentido de lo que realmente se debe entender como historia. Cuando se decidió a escribir su gran obra, anotó: "Intentaré relatar la historia del pueblo, así como la del gobierno, describir el progreso de las artes útiles y ornamentales, el auge de las sectas religiosas y la transformación del gusto literario y retratar los modos y las costumbres de las generaciones sucesivas." Y ciertamente hizo su intento, quizá no pudo cumplir sus propias exigencias, pero nos entregó una visión del pasado desde su circunstancia

particular, quizá el ideal máximo al que debe aspirar cualquier historiador.

Tal vez de todas las corrientes, ninguna tuvo tantos adeptos y tanta popularidad como la historiografía liberal. Sus valores parecían ser tan universales y se hallaban tan conjugados con las aspiraciones políticas e ideales de los pueblos en el siglo XIX, que en todas partes alcanzó, tarde o temprano, un eco importante.

XI. La historia científica y la escuela alemana

JUNTO a las corrientes de pensamiento que estaban en vigencia a principios del siglo XIX, romanticismo, liberalismo e idealismo, apareció un movimiento historiográfico de enorme significación en la historia de la historiografía. Es una corriente unificada por un sueño común: convertir a la historia en *ciencia verdadera*. El empeño resulta curioso y perfectamente comprensible a la luz de las circunstancias del siglo XIX, deslumbrado y encandilado con las ciencias naturales y su desarrollo cada vez más sorprendente. En cierta forma, era una reacción a las tareas que fijaban Kant y Hegel a los "verdaderos" historiadores. Ofendidos y resentidos hacia los intentos de los filósofos que, invadiendo su terreno, sin fuentes verdaderas y con la selección de unos cuantos hechos que parecían confirmar sus ideas, se atrevían a hacer interpretaciones del pasado, los historiadores decidieron definir y limitar claramente su terreno, siguiendo el ejemplo de las ciencias naturales. Era claro que el éxito de éstas se debía a un método efectivo, usado en un campo bien determinado. Habría que conseguir una verdad semejante a la de la ciencia, de validez universal de tal forma comprobada que fuera indudable para todos.

La tarea era loable, pero había enormes problemas. El principal era que la materia con que los historiadores trabajaban, era completamente diferente que la de los físicos, matemáticos, geólogos, etc. No era tan manejable y era casi indemostrable. Los historiadores científicos redujeron el problema, sin embargo, a una sola cuestión: método de trabajo. Había que escoger cuidadosamente las fuentes, trabajar sólo aquellas que pasaran una serie de pruebas y atenerse a los datos obtenidos y se evitaría toda ayuda imaginativa que cambiara los hechos.

En realidad, la historia científica resultaba de la reunión del *método de crítica filológica* y una rama del pensamiento romántico, fundada por Guillermo de Humboldt, la *ideología histórica*. Su desarrollo tuvo lugar principalmente en el reino de Prusia, del cual obtuvo constante apoyo oficial.

El método de la crítica filológica consistía en todo un sistema que marcaba los pasos que deberían seguirse para trabajar los materiales históricos. Más o menos se puede caracterizar en dos puntos esenciales: primero, análisis formal de la fuente para decidir las partes utilizables; segundo, crítica de la fuente para encontrar los hilos del pensamiento del autor que nos darían la clave de su interpretación, para poder hacer un uso adecuado de ella y quitarle los datos parciales. Así se podían lograr los datos verdaderos.

La ideología histórica de Guillermo de Humboldt (1767-1835) consistía en ver la historia como un proceso movido por grandes ideas. Detrás de cada transformación histórica había un movimiento ideológico. No le importaba qué clase de ideas eran, ni pretendía valorarlas, le interesaba descubrirlas para entender los acontecimientos. A diferencia del romanticismo, también veía en las grandes personalidades la representación viva de las ideas.

Leopoldo van Ranke, el más grande historiador científico, reunió con gran maestría el método filológico y la ideología histórica para realizar su intento de escribir historia verdadera. Con todos los defectos que se le puedan señalar, alcanzó el rango de gran historiador, pero su semilla fue en muchos sentidos funesta. Bajo sus postulados generales se empezaron a cobijar los cazadores de documentos inéditos y los nuevos analistas que, con pobre juicio y apelando a una historia "sin interpretación", empezaron a invadir las bibliotecas con pequeñas y superespecializadas monografías sin sentido alguno. De ello resultó como dice Benedetto Croce en su *Teoría e historia de la historiografía,* que "cualquier pobre copiador de textos... se erigió en hombre de ciencia y de crítica y osó no sólo mirar cara a cara sino con superioridad y desprecio, como hombres antimetódicos, a hombres como... Hegel".

La historia científica procuró grandes conquistas para el método, pero su optimismo era sorprendente en algunos aspectos. Creía haber alcanzado la objetivización de la historia y, con ello, asegurado la imparcialidad del historiador porque sus verdades estaban comprobadas, sin duda para nadie. ¿Cómo era posible esto? Mediante la separación del historiador del pasado. Convertía a la historia en algo muerto, a lo que el historiador ya no podía inyectarle su vida y sus pasiones. Los defensores de la historia científica creyeron que con la selección cuidadosa de fuentes y atenidos solamente a los datos logrados, era posible relatar "lo que de hecho sucedió". Los resultados parecen demostrar, por lo menos desde un punto de vista de la crítica contemporánea, que entre el historiador y la historia hay una liga tan íntima que, además de ser difícilmente superable, es la razón misma de su importancia. ¿Qué objeto tendría un pasado muerto, sin relación vital con nosotros?

Lo más curioso es que los historiadores científicos estuvieron prácticamente al servicio de una causa nacional: el desarrollo de Prusia y el sentimiento de unidad con el resto del pueblo alemán. Por primera vez la historia fue utilizada como arma ideológica, a la que se acudía para transformar el conjunto amorfo de los pequeños estados alemanes en una nación unificada. Niebuhr nos confiesa que lo que le hizo introducirse en el estudio de la *Historia Romana* era el deseo de superar la gran humillación prusiana; esperaba que su obra ayudara a "regenerar a los jóvenes para hacerlos capaces de grandes cosas..." Al parecer, la imparcialidad buscaba un efecto inmedito, convencer. La crítica más dura y aguda la ha efectuado Edmundo O'Gorman al opinar que la imparcialidad fue un verdadero truco para utilizar la historia con mayor eficacia. La grandeza del método está en el convencimiento y aceptación que logró, no sólo dentro de Alemania, sino en todas partes.

Bertoldo Jorge Niebuhr (1776-1831), nacido en Copenhague, estudió en Kiel filosofía y derecho; logró aprender treinta diferentes lenguas y obtuvo un conocimiento profundo de la Antigüedad. Al servicio político de Dinamarca, fue llamado al de Prusia poco antes del desastre de 1806 donde pudo realizar una importante labor. En 1810 sirvió como catedrático en la Universidad de Berlín, pero volvió a la política en 1816 para servir de embajador ante el Vaticano. Al ser logrado el Concordato en 1823, volvió a Prusia y se retiró definitivamente de la política para dedicarse a su cátedra en Bonn. Precisamente ahí le dio forma definitiva a su *Historia Romana,* que desde antaño venía trabajando.

Niebuhr trató de aplicar el método de la crítica filológica al estudio de los orígenes romanos para dilucidar la verdadera historia de aquellos tiempos. Utilizó todas las fuentes posibles, incluso las viejas baladas que pensó formaban la base de la tradición mítica. Trataba de analizar sus fuentes descomponiéndolas, de la que resultó una crítica tan severa de fuentes, que prácticamente terminó con la fama de Tito Livio.

Pero además de ser severo crítico, pensaba que había que tener un interés y una simpatía tan profundos por el hecho estudiado, de manera que lograra una visión tan cabal que completara los datos faltantes. Era la forma de romper el obstáculo de ideas obscuras y palabras ambiguas. Por esta fase de su método ha sido criticado acremente de adivino. Sin embargo, muchas veces declaró un empeño restringidamente científico, como su dicho: "Diseco palabras como un anatómico diseca cuerpos."

La gran aportación de Niebuhr fue el considerar por vez primera a Roma, antes que nada como un gran Estado. Cuidadosamente lo trató de reconstruir desde sus orígenes, y con todos los cambios de sus instituciones políticas. Además de su enorme erudición, sus experiencias en la administración política de Dinamarca y Prusia y sus estudios de derecho le sirvieron como inapreciables instrumentos.

Constantemente Niebuhr habla del cuidado y de la crítica severa con que ha filtrado sus fuentes; para probar que se está plegando a la exigencia de escribir con verdad, incluye trozos de fuentes y sus investigaciones sobre los mismos, lo que entorpece la lectura. Leopoldo van Ranke superará completamente esta falla ya que, sin dejar a un lado las exigencias metodológicas, publicará por separado los volúmenes dedicados a fuentes y crítica.

Niebuhr tenía todavía una concepción didáctica de la historia, como expresa su empeño de "regenerar a los jóvenes" por medio de "los nobles ejemplos de la Antigüedad". No obstante, Niebuhr había cambiado el trayecto de la historiografía con su intento de aplicación del método filológico, para poner en práctica un tratamiento científico del pasado.

Leopoldo van Ranke (1795-1886) nació en Tubinga y estudió en Leipzig, teología y filología clásica. Empezó a enseñar en 1818 en el Gimnasio de Francfort y más tarde fue llamado a la Universidad de Berlín. Viajó constantemente por toda Europa y encontró muchos materiales no utilizados en los archivos a los que tuvo acceso. Su obra es increíblemente grande, porque en él se combinaron longevidad, capacidad de trabajo y pasión por la historia. Amén de obras de menor importancia, mencionaremos las siguientes: *Historia de los pueblos romanos y germánicos, Historia de los papas, Historia alemana del tiempo de la Reforma, Nuevos libros de la historia de Prusia, Historia de Francia, Historia de Inglaterra* y la *Historia universal,* que quedó inconclusa porque había sido comenzada valientemente cuando el historiador tenía ochenta y seis años de edad.

Ranke es uno de los historiadores que valdría la pena estudiar con cuidado siguiendo los vaivenes de su obra a través de los años. El proceso de su idea de la historia, como la de otros historiadores, debe tener no sólo variaciones, sino cambios significativos. Vivió mucho y en un siglo de grandes e impresionantes cambios, vio muchas cosas y recibió la influencia de todas las ideologías vi-

gentes en casi un siglo. Nació cuando la Convención terminaba su labor en Francia y niño aún presenció la dominación napoleónica. A la edad en que se inicia la conciencia de las cosas, pudo sentir el impulso nacional que se había despertado en Prusia después de la caída de Napoleón, e indudablemente debe haberse contagiado de aquella voluntad de renacimiento que dio origen a tantas cosas, incluso la publicación de los volúmenes documentales: *Monumenta Germaniae Historia.* Viajó por Europa hacia 1830, cuando la inquietud liberalista hizo su primer gran intento en varios países. En Viena tuvo contacto con servios refugiados y se interesó por los problemas balcánicos. Volvió a Prusia, sirvió a la política en la publicación de una revista oficial. Le tocó presenciar todavía muchos acontecimientos; primero, la gran conmoción liberal-nacionalista de 1848, luego, la expansión de Prusia y la gran epopeya de la unidad alemana. Fue afortunado como alemán: le tocó ver satisfechos los sueños tradicionales con la instalación del imperio. Colmada su inquietud histórica-patriótica, podía dedicarse a otra más ambiciosa, escribir una *Historia universal.* Y tuvo una gran intuición, empezaba a inaugurarse realmente la historia universal. Desgraciadamente era tarde y Ranke no pudo ver cumplida su obra.

Durante sus constantes viajes por Europa, y con un afán que no estaba muy alejado de un orgullo de raza, concebía que los países europeos constituían una unidad por encima de toda diferencia. Creía que raza y religión, base de las nacionalidades, habían unificado el destino de los pueblos europeos desde las invasiones bárbaras. A diferencia de sus discípulos y con una gran erudición, Ranke fue capaz de ver la historia en conjunto. No creía que debía estudiarse un hecho aislado, y si por necesidad metodológica se le separaba del todo, había que referirlo a éste, si no perdía sentido. En la esfera de la historia universal estaban en primer término los contactos de los pueblos entre sí; luego, religión, creaciones artísticas, grandes acontecimientos y grandes hombres, que unificaban al género humano. Había una vida histórica general que se movía

progresivamente de una nación o grupo de naciones a otras. En la historia nacional destacan los héroes, es decir las "naturalezas fuertes e internamente vigorosas" que al defender una idea, una causa, se engrandecen a sí mismas y deciden el proceso de la historia. La historia era para Ranke, en último término, el eterno conflicto entre grandes ideas políticas y religiosas.

Ranke había leído a Fichte y sin duda le impresionó hondamente. Con un sentido profundo de la vida y un gran sentimiento religioso, descubría la substancia espiritual "que no puede ser caracterizada por un pensamiento o por una sola palabra", pero que estaba detrás de todo acontecimiento. Pensaba que había dos caminos para conocer los hechos humanos, el filosófico y el histórico. El primero era de abstracción, el histórico, la percepción de lo particular. Pero, señalaba claramente, que los historiadores no debían equivocarse en considerar a la historia simplemente un gran agregado de hechos particulares. No, debía tenerse siempre los ojos puestos en el aspecto universal de las cosas.

Desgraciadamente lo que ha hecho célebre a Ranke es la efectividad del método que usó, que puso en práctica con maestría. Más que en su gran concepción de la historia, como "todo es vida espiritual general e individual", sus críticos y aun sus discípulos atendieron a sus grandes recetas para conseguir datos "verdaderos". La historia debe ser escrita sólo con documentos de primera mano, es decir, "los más puros y más inmediatos documentos". La novedad de Ranke al aplicar el método filológico, estuvo en el empeño por captar la personalidad del escritor averiguando de donde procedía la información. Es obvio que Ranke consiguió grandes resultados, pero también es cierto que independiente de la bondad del método, estaba naturalmente dotado de gran agudeza psicológica, con la cual pudo beneficiar los materiales. Además, tuvo cuidado de no dejar los hechos escuetos y sin vida, sino que completó el cuadro con sus tintes de color local y sus huellas de pasión aquí y allá, a pesar de sus intenciones de no enjuiciar el pasado. Clásico es ya su juicio sobre Alejan-

dro VI en la *Historia de los papas:* "El crimen humano tiene un límite. Murió y se convirtió en la abominación de los siglos."

En su primera obra, *Historia de los pueblos románticos y germánicos,* su propósito era ambicioso y por lo mismo limitado. Nos dice: "A la historia se le ha asignado la tarea de juzgar el pasado, de instruir el presente en beneficio de las edades futuras. Este trabajo no aspira a cumplir tan altas funciones. Su objeto es sólo mostrar lo que de hecho sucedió". El propósito de descubrir lo que en realidad sucedió fue un sincero empeño y lo persiguió incansablemente. Al final de su vida, cuando podía haber dado su gran visión sintética de la historia, sólo alcanzó a llegar hasta la Edad Media.

Durante gran parte de su vida gozó una enorme reputación, que después declinó en cierta medida. Si hacemos un recuento justo de sus enseñanzas y de su legado llegaremos a la conclusión de que es una de las más grandes figuras de la historiografía.

Juan Gustavo Droysen (1808-1884), catedrático en las Universidades de Berlín, Kiel y Jena, político activo en el gobierno de Prusia y fundador de la escuela prusiana, dejó una *Historia de Alejandro el Grande, Historia del helenismo, Historia de la política prusiana* y *Bosquejo de principios de la historia.*

En Droysen se mezclan gran parte de las enseñanzas de Ranke con una fuerte devoción política y un sentido hegeliano del Estado. Hizo la revisión de las enseñanzas de la escuela de Ranke y sistematizó sus puntos de vista. No estuvo de acuerdo en que lo más importante en la investigación histórica residía en el análisis crítico del testimonio. Él creía que lo esencial era la *interpretación,* única forma de revivir un todo coherente. Historia —dice Droysen—, es al mismo tiempo, arte y ciencia. Lo más importante es comprender el pasado; por tanto, tampoco debe reducirse a fuentes de primera mano, deben aprovecharse toda clase de fuentes.

En su *Historia de la política prusiana* utilizó una serie de fuentes que la escuela de Ranke había desechado y sacó frutos de ellas. Pero veía a la historia definitivamente al servicio de la causa política, lo que le llevó a tratarla demostrando abiertamente sus ideas políticas, su ideal de un Estado fuerte como el prusiano. No obstante eso, Droysen logró seguir en forma integral el desarrollo de Prusia; críticos tan exigentes como Fueter consideran los primeros volúmenes de su *Historia de la política prusiana* como "una de las creaciones más notables de la historiografía moderna".

Teodoro Mommsen (1817-1903), jurista y catedrático en Leipzig, Zurich, Breslau y Berlín, nos dejó una obra impresionante sobre *Derecho público romano,* historia de las monedas romanas y una *Historia romana* que recibió el Premio Nobel en 1902. No pertenece a las escuelas analizadas, aunque tenga relaciones cercanas con ellas. En realidad, se había formado un grupo independiente de los mencionados, no en razón de discrepancias históricas, más bien por diferencias en las opiniones políticas. Coincidía en contribuir al desarrollo de un desenvolvimiento común, pero pensaba en un Estado fuerte que permitiera la libertad espiritual antes que nada. Creía que la historia era una buena forma de impartir educación política, pero sin tener que reflejar los problemas del presente. Si el lector o estudioso se introducían en el momento histórico, analizaban los problemas políticos y entendían el significado de las soluciones, la lección saltaba a la vista. No había para qué violentar el pasado, de todas maneras había que buscar nuevas formas políticas para resolver los problemas del presente; las formas del pasado estaban condicionadas para otros problemas y otro contexto histórico. Creía que era lógico que una forma política que perdía su situación cayera; por eso le parecía César tan representativo de una época de crisis política, en donde se anunciaba la necesidad del cambio.

Mommsen deseaba reconstruir la vida interna de Roma, quería ir más allá de la vida política, penetrar en la vida

social. Para ello usó un método más complicado que el de los otros historiadores alemanes. Empezó estudiando objetos, monedas, monumentos y leyes. Cuando tenía reunida y estudiada toda clase de evidencias sociales, entonces completó su estudio con fuentes narrativas. Creía que un pretendiente a historiador debía conocer derecho, lenguas, literatura y poseer la intuición perceptiva suficiente para alcanzar a reconstruir la vida entera del pasado.

La *Historia romana* fue en muchos sentidos una revolución. Por un lado, un método que permitía completar lagunas en el estudio de la vida romana. Por otro, el estilo, periodístico y desenfadado, que rompía con la tradición del tratamiento respetuoso por la Antigüedad. Despertó protestas, pero consiguió un triunfo casi instantáneo. La obra resultaba verdaderamente excepcional; un estilo ágil, realista, y una vasta erudición dieron por resultado una obra de historia institucional aún no superada.

XII. El positivismo y su influencia en la historiografía

Una de las grandes reacciones contra las construcciones metafísicas del idealismo alemán fue el positivismo. El idealismo se había elevado tanto que olvidaba casi completamente la experiencia empírica. El positivismo nacido de las ideas de Hegel, tiene sin duda relaciones con la filosofía idealista e incluso conserva huellas dialécticas y el empeño de considerar a la realidad como una totalidad. La influencia de las ciencias naturales, evidente desde el siglo XVII, llega a su culminación en el positivismo. Éste se va empeñar en *comprobar y fijar leyes,* aun en los conocimientos sobre el hombre, y funda una nueva ciencia, la sociología, que va más allá de la meta de la historia, en busca de las leyes que rigen el desarrollo de la sociedad.

El positivismo había resultado de la combinación de la teoría del progreso humano con intereses prácticos, políticos y sociales, lo que lo convirtió en una de las ideologías que causaron un efecto más hondo en el siglo XIX. En muchos países, particularmente en América, se vio en el positivismo la teoría que explicaba y aseguraba la reorganización de la sociedad. Sus postulados comprendían algunos que significaban la demolición de las grandes atribuciones de la metafísica y la teología; en segundo lugar, una religión y una filosofía positivas. En realidad, la doctrina alcanzó éxito en lo que significaba demolición, pero muy pocos siguieron la doctrina en cuanto a la religión y la política. Algunos de los discípulos de Comte, como John Stuart Mill y Herbert Spencer, le dieron diferentes matices que aumentaron su práctica.

De hecho, el positivismo convertía a la historia en un mero auxiliar de la nueva ciencia, la sociología; pero como no había una negación abierta, los historiadores

decidieron aprovechar el esquema positivo para explicar la historia. De esta manera, el positivismo, mezclado con los fines de la historia científica, preparó la tarea de conseguir por lo menos, cumplir la exigencia de demostración de los hechos, dejando para más tarde la búsqueda y formulación de leyes. Esto sirvió para refinar la metodología que había empezado a perfeccionar la escuela científica alemana. Aparecieron entonces todas las "ciencias auxiliares" de la historia: arqueología, numismática, lingüística. Los historiadores se empeñaron en la exactitud, para que lo más pronto posible, sus estudios condujeran al descubrimiento de las leyes. Ese momento, claro, nunca llegó.

Augusto Comte (1798-1857), nacido en Montpellier, estudió matemáticas en la Escuela Politécnica de París y más tarde medicina. Hacia 1822 publicó su *Opúsculo fundamental,* que ya le hizo notorio. Colaborador de Saint-Simon, absorbió muchas de sus ideas, sobre todo el proyecto de reorganizar la sociedad bajo la dirección de una *élite* de artistas, científicos y empresarios. También es evidente en él la influencia de Montesquieu y la de Condorcet, con su visión del progreso intelectual, social y político del hombre. En 1826 decidió abrir un curso público para exponer su sistema positivo. Tuvo que retirarse por enfermedad, pero volvió a abrir su curso en 1829. Comte dejó muchas obras, entre las que sobresalen: *Curso de filosofía positiva, Sistema de política positiva,* y *Discurso sobre el espíritu positivo.*

La teoría de Comte se basa en la idea fundamental de que el hombre no debe hacer preguntas que no pueda contestar, de reducirse a preguntar lo que está a su alcance contestar. En lugar de preguntar por qué, debe preguntar cómo. Insiste en que no debe aceptarse ningún conocimiento si no está experimentado y demostrado. Los conocimientos *positivos* no tratan, pues, de encontrar causas, tratan de establecer leyes. Observan la regularidad constante entre fenómenos distintos. Sin embargo, Comte acepta que la ciencia no se puede quedar sólo en esta

labor, para conocer verdaderamente ha de levantarse sobre los hechos. Asimismo, concede valor a la imaginación como motivadora de hipótesis.

Comte concibe el conocimiento como una estructura jerarquizada, cuyas ramas han ido apareciendo a lo largo de la historia: primero aparecieron las matemáticas, luego la astronomía, la física, la química, la biología y, por último, la *sociología* o *física social.* Esta ciencia, por de pronto, está en perspectiva, tanto por la complejidad de los fenómenos que maneja, como por su misma novedad. Además, no hay que olvidar que descansa en un conocimiento desordenado que no le entrega el material que necesita para su desarrollo:

> Es, pues, sensible que la sociología deba tomar exclusivamente de la incoherente complicación de hechos *impropiamente denominada historia,* las enseñanzas susceptibles de poner en evidencia, según los principios de la teoría biológica del hombre, las leyes fundamentales de la sociabilidad; lo que exige así, siempre, para cada dato una preparación especial y a veces muy delicada, para pasarle del estado concreto al abstracto, despojándole de las circunstancias puramente particulares y secundarias de clima, localidad, etc., sin alterar en él la parte verdaderamente esencial y general de la observación.

La sociología aspira a ser, según podemos ver, ni más ni menos que una ciencia paralela a las naturales, sólo que aplicada a la mecánica de la sociedad. Mediante esta ciencia, la filosofía positiva cree poder llegar a cumplir su fin más general, el de *reformar a la sociedad.*

La sociología ha aparecido al final de un proceso de desarrollo de la ciencia, pero este desarrollo del conocimiento científico es parte de un proceso evolutivo del espíritu que, para cumplir el proceso, tiene que pasar por tres diferentes etapas. Esta idea fundamenta la *ley de los tres estados,* "ley fundamental de la evolución humana, a la vez mental y social", consistente en el paso necesario y universal de la humanidad por tres estados sucesivos: el teológico o preparatorio, el metafísico o transitorio y el

positivo o final. Con esta ley, Comte cree que están explicadas las grandes fases históricas, "desde el primer destello de la inteligencia y de la sociabilidad hasta el actual estado refinado de la humanidad".

El *estado teológico* se lleva a cabo en tres fases sucesivas: fetichista durante su iniciación, politeísta en su época esplendorosa y monoteísta en su decadencia. La fase fetichista es el momento en que el espíritu humano es "esencialmente análogo al estado mental de los animales superiores". El hombre se explica los fenómenos como resultado de actos humanos. Es la época de mayor preponderancia individual del espíritu religioso y con gérmenes sociales primordiales; tanto el ejercicio primitivo de la actividad militar como el desarrollo de un verdadero sacerdocio le dan extensión y consistencia al naciente orden. Se pasa del nomadismo a la vida sedentaria, con todas sus consecuencias.

El politeísmo surge en el momento en que la "primordial actividad divina, resultante de la asimilación espontánea de todos los fenómenos a los actos humanos, es apartada ahora de los seres reales para convertirla en atributo exclusivo de seres puramente ficticios". Comte considera que es esta la época principal de la vida religiosa, tanto porque el predominio de la imaginación produce un resurgimiento intelectual como porque fue capaz de establecer un orden social regular y estable, con una fuerte organización política basada en una gran actividad militar.

El monoteísmo surgió poco a poco, cuando los seres puramente ficticios fueron eliminados racionalmente por una serie de ideas filosóficas que, como no pudieron vencer a la teología, la obligaron a la simplificación monoteísta. En esta fase había ya la gran contradicción que la había de desintegrar, había empleado simultáneamente dos filosofías incompatibles: una *natural,* "llegada ya al estado metafísico", la otra *moral,* manteniéndose esencialmente teológica. El régimen monoteísta vino a constituir la última fase suficientemente duradera del estado preliminar de la humanidad. Antes de su desintegración, el organismo

militar y teológico, tan modificado, iba a cumplir aún finalidades civilizadoras imponiendo una moral universal y haciendo evolucionar los elementos propios de la sociedad moderna. Pero el elemento metafísico implícito en el monoteísmo le llevó a su total desintegración.

El *estado metafísico* es sólo un estado de tránsito, por lo tanto, no es constructivo y organizador como el teológico, todo lo contrario, es destructivo. Contiene dos fases: una de descomposición general y otra de reorganización parcial. La primera comprende los siglos XIV y XV: en ella el poder temporal anula socialmente al espiritual (la Reforma). La segunda se inicia cuando la desorganización provocada por las nuevas fuerzas es reorganizada sistemáticamente (absolutismo) y llega hasta la total demolición del antiguo régimen.

El *estado positivo,* aunque está empezando a advenir y no se abre aún paso completamente, es inevitable.

> Lo más selecto de la humanidad, después de haber agotado las fases sucesivas de la vida teológica y aun los diversos grados de la transición metafísica, llega ahora al advenimiento directo de la vida plenamente positiva, cuyos principales elementos han recibido ya la necesaria elaboración parcial y no esperan más que su coordinación general para constituir un nuevo sistema social, más homogéneo y estable que jamás pudo serlo el sistema teológico propio de la sociabilidad preliminar. Esta indispensable coordinación debe ser, por su naturaleza, primero intelectual, después moral y finalmente política... El simple conocimiento de la ley de evolución viene a ser el principio general de tal solución, estableciendo entera armonía en el sistema total de nuestro entendimiento, por la universal preponderancia así procurada al método positivo, tras su extensión directa e irrevocable al estudio racional de los fenómenos sociales.

El sentimiento del deber, las reglas morales, se fortalecerán vigorosamente y, lo más importante políticamente, se impondrá una nueva autoridad espiritual que después de haber disciplinado las inteligencias y reconstruido las costumbres, asimilará pacíficamente a Europa y después a toda la humanidad.

Así, Comte concebía el desarrollo de la humanidad y anunciaba la llegada a la etapa positiva, meta del progreso humano. Quería convencer a sus congéneres de la necesidad de comprenderlo cuanto antes, atender el mensaje y emprender la reconstrucción que dejara atrás "la anarquía mental" en que se vivía desde la Revolución Francesa. Ofrecía el único camino posible, todo un sistema de reorganización social, mediante el cual se aseguraban las metas anheladas: orden y progreso.

Tomás Buckle (1821-1862), inició el estudio de la historia como consecuencia de las inquietudes despertadas por sus viajes. Después de un concienzudo estudio, empezó a escribir su *Historia de la civilización en Inglaterra.* La obra gozó de un gran éxito debido a su aspecto decididamente científico, tan de acuerdo a las exigencias de la época.

Buckle había quedado hondamente impresionado por la teoría positivista de Comte; e interpretó la demanda de aplicar el método científico al estudio social, como introducirse en el descubrimiento de las regularidades en las acciones humanas a través de la historia. Inició, pues, un minucioso trabajo con el fin de coleccionar series de hechos en grupos semejantes, que pudieran permitirle deducir leyes acerca del desarrollo histórico. Estaba convencido de que un instrumento importantísimo para la historia era la estadística. Además, le preocupaban hondamente los factores físicos de las culturas. Buckle pensó que el clima, la topografía, la alimentación, etc., tenían una influencia decisiva para la diferenciación de las culturas. Aquí encontraba que había estado el factor afortunado en la historia europea: en Europa el hombre logró subordinar a la naturaleza; en cambio, en unos medios menos benignos, como los de las otras civilizaciones, el hombre fue dominado por la naturaleza. De esto deduce, como Herder, la superioridad de la cultura europea.

El factor esencial del progreso humano es también para Buckle el desarrollo del conocimiento. Las leyes según las cuales la vida intelectual progresa, encierran la explicación de la historia europea, ya que el estado moral ha variado muy poco.

Hipólito Taine (1828-1883), filósofo y profesor de historia del arte, miembro de la Academia Francesa, nos dejó una serie de obras históricas de decidida influencia positivista: *Los orígenes de la Francia contemporánea, Ensayo sobre Tito Livio, Ensayo de crítica histórica, Filosofía del arte* e *Historia de la literatura inglesa.*

Taine fue también un discípulo de Comte, sólo que un discípulo tardío, que llegaba al positivismo ya formado. Por lo tanto, en él iban a actuar diversas influencias anteriores. La más importante era, sin duda, la idea romántica de la nacionalidad, pero también operaron en su pensamiento el sistema hegeliano y la idea del factor clima como influencia decisiva en el carácter de las naciones, formulada por Montesquieu. Con estos elementos, Taine formó su propia visión y creyó encontrar la clave del desarrollo histórico en tres factores: raza, medio y momento.

Con un sentimiento sincero de imparcialidad, se introdujo en el análisis de la cultura inglesa y del desarrollo artístico, tratando de demostrar cómo estos tres factores determinaban los acontecimientos y, sobre todo, las creaciones artísticas. De tal manera, para Taine sólo tenían importancia los hechos que aparecían regular y repetidamente en la historia. Taine tenía una aguda penetración psicológica que le permitió hacer buenas caracterizaciones colectivas, sobre todo, la inglesa. Esto y sus comparaciones siempre tan naturalistas debidas a sus previos estudios de anatomía y medicina, le dieron un tono muy "positivo".

Historiador cultural, se vio de repente comprometido en la historia política, después del fracaso terrible de Francia ante las tropas alemanas en 1870-1871. Su patriotismo intelectual le hizo sentir como una obligación moral ayudar con el análisis de la historia de los errores franceses a la reconstrucción de su patria. Quería dar una lección práctica y fueron apareciendo los tres volúmenes de *Los orígenes de la Francia contemporánea: El Anti-*

guo Régimen, La Revolución y *el Régimen Moderno*. Sus puntos de vista contra la revolución fueron celebrados por la derecha francesa, pero sus fuentes eran pobres y los puntos de vista eran fácilmente rebatibles. No obstante, sus reflexiones son sumamente interesantes. Esta obra hizo que el escritor mesurado y objetivo se viera de repente atacado y satirizado sin límites. Sentía vivamente que mientras Inglaterra había encontrado el camino correcto, Francia andaba perdida; este sentimiento, era suficiente para sacarle de su búsqueda fría de acontecimientos paralelos y sentir el pasado personalmente.

XIII. *La historiografía en América*

La conquista y la colonización del Nuevo Mundo, que tuvo bases y metas tan diferentes, daría lugar a que se constituyeran dos principales bloques culturales y políticos: las colonias inglesas (que prácticamente asimilaron desde mediados del siglo XVIII a las francesas) y las colonias hispano-portuguesas. La diferencia no era sólo de lengua y raza, implicaba hondas discrepancias ideológicas, resultado no sólo de tradiciones diversas sino también de los momentos en que se realizó la penetración. España entró, según ya dijimos, desde fines del XV en su empresa colonizadora, lo cual quería decir que muchos usos e instituciones que impuso eran medievales; además, se encontró con poblaciones indígenas de alta cultura con las que se mezcló. La empresa, aunque hecha constantemente en forma individual, fue centralizada totalmente por la Corona. Las colonias inglesas se iniciaron hacia el principio del XVII, por tanto, estaban ya dentro de una modernidad acusada. No se encontraron con altas culturas y combatieron al indio para realizar el avance colonizador. La empresa fue hecha por compañías individuales o personas particulares que habían logrado privilegios de la Corona y, a pesar de algunos intentos de centralización, mantuvieron una considerable independencia económica, social y política. Las colonias francesas y portuguesas serían un término medio. Interesadas por el comercio más que por la colonización, establecieron verdaderas factorías, haciendo alianzas con los indios para que les sirvieran de proveedores de mercancías. En el Brasil, colonia portuguesa, en parte de las colonias españolas y en la región sur de las colonias inglesas, se importó la mano negra para el trabajo de productos agrícolas, lo que dio origen a la

esclavitud, que habría de provocar posteriores diferencias y problemas.

El siglo XVIII introdujo una serie de grandes cambios en la estructura de América. Social, política y culturalmente hablando, las colonias lograron una estabilización y se fueron haciendo conscientes de un sentimiento nacional que antes era latente. Esto produciría un ambiente propicio para la realización de la independencia.

Las colonias inglesas, con mayor madurez a pesar de su minoría de edad, se independizarían durante el último cuarto del siglo XVIII (1776-1781), lo cual no es de sorprender, ya que habían importado una tradición, ya reformada, y las libertades inglesas. Las colonias hispanoamericanas, con una complejidad racial, social, política y económica, no iban a emprender el intento hasta que el imperio napoleónico, conquistada España, les pusiera ante sí un problema y una oportunidad. Los países hispanoamericanos realizaron su independencia en el primer cuarto del siglo XIX (1808-1825) y, con excepción de Brasil que la llevó a cabo pacíficamente, las otras requirieron largas guerras que dejaron a los países desorganizados y en una gran bancarrota económica.

Mientras las colonias inglesas tenían una tradición política y, con los esfuerzos de personajes que reunían a la vez cierto idealismo con una gran dosis de realismo y sentido práctico, pudieron vencer los primeros peligros de división y entrar con éxito en la aventura republicana, las colonias españolas se iban a desmembrar.

Las colonias hispanoamericanas eran un conglomerado harto complejo en el que, además de no haber una tradición de libertad política, existía una jerarquización social-racial acusada, lo cual habría de mezclar más tarde los conflictos sociales-raciales a los políticos. Por supuesto, podríamos mencionar excepciones, pero el hecho es que aun en ellas, la tradición es tan semejante que se pueden seguir grandes etapas paralelas. El mismo regionalismo y algunos factores externos iban a contribuir a que las colonias hispanoamericanas se vieran divididas pronto en un conjunto de pequeños estados, presa codiciada de las

influencias económicas externas. Con todos estos problemas, la historia del siglo XIX fue un proceso difícil de integración y de lucha por una definición nacional, y por lograr una organización política adecuada. Así habrá dictaduras, revoluciones, reformas, y sólo hasta las últimas décadas del XIX empezarán a bosquejarse países con una conciencia nacional y una constitución más acabada.

Habrá también un anhelo por lograr una independencia cultural; éste será más evidente en los Estados Unidos, ya que en Hispanoamérica más bien se tratará, durante el siglo XIX, de repudiar y superar la cultura española. Por eso, en la primera etapa, la influencia decisiva va a ser la norteamericana. Los Estados Unidos serán el ideal por lograr el ejemplo que seguir. Pero este ideal se empezará a frustrar después de la guerra con México (1847-1848). Desilusionados de la actuación norteamericana, casi toda Hispanoamérica va a caer bajo una influencia decisivamente francesa. Lo curioso es que Francia, también agresora de México (1861-1867), va a poder sobrevivir como influencia.

América continúa, de una forma o de otra, recibiendo la influencia de las ideas europeas; algunas veces llegarán retrasadas por la inestabilidad, pero siempre cumplirán una misión, se transformarán al contacto con los nuevos problemas y la situación americana, para hacerse más eficaces.

La historiografía en Hispanoamérica

Decíamos que durante el siglo XVIII encontramos ya en América la conciencia de una diferencia de lo europeo. A través de la influencia ilustrada y como una reacción a la negación de América y a algunos actos arbitrarios de la Corona —como la expulsión de los jesuitas— esta conciencia se va haciendo cada vez más acusada. El padre Francisco Javier Clavijero (1731-1783) escribe su *Historia antigua de México* y sus *Disertaciones* para rebatir

las absurdas ideas de los naturalistas franceses y demostrar qué clase de alta cultura habían alcanzado los indios mexicanos, En la obra encontramos ya un sentimiento nacionalista consciente y una visible hostilidad a España.

La independencia se logrará entre 1808 y 1825 y, como acontecimiento que conmoverá las raíces más profundas de la población, se convertirá más tarde o más temprano en un tema para los historiadores. En México encontramos historiadores contemporáneos al acontecimiento, que actúan en él y nos dejan sus experiencias o simplemente su visión. Entre éstos tenemos a Fray Servando Teresa de Mier (1763-1827) y a Carlos María de Bustamante (1774-1848). El primero, amén de obras curiosas y algunos escritos políticos, nos dejó la primera obra sobre la independencia de México, *Historia de la revolución de Nueva España, antiguamente Anáhuac, o verdadero origen y causa de ella, con la relación de sus progresos hasta el presente año de 1813*. Bustamante, insurgente y con un ferviente deseo de contribuir a la construcción de un espíritu cívico, dejó una enorme cantidad de trabajos y publicó obras importantes de la historiografía colonial mexicana; su mérito principal es haber salvado gran cantidad de documentos de la independencia. Su obra descollante es el *Cuadro histórico de la Revolución Mexicana*.

El grupo más importante de historiadores de la Independencia de México es el que, viviendo el acontecimiento, realmente actuó en la década siguiente a su consumación. Estos historiadores, a un poco de mayor distancia y viendo el hecho globalmente y con los desenlaces subsecuentes, tienen oportunidad de hacer un análisis bastante maduro del hecho. Aquí encontramos tres figuras realmente sobresalientes: Lorenzo de Zavala (1788-1836), José María Mora (1794-1848) y Lucas Alamán (1792-1853). No obstante sus diversas tendencias políticas, la influencia más evidente les es común, la Ilustración, sin dejar de tener importancia los viajes que efectuaron a Europa y, en el caso de Zavala, a los Estados Unidos. Zavala nos dejó su *Ensayo histórico sobre las revoluciones*

de Nueva España; Mora, *México y sus revoluciones;* Alamán, *Historia de México* y *Disertaciones de historia de México.*

Después de consumada la independencia, vencido el partido español, van a perfilarse dos grupos que representarán las dos tendencias más importantes a lo largo del siglo XIX: liberales y conservadores. Vencedores en casi todas las repúblicas los del grupo liberal, van a perder el segundo encuentro y tendremos hasta mediados de siglo dictaduras en casi todas partes, sea Santa Anna en México, Rosas en la Argentina o Francia en el Paraguay. Durante esa etapa, las fuerzas políticas y culturales parecen estarse forjando para afluir vigorosamente en las décadas que siguen a la mitad del siglo, nueva oleada liberal; décadas de reformas y nuevamente de revoluciones. Es esta etapa tal vez una de las de mayor preocupación histórica, en la que aparece un gran grupo de historiadores tanto de los problemas contemporáneos como de la revolución de la independencia. También son hombres de acción y, desde luego, de partido.

En este grupo hay tantas figuras destacadas que sólo a manera de ejemplo, señalaremos unas cuantas:

Benjamín Vicuña Mackena (chileno, 1831-1886), *La Revolución de independencia del Perú, El ostracismo del general D. Bernardo O'Higgins, escrito con documentos inéditos: noticias auténticas.*

Vicente Fidel López (argentino, 1815-1903), *Historia de la República Argentina, Introducción a la historia de la Revolución Argentina, Compendio de historia Argentina.*

Domingo Faustino Sarmiento (argentino, 1811-1888), *Ensayos sobre la sociedad, los hombres y las cosas de Sudamérica* y *Facundo, civilización y barbarie.*

Vicente Riva Palacio (mexicano, 1832-1896), *El establecimiento y la propagación del cristianismo en la Nueva España, Orígenes de la raza mexicana* y el tomo II del *Mexico a través de los siglos. La Colonia.*

El grupo tiene como característica común el escribir la historia en una forma romántica y con un fondo de pen-

samiento liberal. Encontramos en ellos empeño nacionalista, toques emotivos, pero sus ideas son liberales y en casi todos los casos están al servicio de la política.

En realidad, la historia política hispanoamericana puede sintetizarse a lo largo del siglo XIX y parte del XX en las luchas de los dos grupos mencionados, liberales y conservadores. La historia será usada constantemente como arma política y estará influida por las discusiones del momento. Los liberales tratarán de demostrar lo funesto y dañino de la tradición española. La necesidad romántica de encontrar las raíces de la nacionalidad será satisfecha en los pueblos de pasado indígena, con una vuelta a las culturas precolombinas, cantando sus virtudes y grandezas. Tendrán constantemente a su alcance el ejemplo espléndido de la tradición sajona para comparar con lo propio y su meta será desacreditar las instituciones y costumbres de origen hispano para poder substituirlas por las que el liberalismo había construido en otros países. Los conservadores se afianzan a su raíz hispánica y aun cuando lleguen a estar de acuerdo en la necesidad de un cambio, creen que éste debe llevarse a cabo por medio de la evolución de las instituciones propias. Los liberales son anticlericales, ven en la Iglesia el principal puntal vivo del antiguo orden. Los conservadores defenderán no sólo el pasado español, sino también a la Iglesia como educadora, colonizadora y organizadora del Nuevo Mundo.

Esta polémica centrada en los conceptos liberal y conservador del pasado dará lugar a un grupo que, rechazando los extremismos de los dos, busque una situación más equilibrada. Encontramos en él generalmente historiadores al margen de la actividad política y de ideas moderadas, o alguno que otro político que desea rebatir históricamente a sus oponentes. En conjunto desean hacer una historia imparcial, sacar a la historiografía de la polémica directamente política.

A este grupo le llegan indirectamente dos influencias: la historiografía científica que estaba en el ambiente de la época, y el positivismo. Hablan vagamente de encontrar las leyes de la historia e insisten en buscar y rebuscar

fuentes, documentos inéditos. Hay en ellos también la ingenua creencia de que la aplicación rigurosa de un método neutralizará la parcialidad. Insisten abiertamente en atenerse a las fuentes.

Podríamos mencionar también un número considerable, pero igual que anteriormente sólo queremos ejemplificar. El grupo ha tenido un importante papel en la historiografía hispanoamericana, que coleccionó y ordenó documentos y archivos.

Diego Barros Arana (chileno, 1830-1907), *Historia general de la independencia de Chile, Historia general de Chile, Compendio de historia de América.*

Bartolomé Mitre (argentino, 1821-1906), *Historia de Belgrano y de la independencia Argentina, Historia de San Martín y de la emancipación sudamericana.*

Manuel Orozco y Berra (mexicano, 1816-1881), *Historia antigua y de la Conquista de México, La dominación Española.*

Joaquín García Icazbalceta (mexicano, 1825-1894), *Fray Juan de Zumárraga, primer obispo y arzobispo de México, Colección de documentos para la historia de México, Bibliografía mexicana del siglo XVI.*

Hacia la mitad del siglo empezó a importarse, en numerosos casos oficialmente, una ideología que iba a tener gran importancia y a dejar una honda huella en Hispanoamérica, el positivismo.

Según ya dijimos, el positivismo se había concebido como una fórmula para reorganizar la sociedad. Su mismo lema, "amor, orden y progreso", parecía prometer a los preocupados hispanoamericanos que tenían ante la vista el triste espectáculo de caos, la solución a todos los males. Se daban cuenta, después de algunas décadas de experiencia, que cambiar la situación existente era casi imposible si no se educaba a las generaciones venideras. Fue ahí precisamente donde los mismos liberales encontraron un papel para el positivismo. ¿Qué mejor sistema que el positivo para dar lecciones constructivas a la juventud? El lema orden y progreso se impuso en casi toda América —aún lo vemos en la bandera del Brasil. Fer-

vientemente creyeron que el problema era dar una educación positiva basada en las ciencias naturales, que extirpara las ideas metafísicas por las que continuaban luchando los hombres. Orden, esa era la palabra mágica que iba a propiciar en algunos países nuevas dictaduras; pero eso no importaba, ya se superarían los problemas políticos después, lo importante era el orden, de otra manera nunca progresarían las repúblicas.

Con sus adaptaciones, el positivismo se aplicó a la educación y en unas décadas llegó a ser casi dogmático y a influir en la historiografía. Abiertamente, los historiadores buscaban las leyes del desarrollo histórico y, como no era dable encontrarlas de inmediato, se aprestaban a juntar los hechos verdaderos que algún día permitirían la formulación de las leyes anheladas.

Para darse cuenta de hasta qué punto llegó a ser importante el positivismo en países como México y su influencia en la historia, resultaría casi obligatorio mirar a través de la *Revista Positiva* (1901-1911) y leer algunos de los artículos del historiador Carlos Pereyra (1871-1948) que, posteriormente, desilusionado ante la nueva Revolución Mexicana, se refugió en un hispanismo ardiente.

La gran figura de la historiografía positivista, grande particularmente porque en muchos aspectos superó el positivismo, es Justo Sierra (1848-1912). Participó en la obra positiva que demostraba el progreso del país y cómo había superado todos sus problemas: *México, su evolución social*. Sus obras principales son: *La evolución política del pueblo mexicano, Juárez, su obra y su tiempo, Compendio de historia de la Antigüedad, Historia general* e *Historia patria.*

La historiografía norteamericana

La colonización del litoral norteamericano, tanto en Virginia como en Massachusetts, no se prestaba para la epopeya. Desde el principio la historiografía norteamericana

se basaba más en los problemas prácticos alrededor de la colonización que en las hazañas personales y se olvidó de los naturales. Esto es fácil de explicar por la filosofía calvinista de los colonizadores, que sólo admitía, incluso como aliados y sujetos, a aquellos que consideraba miembros activos de la comunidad, sin interesarse en los elementos marginales que, si llegaban a considerarse miembros de la sociedad, no podían pertenecer al cuerpo político. El mismo caso se dio con los esclavos negros del sur, importados cuando la necesidad de mano de obra para las tareas agrícolas lo requirió: fueron considerados elementos marginales y quedaron prácticamente fuera de la historiografía.

La única figura parecida a la de los conquistadores españoles es quizá, la del capitán John Smith (1580-1631), que había participado en las campañas contra los turcos y pasó con la Compañía de Londres a Virginia. Sus anhelos de aventura se vieron frustrados, porque las nuevas tierras no permitían otra cosa que trabajo. Contribuyó a la leyenda de Pocahontas y dejó algunos relatos históricos: *La relación verdadera* y la *Historia general de Virginia, La Nueva Inglaterra y las Islas del Verano*. Junto a él encontramos a los primeros gobernadores de Nueva Inglaterra, que también nos legaron sus relatos de la colonización, William Bradford y John Winthrop.

La historiografía novo-inglesa iba a tener como centro la Universidad de Harvard, puesto que habría de mantener hasta fines del siglo XIX. Cotton Mather (1663-1732), catedrático de Harvard, escribió una historia eclesiástica de Nueva Inglaterra, *Magnalia Christi Americana,* donde ya concebía la "americanidad" como algo independiente de la herencia europea. En el hecho de que Boston se convirtiera prácticamente en la cuna de la historiografía norteamericana iba a tener gran importancia la existencia de grandes bibliotecas y más tarde, en 1791, la fundación de la *Massachusetts Historical Society,* primera en su tipo y de la cual se desprenderían las del resto de los estados.

Con Washington Irving (1783-1859), que iniciaba la fase romántica de la historiografía norteamericana, el interés se movía a otros temas y se salía momentáneamente de su centro de tradición inglesa. Su satírica e imaginaria *Historia de Nueva York por Dietrich Knickerbocker,* trataba de contrarrestar la influencia de Massachusetts, llamando la atención hacia la colonización holandesa. Además de sus obras literarias, su pluma genial nos dejó: *La Vida de Washington, Vida y Viajes de Cristóbal Colón* y *Mahoma y sus sucesores.* Había emprendido y tenía ya un bosquejo de la historia de la conquista de México cuando se enteró que Prescott la estaba escribiendo y le cedió el tema.

William Hickling Prescott (1796-1859), otro harvardiano, en quien encontramos mezcla del liberalismo novo-inglés con influencias de romanticismo, se evadió de su medio y del ambiente norteamericano en sus obras: *Historia de la conquista de México, Historia de la conquista del Perú, Historia de Fernando e Isabel, los Reyes Católicos* e *Historia del reinado de Felipe II, rey de España.* Su modelo fue Robertson, cuya *Historia del emperador Carlos V* hizo publicar. Sus fuentes fueron abundantes y su gran poder de síntesis dio oportunidad al autor de lucir su gracia de estilo y su sensibilidad artística. Quizá los acontecimientos que historió, tan ajenos a la vida de la Nueva Inglaterra y a la tradición puritana, resultaran un poco extraños a sus compatriotas, y sin embargo, la *Historia de la conquista de México* puede considerarse como obra clásica.

Mientras Prescott se aprestaba a comprender la tradición católica, otro historiador de Harvard, patrocinado por Prescott, John Lothrop Motley (1814-1877), se empeñaba en la comprensión de los protestantes holandeses. Mucho más liberal que romántico, a pesar de su fuerza narrativa, después de minuciosas y concienzudas investigaciones, escribió sus obras *El Despertar de la República Holandesa, Historia de los Países Bajos desde la muerte de Guillermo el Taciturno al sínodo de Dort.*

Es la obra de Francis Parkman (1788-1852), también de Harvard, la que vuelve la mirada a la realidad histórica norteamericana. En su gran ciclo sobre *Francia e Inglaterra en Norteamérica* se enfrentó a toda una serie de temas diversos de la historia de su país: *La ruta de Oregón, Pioneros de Francia en el Nuevo Mundo, Los jesuitas en América, La Salle y el descubrimiento del Gran Oeste, El Antiguo Régimen en el Canadá, El conde de Frontanac y la Nueva Francia bajo Luis XIV, La conspiración de Pontiac y Montcalm* y *Wolfe.* Aunque una de sus preocupaciones fue seguir la trayectoria del intento de crear, bajo la monarquía absoluta y la iglesia católica, un Estado de grandes poderes militares centralizados, tomó partido por las colonias protestantes, su espíritu romántico le permitió darse cuenta, no obstante sus prejuicios, de la gran hazaña de los exploradores y mercaderes franceses y de la devoción de los misioneros católicos y el heroísmo de sus mártires. Además, como en su juventud había vivido entre algunas tribus del noreste de los Estados Unidos, Parkman conocía por experiencia propia, la vida de los pieles rojas y la grandeza del paisaje silvestre y virgen. Hay en su narración un concepto de lucha casi cósmica; la naturaleza proporcionaba a este continente la posibilidad de la igualdad de los hombres; sin "grandes hombres", la naturaleza obligaba a todo el que venía a unirse a la nueva sociedad a atenerse a tal igualdad, frente a los requisitos de la misma naturaleza y del cuerpo político.

Con George Bancroft (1800-1891) y sus doce volúmenes de *Historia de los Estados Unidos,* publicados entre 1834 y 1883, nos encontramos dos novedades, la influencia de la escuela alemana y la primera gran expresión nacionalista en la historiografía, reflejo del sentimiento que cobró el gran desarrollo que sucedió a la guerra con Inglaterra en 1812 y a la democracia popular del presidente Jackson (1828-1836). Procedente también de Harvard, Bancroft viajó en 1818 a Alemania y estudió en Göttingen y Berlín, donde conoció a Hegel, Goethe y Ranke.

Más tarde, representó a los Estados Unidos en Inglaterra y en Alemania.

En su obra hay un sentido patriótico intenso, que le da un gran papel misional a los Estados Unidos en la historia del mundo:

> Los Estados Unidos son la parte central de un gran sistema político que abarca todas las naciones civilizadas en esta tierra... la soberanía del pueblo aquí es ya una verdad evidente, y las leyes establecidas sobre esa base son amadas con un patriotismo ferviente.

Ve a la sociedad norteamericana como prototipo de un orden futuro y con optimismo piensa que el desarrollo liberal había empezado desde el momento mismo en que los colonizadores pisaron el Nuevo Mundo. Por eso fue un ardiente expansionista.

Como admirador de Ranke, trató de documentar su obra lo más cuidadosamente posible, lo que no quería decir que no tratara de elegir aquello que reforzara su teoría; de todas formas llegó a obtener el aplauso de la misma escuela alemana. Su patriotismo le hizo ponerse espontáneamente al servicio del joven Estado, haciendo la apología de la organización y del gobierno de los Estados Unidos. Su obra se quedó en el tiempo de la redacción de la Constitución, lo que le permite comparar el Viejo y el Nuevo Mundo en esa época: uno, en vísperas de una revolución, el otro a punto de llegar a su etapa feliz:

> En América había surgido un nuevo pueblo, sin reyes, príncipes, ni nobles. Eran más sinceramente religiosos, mejor educados, de una moral más pura, de mentes más serenas, que los hombres de ninguna otra república anterior. En el feliz amanecer de su existencia, habían elegido a la justicia como guía.

Federico Jackson Turner (1861-1932), aunque formado por la escuela alemana, dio inicio a una nueva corriente norteamericana. Catedrático primero de la Universidad de Wisconsin, fue llamado en 1910 a Harvard. Dejó dos

obras destacadas: *El significado de la frontera en la historia americana* y *El despertar del Nuevo Oeste.*

Turner llama la atención hacia el abandono de la historiografía tradicionalmente política para buscar aquellos puntos importantes que caracterizaban el proceso propiamente americano, empeño que con un sentido más claro y dirigido hacia otros campos de la historia, iba a cumplir más ampliamente Robinson. Encontró como centro de interés fundamental dos hechos básicos de la historia norteamericana: el avance hacia el Oeste y la inmigración.

En su pequeño ensayo *El significado de la historia,* nos define su concepto dinámico de la historia, en el que podemos reconocer la influencia de Droysen, diciendo:

> La historia, tanto objetiva como subjetiva, está siempre haciéndose, nunca se completa... porque el presente es simplemente pasado desarrollado y el futuro un presente sin desarrollarse.

La historia es para él un todo de diferentes manifestaciones que actúan al mismo tiempo, que nunca deben intentar aislarse porque pierden su significado, "porque ningún apartado de la vida social puede ser entendido en el aislamiento de los otros". La sociedad que él quiere estudiar es el organismo vivo y "eternamente creciente", por eso su intento no puede quedarse en los límites de la historia de un país aislado. Ve la historia norteamericana como una continuación de la europea; muchos problemas se han importado, las mismas instituciones son el desarrollo de las tradiciones germanas. Pero donde Turner resulta original es en su concepto de frontera, como una idea de expansión política desde Europa, que significó un estímulo para nuevas y atrevidas hazañas de la nueva nación.

Con su hondo sentido de la historia, como "todos los recuerdos que nos ha legado el pasado, estudiados con todo el poder crítico e interpretativo que nos pueda dar para la tarea el presente", piensa que su fin principal

está en que la comunidad pueda verse a la luz del pasado, y "logre nuevos pensamientos y sentimientos, nuevas aspiraciones y energías".

En el siglo XX, encontramos una decidida renovación en la historiografía norteamericana. James Harvey Robinson (1863-1936) se empeñó afanosamente por cambiar la forma convencional de la enseñanza de la historia e inició la publicación de una serie de fuentes de historia cultural y social. En su empeño por imponer una "nueva historia", dejó una serie de textos entre los que encontramos la *Introducción a la historia de la Europa Occidental* y *El desarrollo de la Europa Moderna.*

Dentro del mismo movimiento de renovación histórica encontramos la figura de Charles Beard (1874-1948), que reacciona decididamente contra la escuela científica alemana. En su obra, las influencias principales son el socialismo utópico inglés y el marxismo, absorbidos durante sus años de estudio en Inglaterra. Sus obras, *La Revolución Industrial, Una interpretación económica de la Constitución de los Estados Unidos, Orígenes económicos de la democracia Jeffersoniana* y *El despertar de la Civilización Americana,* se encuentran entre las más importantes de la historiografía norteamericana.

Para Beard no existe la imparcialidad en el historiador. A lo único que es dable aspirar es a que la conciencia de tal imposibilidad nos ayude a percibir la veracidad de los hechos históricos. Sobre este punto sostuvo su ponencia "Aquel Noble Sueño", en 1935. Su ataque principal iba contra los partidarios de Ranke y desarrolló el criterio de que la verdad objetiva le está vedada al hombre, dado que acontecimientos y personajes en la historia siempre encubren consideraciones estéticas y éticas que no corresponden a la pureza de los fenómenos químicos o físicos. Además, la documentación abarca sólo parte de los acontecimientos y, lo que es más importante, "sea la que fuere la ceremonia de purificación celebrada por el historiador, siempre retiene su ser humano y es una criatura de tiempo, lugar, circunstancia, interés, predilecciones, cultura". Citando a Croce, termina: "La trascendencia permanece trascendencia, no importa que se piense como Dios, razón, naturaleza o materia." Defiende su interpretación económica no como posición dogmática sino como punto de partida, y manifiesta un interés pragmático en la historia, muy constante en la historiografía norteamericana: "La historia de la civilización, si es concebida inteligentemente, puede convertirse en instrumento de civilización."

XIV. *Corrientes en la historiografía actual*

Pretender hacer un esquema de la historiografía de nuestros días, resulta poco menos que imposible. La historiografía, como todas las ramas del conocimiento, se ha extendido tanto y diversificado en tantas corrientes que apenas debemos pretender mencionar algunas de las que parezcan más representativas de acuerdo a las inquietudes de nuestro tiempo.

A partir del siglo XIX, la historia pareció adquirir una aceleración que no tenía. La conquista de la Tierra se concluyó al explorarse islas, selvas, polos. Los países que habían logrado permanecer marginales, fueron obligados a formar parte del proceso general dirigido por el Occidente. El contacto producido por este hecho iba a introducir un hondo cambio en el pensamiento occidental: el *europeocentrismo* empezaría a resultar estrecho para captar el mundo contemporáneo. La cultura occidental iba a iniciar un esfuerzo para comprender las formas culturales y valores diferentes con que se enfrentaba.

Junto a esta transformación de toda la Tierra en *ecumene,* en "habitación del hombre", se operaron cambios políticos en muchos Estados y aparecieron nuevas formas de imperialismo. El fenómeno tenía conexiones con otros acontecimientos, principalmente con el industrialismo iniciado hacia fines del siglo XVIII. La revolución industrial introdujo gran número de cambios en la vida y nuevos problemas. Una nueva forma de vida que hacía posible las grandes concentraciones urbanas, daba nacimiento a una nueva clase social: la obrera. Por vez primera se reunían en lugares cerrados y por horas determinadas cada día grandes cantidades de hombres; y como ahora las máquinas parecían hacer el trabajo principal, los hombres estaban al principio en situaciones inhumanas. El conjunto de hombres reunidos padecía los mismos problemas y vivía en las mismas condiciones, lo cual les daba un sentimiento de unidad. Inicialmente clase marginal, la obrera fue adquiriendo poco a poco, con el desarrollo de la industria, una fuerza insospechada y obligada a efectuar reformas que la ajustaran en la sociedad. Sus problemas iban a dar temática a una serie de ideologías que clamaban una situación más justa, ideologías que en el siglo XX empezarían a empujar revoluciones político-sociales y a provocar nuevas formas de imperialismo.

El desarrollo increíble de la ciencia, que en nuestros días ha alcanzado un grado extraordinario, completa el cuadro de nuestro tiempo. Desde la máquina de vapor, la electricidad, el teléfono, la aviación, hasta la energía atómica, las computadoras electrónicas y los viajes espaciales, ha habido una carrera tan sorprendente que el mundo parece haber cambiado más en un siglo, que en los veinte anteriores. La Tierra se ha empequeñecido; lugares que antes estaban a meses de distancia, están a nuestro alcance en unos momentos por el teléfono o a unas cuantas horas por los aviones a reacción.

El hombre actual es, pues, un ser que vive en una inquietud constante, dispuesto a admitir cualquier novedad aun cuando no llegue a comprenderla. Exceptuando a aquellos que profesan un dogma religioso o político, los hombres parecen angustiados ante un futuro que resulta incierto y una vida a la que buscan dar un sentido. Es el reflejo de un mundo en crisis, donde los múltiples cambios parecen requerir un reajuste total de las ideas para asimilar todas las novedades.

En esa inquietud por explicarse su presente y su futuro, el hombre ha vuelto la mirada al pasado y lo ha interpretado de muchas formas. Incluimos, a continuación, aquellas que pensamos responden mejor a la honda inquietud de nuestra época. Aparece el materialismo histórico, aunque como ideología pertenezca al XIX, ya que como doctrina política impregna nuestro ambiente y, por lo tanto, tiene aún vigencia.

Carlos Enrique Marx nació en Trier, Alemania, en 1818. Estudió abogacía en la Universidad de Bonn y en la Universidad de Berlín, donde la filosofía de Hegel ejerció gran influencia sobre él. En 1843 pasó a París; ahí la filosofía inglesa y francesa le obligaron a revisar el sistema idealista. Por el mismo tiempo conoció a Federico Engels (1820-1895), con cuya colaboración desarrolló su teoría social-económica.

Marx dejó varias obras: *La ideología alemana, Contribución a la crítica de la economía política, El capital, Crítica de la economía política* y otros ensayos. En colaboración con Engels dejó dos obras importantes, el *Manifiesto del Partido Comunista* y *La Sagrada Familia o la crítica de la crítica crítica.*

Marx recibió la influencia de diversas ideas, entre ellas las de Feuerbach y Saint-Simon, aunque es indudable que la principal fue de Hegel. De Hegel, aunque con una interpretación diferente, conservó la dialéctica. Dice él mismo, en *El capital,* que su método "se opone directamente al de Hegel, ya que Hegel consideró que la realidad era sólo una apariencia de la *idea*", en tanto que él considera que el ideal no es sino "una transformación de lo material en el cerebro del hombre".

El hombre para vivir necesita transformar el mundo que le rodea. Como esto no lo puede hacer solo, se ve en la necesidad de establecer con otros hombres ciertas relaciones, un tanto impuestas por el mundo que quiere transformar, ya que son independientes a su voluntad (infraestructura). Sobre ésta, determinada por las condiciones de producción, base material, estructura económica de la sociedad, se levanta una *superestructura* de leyes e instituciones políticas, "a las que corresponden determinadas formas sociales de conciencia".

Como la producción del hombre, a la vez que transforma el medio le transforma a él mismo, llega un momento en que las fuerzas materiales de producción entran en conflicto con las condiciones existentes de la producción. Entonces se hace necesaria una revolución para que, a través de ella, ya sea brusca o gradualmente, se cambie esa superestructura que, lejos de satisfacerle, le oprime, y crear una nueva, de acuerdo a las nuevas condiciones vigentes.

La historia es, pues, un proceso dinámico conforme a leyes dialécticas y que tiene que pasar necesariamente por determinadas etapas (igual que en Hegel). En ese proceso continuo, siempre hay una lucha entre las fuerzas sociales que encuentran la superestructura vigente satisfactoria y aquellas que, por sentirse oprimidas, quieren cambiarla. De eso derivan Marx y Engels en el *Manifiesto del Partido Comunista* que:

> Toda la historia de la sociedad humana, hasta el día, es una historia de luchas de clases. Libres y esclavos, patricios y plebeyos, barones y siervos de la gleba, maestros y oficiales, en una palabra, opresores y oprimidos, frente a frente, siempre empeñados en una lucha ininterrumpida, velada unas veces y en otras franca y abierta, en una lucha que conduce en cada etapa a la transformación revolucionaria de todo el régimen social y al exterminio de ambas clases beligerantes.

El proceso, para Marx, no puede ser acelerado; tiene que seguir su curso natural, punto del que más tarde se apartará Lenin:

> Ninguna forma de la sociedad puede perecer antes de que se desarrollen todas las formas de producción que es capaz de contener y en ningún momento las condiciones caducas serán reemplazadas por nuevas condiciones superiores hasta que las necesidades materiales que aseguren su existencia no se hayan gestado en la matriz de la vieja sociedad.

El proceso dinámico no se liquidará hasta que la clase trabajadora substituya a la sociedad antigua por una asociación que excluirá las clases y su antagonismo, y "ya no habrá un poder político propiamente dicho, ya que el poder político es precisamente la expresión oficial de la contradicción en la sociedad civil".

La importancia de Marx, independientemente de la política que tiene hoy en día, estriba en haber señalado el factor económico como fundamental en la historia, enriqueciendo de esta manera, con un nuevo punto de vista, la comprensión del proceso histórico.

El historicismo

Meinecke se ha referido al historicismo como "la más grande revolución espiritual del mundo occidental", pero aun aceptándolo resulta difícil aprehender exactamente en qué consiste dicha revolución. El hecho es complejo, pues siendo la corriente contemporánea más vigorosa, no presenta una sola posición, sino que aparece en una multiplicidad de concepciones. Nacida como una reacción al iluminismo y a su idea de progreso, que sometía a la historia a valores trascendentes que la juzgaban, ha tenido una larga evolución durante el siglo XIX hasta llegar a formularse con madurez en el siglo XX. Desde sus comienzos luchó por conseguir una autonomía para la historia, y así pasó por una fase de previa formulación, la historiografía científica. Ya vimos cómo Ranke se empeñó en separar la historiografía de la especulación filosófica y convertirla en una "ciencia". Con toda su novedad y fuerza, esta corriente provocó grandes reacciones en contra. Jacobo Burckhart hacía pública su meditación de que la historia era "la disciplina menos científica", lo cual, no disminuía en nada su valor. La contradicción era evidente: mientras unos intentaban hacer un relato de lo que verdaderamente sucedió, puntos de vista divergentes demostraban cada vez más lo difícil que era someter la tarea historiográfica a los métodos empíricos y demostrables. El agudo problema empujó a concretar más la solución que constituiría la corriente conocida como historicismo.

El historicismo abre un nuevo capítulo en la historiografía. Considera como objeto de la historia la vida humana en su totalidad y multiplicidad. Considera que los conceptos abstractos empleados por la filosofía no son

adecuados para aprehender las realidades concretas de la historia e intenta abordar el pasado no ya en términos de comparación, sino desde sí mismas. La tarea de la historia no es ya búsqueda de leyes y principios, sino comprender hasta donde sea posible, la infinita variedad de formas históricas inmersas en los acontecimientos. El pasado no es ya algo separado de nosotros, todo lo contrario, es lo que nos constituye, es *nuestro pasado.*

Benedetto Croce (1866-1952) nació en Pascasseroli, Italia, y se educó en la Universidad de Roma. Hizo carrera política, fue senador y en 1920-1921 ministro de educación. Su carrera terminó al aparecer en escena el fascismo, al que siempre se opuso. Dejó una obra bastante extensa en la cual sobresalen *La Historia como hazaña de la libertad, Teoría e historia de la historiografía, Lógica* y *Estética.*

Influido decisivamente por Vico y Hegel, Croce se planteó el problema de cómo formular la aprehensión total de la historia, sin caer en la sistematización de los hechos. Ello lo llevó a asimilar todo a la historia. Así definió el historicismo como *el sentimiento de que todo es historia,* de que la historia es "inmanencia absoluta". Dice en su artículo "El nacimiento del historicismo":

> El historicismo, según el uso científico de la palabra, consiste en la afirmación de que la vida es la vida y la realidad la historia, y no es nada distinto de historia. En correlación con esta afirmación, es la negación de la teoría que considera que la realidad se divide en sobre-histórica e histórica, en un mundo de ideas y de valores, y en un mundo inferior que los refleja y los ha reflejado siempre hasta aquí de una manera fugitiva e imperfecta: mundo al que tendrían que imponerse de una vez, para hacer suceder a la historia imperfecta, o a la historia sin más, una realidad racional y perfecta.

El historicismo pretende, pues, comprender la totalidad, aceptando todo en la historia; justificando el conjunto completo del pasado, incluso "las fuerzas primitivas y

bárbaras de la sociedad, como grados necesarios y positivos de la historia". Pide la aprehensión de lo individual, reconociendo a la vez lo universal.

Croce tiene gran cuidado en hacer distinción entre la historia como ciencia, mera *crónica,* erudición, pero no verdadera historia, y lo que él llama *historiografía.* Lo que debe hacer el historiador no es establecer los hechos, sino adquirir *conciencia de sí mismo en la realidad histórica.* No hay otra forma de comprender al hombre que a través de los hechos históricos; de tal manera, Croce llega a la atrevida afirmación de que la misma "filosofía no es más que el momento metodológico de la historiografía", el conocimiento histórico es la reconciliación de la teoría y la práctica, y por ello la historia desborda toda construcción intelectual.

Para Croce, como para el idealismo, la historia es la realización de la libertad, pero no en el sentido que tenía para aquel que daba poca validez al pasado; para Croce cada momento desde sí mismo tiene un valor propio, puesto que no está referido a una meta final.

> El deber y la misión de la humanidad no consisten en buscar comodidades sino en realizarse sin cesar en la creación de formas siempre más altas de sí misma y, como el poeta y el artista, tejer el eterno poema de la historia... Cuando se oye preguntar si el futuro pertenece a la libertad, hay que responder que posee algo mejor, la eternidad.

La corriente neoprovidencialista

No obstante que la religión parecía haber sido completamente derrotada desde el siglo XVIII y obviamente sufrió un retroceso social, quizá porque ni la ciencia ni la filosofía han logrado arrancar su secreto a la naturaleza, nuestro tiempo ha vivido un notable despertar religioso. Independientemente de los logros de la ciencia y de las atrevidas conclusiones de la filosofía, la religión ha continuado señalando su propio camino, que para muchos ha vuelto a tener validez. Tal hecho ha originado en la

historiografía la aparición de un providencialismo renovado, partiendo desde varias ramas del cristianismo moderno, pero que tienen en común una explicación agustiniana de la historia.

En esta corriente destaca el historiador inglés Arnold Toynbee (nacido en 1889), profesor de la Universidad de Londres y director de Estudios en el Instituto de Asuntos Internacionales. En su extensísima obra *Estudio de la historia* intenta hacer un cuadro sistemático de la historia humana.

En Toynbee encontramos presente la influencia que ha ejercido en el pensamiento occidental la universalidad que ha adquirido la historia en nuestros días. "El conjunto del mundo habitable se ha convertido en una única gran sociedad", dice Toynbee, y para hacer historia, no parte ya de un europeocentrismo, sino de una conciencia de la relatividad de la civilización occidental, sólo un componente de la sociedad humana. Considera que aunque la unidad mundial se ha realizado dentro de la estructura occidental y todavía la supremacía le pertenece, no será por mucho tiempo. Las dieciocho culturas no occidentales, de las cuales han muerto catorce, reafirmarán su influencia y relegarán a la cultura occidental a un lugar modesto.

El *Estudio de la historia* es producto de una gran erudición y del intento de aplicar un método inductivo a la historia. Para Toynbee, la historia es inteligible en las sociedades. Señala como unidad básica las civilizaciones y llega a distinguir veintiuna, a través del curso de la historia humana, más tres civilizaciones abortadas y tres inmovilizadas. El estudio comparativo de estas civilizaciones muestra que todas han pasado etapas semejantes de crecimiento y decadencia, con una fase final en cada una de intento de estado universal.

Las civilizaciones nacen como respuesta a una *incitación.* En lugar del determinismo desarrollado por otros autores, Toynbee piensa que el medio geográfico es la incitación que impulsa al hombre a realizar un esfuerzo inusitado para dar una respuesta; es decir, le lleva a

crear una civilización. Esta incitación es siempre, dice Toynbee, "ofrecimiento de la libertad para elegir, que Dios brinda a las almas".

La civilización nace, entonces, como una respuesta a la incitación; la respuesta no es un efecto de las condiciones naturales, es un ademán de la voluntad, crece después y por último se desintegra, dando nacimiento a una nueva civilización. ¿Significa ello progreso o eterno retorno? Toynbee es ferviente providencialista y no puede aceptar un eterno retorno, descubre que bajo las apariencias de un movimiento cíclico, privado de finalidad, se realiza un misterioso progreso, la ley divina se cumple. Ello no quiere decir que el hombre esté predeterminado, el hombre tiene libertad de variar la respuesta ante las incitaciones.

> La historia es... sobre cualquier otra cosa, un llamado, una vocación, una instancia que los seres humanos libres han de oír y a la que han de responder; *es* en suma, *la interacción de Dios y el hombre.*

El existencialismo

El existencialismo nació también como una protesta ante las pretensiones de la *razón.* Kierkegaard (1813-1855) se levantó contra los sistemas; todos para él eran estáticos y abstractos, es decir, verdadera antítesis de la vida, del movimiento, de la existencia universal. Se revelaba el individuo ante una razón que, si bien tenía una respuesta para todo y le asignaba un lugar en sus sistemas, sentía que menoscababa su ser y su libertad. Lo abstracto, lo general, era enemigo de lo individual. En esa abstracción se perdía toda vida palpitante; la vida personal podía ser contradictoria, pero siempre era vida. Al ser publicadas en 1901 las obras de Kierkegaard, éste cobró popularidad e influyó en la constitución del existencialismo. Con todas las diferencias que presentan las diversas ramas formadas, conservan una característica común: la primacía que otorgan a lo individual, a la subjetividad, a lo inmediato. Todas tienen la idea de que el concepto inicial de la filosofía tiene que ser la existencia humana, no la naturaleza humana.

Carlos Jaspers nació en Oldenburgo, Alemania, en 1883. Profesor de Heidelberg y más tarde en Basilea, se inició en la psiquiatría, consagrándose años después a la filosofía. Hoy es una de las figuras más importantes del existencialismo. Su inquietud de esclarecer la existencia humana le llevó hacia la historia. Sus obras principales son: *Origen y meta de la historia, Ambiente espiritual de nuestro tiempo, La fe filosófica y la bomba atómica* y *El futuro de la humanidad.*

Jaspers es tal vez el mejor exponente de la crisis del hombre actual. Siente esa experiencia nueva que alienta al hombre del siglo XX, de vivir en

> una situación históricamente nueva, decisiva; por vez primera es real la unidad de la humanidad sobre la Tierra. El planeta ha llegado a ser para los hombres un todo comunicado por la técnica de las comunicaciones, más pequeño que en otro tiempo el imperio romano... el hecho decisivo es que ya no hay un "afuera". El mundo se cierra. La unidad de la Tierra está cumplida. Surgen nuevas posibilidades y nuevos peligros. Todos los problemas esenciales son problemas mundiales y la situación, una situación de la humanidad entera.

Ante esa experiencia nueva, ante la cual Toynbee retorna hacia un providencialismo, Jaspers reacciona preocupándose por la existencia individual, el qué soy *yo* ante el mundo. *Origen y meta de la historia* intenta articular la existencia individual dentro de esa totalidad que es la historia. Para definir su preocupación hacia la historicidad, ya que aunque con "la convicción de que la humanidad tiene un origen único y una meta final", como no las conocemos, decide fijar algo que le señale por lo menos el momento en que la historia es ya compromiso con la propia existencia. Persigue determinar en qué momento

aparece el hombre como ser espiritual libre, consciente y creador, y señala su idea de un *tiempo eje* o *época axial,* que divide la vida de la humanidad en prehistoria e historia. El *tiempo eje* tuvo lugar entre 800 y 200 A. C. y "la novedad de esta época es que en todas partes el hombre adquiere conciencia del ser en su totalidad, de sí mismo y de sus límites". Adquiere conciencia de la historia, se sabe precedido de un pasado infinito.

> Con el salto a la historia el hombre se hace consciente a la fugacidad. Todo el mundo tiene su tiempo y debe perecer. Sólo el hombre sabe de su muerte. En reacción a esta situación límite, experimenta la eternidad en el tiempo, la historicidad como manifestación del ser, la extinción del tiempo en el tiempo. Su conciencia histórica se identifica con la conciencia de la eternidad.

Este *tiempo-eje* es lo único que para Jaspers da estructura y unidad a la historia universal. Después de esa edad, sólo se ha producido un hecho grave, espiritual y materialmente decisivo, que ejerce en la historia universal una influencia gigantesca: el advenimiento de la época científico-técnica:

> Todos tenemos actualmente la conciencia de que estamos en un viraje de la historia, que ya hace cien años se comparó con la decadencia del mundo antiguo; pero después se experimentó, cada vez más profundamente, como la gran fatalidad no sólo de Europa y el Occidente, sino del mundo entero. Es la edad técnica con todas sus consecuencias, las cuales parecen no dejar existir nada de lo que el hombre, en el curso de los milenios, ha adquirido en procedimientos de trabajo, forma de vida, manera de pensar, símbolos... no se exagerará nunca lo bastante la importancia de la técnica y sus consecuencias para todas, absolutamente todas, las cuestiones de la vida...

¿Cuál es el sentido de la historia? Jaspers rechaza la noción de una finalidad, pero cree que tiene un sentido en la unidad que el hombre, al cobrar conciencia de su historicidad, ha adquirido y en la posibilidad que esa unidad

da al hombre de comunicarse entre sí para hacer su existencia, en suma, para hacer la historia. Y resulta un cierre lógico para nuestro intento de revisar la historia de la historiografía terminar con el pensamiento de Jaspers, ya que lo abrimos justamente en el *tiempo-eje,* cuando los griegos adquirieron conciencia de su historicidad y lo hemos seguido hasta la crisis del momento actual, en la cual Jaspers define a la historia como

> un constante impulso progresivo de hombres singulares. Éstos requieren a los otros para que les sigan. Quien les escucha y comprende, entra con ellos en el movimiento. Pero la historia sigue siendo, al mismo tiempo, el mero acontecer en el que se registra constantemente un infructuoso llamar, un resistirse y no seguir...

Índice

CASAS, B. de las: *Apologética Historia de las Indias.* Madrid, 1909.

CASSANI, J. L.: y PÉREZ AMUCHÁSTEGUI: *Del Epos a la Historia Científica* (Una Visión de la Historiografía a través del Método). Buenos Aires. Editorial Nova, 1961.

CASSIRER, E.: *Antropología Filosófica.* México. Fondo de Cultura Económica, 1951.

COLÓN, C.: *Relaciones y Cartas.* Madrid. Librería de Peraldo Páez y Cía., 1914.

COLLINGWOOD, R.: *Idea de la Historia.* México. Fondo de Cultura Económica, 1952.

COMTE: *Selección* de Textos, precedidos de un estudio de René Hubert. Buenos Aires. Editorial Sudamericana, 1943.

CONDORCET: *Bosquejo de un Cuadro Histórico del Progreso del Espíritu Humano.* Colección Universal. Madrid, 1907.

CORTÉS, H.: *Cartas de Relación.* México. Editorial Porrúa, 1960.

CROCE, B.: *La Historia como Hazaña de la Libertad.* México. Fondo de Cultura Económica, 1960.

——: *Teoría e Historia de la Historiografía.* Buenos Aires. Imán, 1953.

DE GUBERNATIS, A.: *Historia de la Historiografía Universal.* Buenos Aires. CEPA, 1943.

DE MICHELIS, E.: *El Problema de las Ciencias Históricas.* Buenos Aires. Editorial Nova, 1948.

DESCARTES, R.: *Discurso del Método.* Barcelona. Editorial Fama, 1953.

DÍAZ DEL CASTILLO, B.: *Historia Verdadera de la Conquista de la Nueva España.* México. Espasa-Calpe, 1955.

BIBLIOGRAFÍA

ALTAMIRA, R.: *Cuestiones modernas de historia.* Madrid, Editorial Aguilar, 1935. *Proceso histórico de la historiografía humana.* México. El Colegio de México, 1948.

ANGLERIA, P. M.: *Décadas del Nuevo Mundo.* Buenos Aires. Editorial Bajel, 1944.

ARÓN, R.: *Introducción a la filosofía de la historia.* Buenos Aires. Editorial Losada, 1947.

BAUER, W.: *Introducción al estudio de la historia.* Barcelona. Editorial Bosch, 1944.

BERR, H.: *L'Histoire Traditionelle et la synthèse historique.* París. Alcan, 1935.

BETANCOURT, J.: *Introducción al estudio de la historia.* Montevideo. Editorial Medina, 1949.

BLOCH, M.: *Introducción a la Historia.* México. Fondo de Cultura Económica, 1952.

BOCHENSKI, I. M.: *La Filosofía Actual.* México. Fondo de Cultura Económica, 1949.

BOSSUET, B.: *Discurso sobre la historia universal.* París. Gardiner, s.f.

BURCKHARDT, J.: *Reflexiones sobre la historia universal.* México, Fondo de Cultura Económica, 1943.

BYRD, S. L., *Dos ensayos sobre la función y la formación del historiador.* México. Fondo de Cultura Económica, 1945.

CARBIA, R.: *Historia Crítica de la Historiografía Argentina* (desde sus orígenes en el siglo XVI). Buenos Aires. Imprenta y Casa Editorial Coni, 1940.

DILTHEY, W.: *Introducción a las Ciencias del Espíritu.* Buenos Aires. Espasa-Calpe, 1948.

DUJOVNE, L.: *Teoría de los Valores y la Filosofía de la Historia.* Buenos Aires. Editorial Paidos, 1959

——: *La Filosofía de la Historia de Nietzsche a Toynbee.* Buenos Aires. Galatea, 1957.

EUSEBIO: *Historia Eclesiástica.* Buenos Aires. Editorial Nova, 1950.

FEDERN, K.: *La Concepción Materialista de la Historia.* Buenos Aires. Espasa-Calpe, 1942.

FERNÁNDEZ DE OVIEDO, G.: *Historia Natural y General de las Indias, Islas y Tierra Firme del Mar Océano.* Asunción. Editorial Guaranía, 1945.

——: *Sumario de la Historia Natural de las Indias.* México. Fondo de Cultura Económica, 1950.

FERRATER MORA, J.: *Cuatro Visiones de la Historia Universal.* Buenos Aires. Editorial Losada, 1945.

FRANCOVICH, G.: *Toynbee, Heidegger y Whitehead.* Buenos Aires. Editorial Raigal, 1951.

FRANCOVICH, G.: *Toynbee, Heidegger y Whitehead.* Buenos Aires. Editorial Nova, 1943.

GARDINER, P.: *Theories of History.* The Free Press. Glencoe, Illinois, 1960.

GERBI, A.: *Viejas Polémicas sobre el Nuevo Mundo.* Lima. Banco de Crédito del Perú, 1946.

GOLDMAN, E. F.: *Historiography and Urbanization.* The John Hopkins Press. Baltimore, 1941.

GOOCH, G. P.: *Historia e Historiadores del Siglo XIX.* México. Fondo de Cultura Económica, 1942.

HAZARD, P.: *La Crisis de la Conciencia Europea.* Madrid. Editorial Pegaso, 1941.

HÉGEL, G. W. F.: *Lecciones sobre la Filosofía de la Historia Universal.* Madrid. Revista de Occidente, 1953.

HERDER, J. G.: *Filosofía de la Historia para Educación de la Humanidad.* Buenos Aires. Editorial Nova, 1950.

HERODOTO: *Los Nueve Libros de la Historia.* Barcelona. Editorial Iberia, 1947.

HUITZINGA, J.: *El Concepto de la Historia y otros Ensayos.* México. Fondo de Cultura Económica, 1946.

——: *Sobre el Estado Actual de la Ciencia Histórica.* Tucumán, Argentina. Editorial Cervantes, s.f.

IGLESIAS, R.: *De los Historiadores de la conquista.* El Colegio de México, 1944.

ISÓCRATES: *Discursos Histórico-Políticos.* Espasa-Calpe. Buenos Aires, 1953.

JAMESON, J.: *The History of Historical Writing in America.* Cambridge. The Riverside Press, 1891.

JASINOWSKI, B.: *El Problema de la Historia y su Lugar en el Conocimiento.* Santiago. Universidad de Chile, 1945.

JASPERS, K.: *Origen y Meta de la Historia.* Madrid. Revista de Occidente, 1950.

JENOFONTE: *La Expedición de los Diez Mil* (Anábasis). Espasa-Calpe. Buenos Aires, 1944.

——: *La Ciropedia.* México. Imprenta Universitaria, 1945.

KANT, E.: *Filosofía de la Historia.* México. El Colegio de México, 1941.

LIVIO, Tito: *Décadas de la Historia Romana.* Madrid. Biblioteca Clásica, 1888.

MARAVALL, J. A.: *Teoría del Saber Histórico.* Madrid. Revista de Occidente, 1958.

MARÍAS, J.: *El Tema del Hombre.* Buenos Aires. Espasa-Calpe, 1952.

MEINECKE, F.: *El Historicismo y su Génesis.* México. Fondo de Cultura Económica, 1943.

MEYER, E.: *El Historiador y la Historia Antigua.* México. Fondo de Cultura Económica, 1955.

MEYERHOFF, H.: *The Philosophy of History in our Time.* Doubleday Anchor Books. New York, 1959.

MOMMSEN, T.: *El Mundo de los Césares.* México. Fondo de Cultura Económica, 1945.

NICOL, E.: *Historicismo y Existencialismo.* México. El Colegio de México, 1950.

O'GORMAN, E.: *Crisis y Porvenir de la Ciencia Histórica.* México, Imprenta Universitaria, 1947.

——: *Fundamentos de la Historia de América.* México. Imprenta Universitaria, 1942.

——: "La Conciencia Histórica en la Edad Media" en *De Cristianismo y Edad Media.* México. El Colegio de México, 1942.

——: *The Invention of America. An Inquiry Into the Historical Nature of the New World and the Meaning of its History.* Bloomington. Indiana University Press, 1961.

ORTEGA Y GASSET, J.: *En Torno a Galileo.* Revista de Occidente. Madrid, 1956.

——: *Ideas y Creencias.* Madrid. Revista de Occidente, 1957.

——: *La Historia como Sistema.* Madrid, Revista de Occidente, 1958.

PÉREZ AMUCHÁSTEGUI, A. J. y CASSANI, J. L.: *Del Epos a la Historia Científica.* Buenos Aires. Editorial Nova, 1961.

PICÓN, G.: *Panorama de las Ideas Contemporáneas.* Madrid. Editorial Guadarrama, 1958.

POLIBIO: *Historia Universal Durante la República Romana.* Madrid. Editorial Hernando, 1927.

RAMA, C.: *Teoría de la Historia.* Buenos Aires. Editorial Nova, 1959.

RANKE, L.: *Pueblos y Estados de la Historia Moderna.* México. Fondo de Cultura Económica, 1948.

ROMERO, J. L.: *De Herodoto a Polibio.* Buenos Aires. Espasa-Calpe, 1952.
——: *La Historia y la Vida.* Tucumán. Yerba Buena, 1945.
——: *Maquiavelo, Historiador.* Buenos Aires. Editorial Nova, 1952.
SAN AGUSTÍN: *La Ciudad de Dios.* Biblioteca de Autores Cristianos. Madrid, 1958.
SÁNCHEZ ALONSO, B.: *Historia de la Historiografía Española.* Madrid. Consejo Superior de Investigaciones Científicas, 1947.
SHEEHAN, D. y SYRETT, H.: *Essays in American Historiography.* New York. Columbia University Press, 1960.
SHOTWELL, J.: *Historia de la Historia en el Mundo Antiguo.* México. Fondo de Cultura Económica, 1940.
SIMMEL, G.: *Problemas de Filosofía de la Historia.* Buenos Aires, Editorial Nova, 1950.
STERN, F.: *The Varieties of History.* Cleveland. Meridian Books, 1961.
SUETONIO: *Los Doce Césares.* Barcelona. Editorial Iberia, 1951.
TÁCITO: *Las Historias.* Biblioteca Clásica. Madrid, 1881.
——: *Los Anales.* Espasa-Calpe. Buenos Aires, 1948.
TOYNBEE, A.: *Estudio de la Historia.* Buenos Aires. Emecé, 1951-1961.
——: *La Civilización Puesta a Prueba.* Buenos Aires. Emecé, 1949.
TREJO, W.: *Introducción a Dilthey.* Xalapa. Universidad Veracruzana, 1962.
TUCÍDIDES: *Historia de la Guerra del Peloponeso.* Madrid. Librería y Casa Editora Hernando. Madrid, 1952-55.
VICO, G.: *Ciencia Nueva.* México. El Colegio de México, 1941.
VOLTAIRE: *El Siglo de Luis XIV.* México. Fondo de Cultura Económica, 1954.
WAISMANN, A.: *El Historicismo Contemporáneo.* Buenos Aires. Editorial Nova, 1960.
WAGNER, F.: *La Ciencia de la Historia.* México. Imprenta Universitaria, 1958.
ZEA, L.: *Dos Etapas del Pensamiento en Hispanoamérica.* México. El Colegio de México, 1949.
ZUBIRI, X.: *Naturaleza, Historia, Dios.* Madrid. Revista de Occidente, 1944.

Se acabó de imprimir esta obra el día 15 de febrero de 1978, en los talleres de

IMPRESORA GALVE, S. A.
Callejón de San Antonio Abad 39,
México 8, D. F.

la edición consta de 10 000 ejemplares, más sobrantes para reposición.